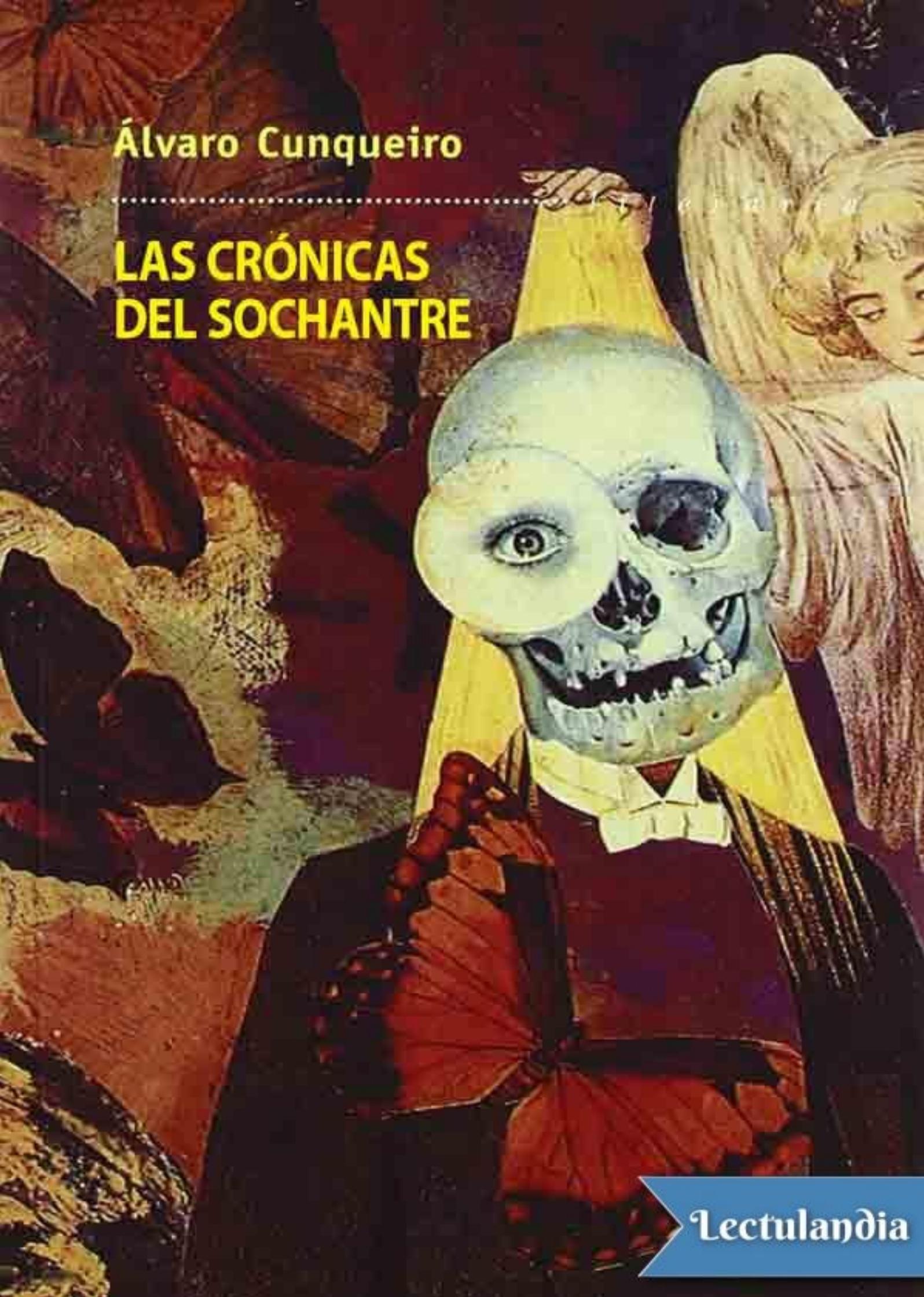


Álvaro Cunqueiro

**LAS CRÓNICAS
DEL SOCHANTRE**



Lectulandia

En la Bretaña del siglo XVIII, una hueste fantasmal rapta al joven sochantre, Charles Anne de Crozón, para que amenice su entierro. Pasado el susto de convivir con unos muertos que de día parecen personas y de noche son sólo esqueletos, el Sochantre aprende a vivir intensamente sobre el telón de fondo de la revolución francesa. El asunto lo lleva a viajar con ellos en una carroza durante tres años colmados de aventuras y de relatos acerca de lo que llevó a la muerte a sus captores, terroríficos y a la vez serenos.

Novela galardonada con el Premio Nacional de la Crítica en 1959.

Lectulandia

Álvaro Cunqueiro

Las crónicas del sochantre

ePub r1.1

Troktrok 13.11.2014

Título original: *As crónicas do sochantre*

Álvaro Cunqueiro, 1956

Traducción: Álvaro Cunqueiro

Retoque de cubierta: Piolin

Editor digital: Troktrok

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Francisco F. de Riego

Bretaña es una tierra muy peñascosa por el lado del mar, pero se abre en amplias planicies, valles estrechos y alegres otros, por donde se une a Francia. Es tierra muy viciosa de caminos, puesto que en ella, amén de la gente natural del sobremundo, andan fáciles y vigilantes pasajeros, gentes de las soterradas alamedas, difuntos vespertinos, fantasmas, huestes caballeras, ánimas redimiéndose de penas; las más de ellas, gentes fallecidas a las que alguna paulina niega descanso. Las hieren los vientos y las noches por los innúmeros caminos, hasta que sólo queda de ellas un aliento frío. La imagen última que de Bretaña uno conserva es la de una vieja encendiendo los candiles de hierro de un calvario de piedra, en las afueras de una villa amurallada, al atardecer. Llovizna un poco. Pasa un viento sibilante que apaga las débiles lucecillas. La vieja se santigua y reza un padrenuestro por el alma del difunto señor vizconde de Klöemel, que acaba de cruzar a caballo. Los vivos en Bretaña conocen si los aires que corren son difuntos o no, y le sacan el sombrero a una brisa de mayo, porque adivinan que se trata de la hermosa Ana de Combourg que pasa sonriendo entre las verdes ramas de los abedules. Hay jóvenes que se enamoran de un aire. Dentro de las amuralladas villas, en los viejos pazos y castillos almenados, en Rennes o en Dinan, en Combourg o en Caradeuc, los sonoros celtas conversan en torno a la lumbre que se encendió hace dos mil años, sobre la guerra en el mar, las batallas de Hannover, los pleitos de familia, los enamorados de otrora. Y las llamas que queman el roble viril y testigo, nada pueden contra estas transeúntes memorias, de hilos que nadie sabe de qué ovillo proceden, ni quién teje con ellos. Por los caminos de Bretaña va la danza macabra empujando vientos, y la más diminuta flor que nace en abril, a la vera del camino, ignora si va a ser llevada al cabello de una niña o pisada por el pie de un esqueleto que salta al frente de la hueste, guiando el paso que denominan *l'embrasse* y es un momento de amor en la *gallarda*.

PRIMERA PARTE
LA HUESTE VIENE POR EL
SOCHANTRE

Charles Anne Guenolé Mathieu de Crozon, más conocido como sochantre de Pontivy, nació el día de San Cosme, del año mil setecientos setenta y dos, en la villa de Josselin, en la dulce ribera del río Oust, en Bretaña de Francia. Su padre era de aquellos más naturales De Crozon del solar de Paimpont, que disfrutaban —por privilegio con patente— del derecho a correr con un pañuelo verde por las calles de Rennes gritando que venía el Rey, cuando el Cristianísimo escribía que iba a visitar Bretaña, aunque después no lo hiciese. Tenía de vidrio el ojo izquierdo, y se lo había tallado en Chartres un alemán: era una lucida pieza azul con fibras de oro. Su madre procedía de Angers, de una familia de magistrados; era una mujercita muy bella, pequeñita, de poca salud; para curarla de un flato suspenso que le quedó de un mal parto, el médico le había recetado aguardiente con quina, y habiéndole tomado gusto a la medicina, se aficionó a la bebida; murió al poco tiempo, cuando Charles Anne, su único fruto logrado, contaba once años de edad. El padre dejó el gobierno de la casa en manos de una criada que dio mucho que hablar en su tiempo en la Bretaña y en el Contentin, porque a los dieciséis años, vestida de hombre, se había alistado en la Real Artillería, diciendo que se llamaba Louis Joseph y era sobrino muy apreciado de un sastre de Quimper. Decíase que había puesto tanto empeño en hacerse pasar por hombre cuando se hallaba bajo banderas, que hasta llegó a salirle bigote. Cuando fue descubierta, pasó a las cocinas del marqués de Laval, donde se le concedía gran mérito porque presentaba la carne enrollada en dos trozos, semejando un cañón con sus ruedas. Pero la grandeza se cansa pronto de las novedades, y la artillera hubo de andar de cocina en cocina, perdiendo puntos, hasta terminar en la de monsieur De Crozon, el Bizco, sin que, pese a tanto cambio de casa, hubiese extraviado media docena de balas de cañón, de hierro impuesto, que empleaba para asegurar las puertas mayores, para mazar el pulpo y la carne una pequeña, de bombarde de gilet, y una mediana para jugar a bola en un prado trasero, arrojándola de aquí para allá. Crozon el Bizco siempre andaba de caza con sus parientes mayores, y la casa y el pequeño descansaban en la artillera, quien determinó hacer músico a Charles Anne; sentía lástima del chiquillo, que había heredado la debilidad de la madre, salvo en la voz, que a los nueve años ya la tenía solemne y eclesiástica. La artillera le compró al muchacho una trompeta de alarde, que tenía en la bocina las armas de la Infantería de Lorena. Había en Josselin un italiano tocador de viola y maestro de baile, quien advirtió en seguida que Charles Anne no disponía de alientos para tan militar y duro metal, y que le iría mejor un bombardino de tres cuartos que había traído de Nóvara, y era muy adecuado instrumento para gente hidalga; aun en una señorita no sería mal visto. Aprendió, pues, Charles Anne bombardino y danza y unos rudimentos de latín, y como a causa de las comidas de la artillera —casi siempre garbanzos, judías y habas coloradas con tocino, legumbres todas estas a las que la cocinera de cañón llamaba balines—, le había seguido engrosando la voz, cuando quedó vacante la sochantría con

menores de Pontivy, lo presentaron para cubrirla sus primos segundos, los señores almirantes de Tréboul. La artillera rompió a llorar cuando lo supo, ya que ella había criado, decía, a su pupilo para plaza montada en el Regimiento Navarra, y siempre lo traía vestido de azul y amarillo, que eran aquestos los colores bearneses; cogió la criada la trompeta y las balas, se marchó de Bretaña con el enfado, y cuentan los más que bajando a Italia se hizo pasar por vecino del cantón de Lausana, y firmó por siete años por suizo del papa... Monsieur De Crozon el Bizco contrajo matrimonio con una camarera sorda de Rennes que poseía ovejas en los pastizales del Rance, y Charles Anne, que por entonces cumplía veintidós años, se trasladó a Pontivy como sochantre racionero de la Santa Colegial Capilla. Vivía en la calle de los Vidrieros, hospedado en casa de madame Clementina Marot, viuda de un ministro tambor de los Estados. En la sala de visitas se hallaba colgado el tambor del finado, y en el parche, un pintor inglés que estaba de paso casualmente cuando murió monsieur Marot, pintó al difunto muy decente, y los mostachos que el ministro portaba en el retrato eran los suyos propios, cortados con gran esmero por la viuda antes de cerrar el ataúd, y pegados pelo a pelo con goma arábiga en el parche.

Fue en casa de madame Clementina donde se hallaron las libretitas con tapas de piel de conejo que me sirven ahora para escribir estas crónicas, tomando lo más de lo que en ellas estaba apuntado; en estas crónicas van puntualmente relatadas las aventuras que corrió Charles Anne desde el año mil setecientos noventa y tres a mil setecientos noventa y siete. La cosa comenzó saliendo Charles Anne con su bombardino, una mañana de niebla y helada, a tocar en el entierro de un vecino de Quelven, que le había dejado una manda en el testamento. La manda consistía en un pequeño manzanal en un alto; siempre había ansiado el sochantre poseer un pomar en la ribera.

I

ATERIDO se sentía el señor sochantre de Pontivy al levantarse tan temprano, y más todavía en un tiempo como aquel, vestido de cierzos de la Mancha, lluvias frías atlánticas y calladas y heladas nieblas del río Blavet, que impedían que el sol brillase en el mundo. Sin salir de la cama, muy surtida de mantas, calzaba las medias de lana de Vitré, bien teñidas de morado con palo de Sicilia; se ataba al cuello el babero planchado de almidón, arrojaba el gorro de dormir, se acomodaba el solideo, y aclarándose con el rapé matutino, saltaba del lecho estruendosamente, pateando el suelo, gritando en latín, estornudando, llamando a madame Clementina mientras se apretaba las cintas del calzón de delantal y abrochaba el chaleco de botonadura roja, y por si madame no le había oído, se ponía a repicar la campanilla como acólito en Pascua. Y entraba madame Clementina con sus rizadoras de boj puestas, palmeando como en el teatro porque el señor sochantre se había levantado temprano y tan valiente en aquella cruda mañana, y se arrodillaba para abrochar en la canilla los seis botoncitos de plata del calzón del sochantre, y mientras lo hacía, el sochantre apretaba las rizadoras de boj en la cabeza de madame Clementina, pues siempre se le antojaba que estaban algo flojas. Todas las mañanas se repetía esta fiesta. El señor sochantre hacía unos maitines de huevos revueltos y media botellita de Chinon, eructaba por consejo del médico, cacareaba un poco para comprobar como iba de solfeo, vestía la casaca, se envolvía en el manteo, y con la caja del bombardino en la mano corría para llegar con tiempo al coro de los racioneros de San Maclou. La niebla en harapos, llevada por el viento por las estrechas calles de la vieja villa, os hacía creer que os encontrabais con pasajeros envueltos en capa de ceniza. Como el sochantre vivía en la calle de los Vidrieros, al pie del castillo, llegaba muy rápidamente a la iglesia. En el coro tenía misericordia bajo el gran escudo en madera de Indias, roeles gules en sable de los almirantes de Tréboul. De echar la cabeza un tanto hacia atrás, dormitando una siesta en el coro de vísperas, él y sus antecesores en la ración, por no ser tonsurados, habían borrado con la pelambre de la coronilla la palabra *orae* del lema militar de los viejos piratas: *Efodi oculos orae maritime*. Tomaba el bombardino, y tocaba la marcha de reverencia, que saludaba la llegada del colegial mayor. Su Señoría era un viejecito etiquetero y tosedor, y llevaba el compás de la música como en un baile, precedido de pertiguero con vara de plata y seguido de monaguillo con almohada de terciopelo amarillo, para cuando el colegial se arrodillaba. Mientras tocaba el bombardino, contemplando la almohada, más de una vez le viniera a las mientes al señor sochantre la semejanza que aquella tenía con el prominente pecho de madame Clementina, con mayor motivo porque ésta era muy aficionada a peinadores amarillos con borlas; y de eso pasó a imaginar que, del mismo modo que el colegial asentaba las rodillas en la almohada, podría poner él las suyas en las mantecas de madame Clementina, cuando ésta se bajaba a abrocharle los botoncillos de plata en las canillas. Tales fantasías, y muchas otras que se dirán, eran

las que determinaban la pereza de nuestro sochantre, tanto más que no osaba convertirlas en realidades. Lo llamaban para responsar y tocar el bombardino en casi todos los entierros importantes en Bretaña. Pensaba en reunir en poco tiempo un pequeño capital, y gustaba de contar precavidamente, a la media noche, en su cámara, las monedas de oro. Despertaba, por ejemplo, una mañana de nieve, y se daba a imaginar que había llegado el verano y que salía a pescar truchas por las riberas del Blavet, tan ricas en cerezos; o quizás, si alguien moría en Savenay, se acercase a Nantes para saludar a una prima que allí tenía, o continuase camino para satisfacerle el gusto a un amigo flautista en Angers, que deseaba que diese un concierto en el pazo de un marqués. Y cada viaje de estos lo hacía punto por punto medio adormecido aún, y a las veces se le iba el hilo, mientras otras se le hacía un nudo y estaba dos o tres días deshaciendo aquella desgracia o entuerto que sólo en su magín había acontecido. Y cuando podía procuraba avivar aún su imaginación de perezoso con oscuras novedades y secretas correspondencias: el morado de sus medias teñidas con palo de Sicilia, le gustaba tanto por la finura del color como por el olor a violeta de las medias nuevas; de aquí pasaba a llamarles sicilias a las violetas, y Violeta a una mademoiselle Cecile que poseía una tienda de guantes en la calle de los Arcos. Todos estos viajes, y muchos otros, fortunas, negocios, sermones, amores, triunfos y derrotas, montaba el sochantre De Crozon en la cama, esperando el último minuto para saltar del lecho y correr al coro. Y en estas imaginaciones lo sorprendió la Revolución de Francia, y porque se había hecho muy visto con la nobleza, había comprado una fuente que era de pobres en el barrio viejo y cobraba por cada herrada un ochavo, había llevado a juicio ante el senescal de Vannes a un zapatero que le escamoteara unas hebillas de plata, y no perdonaba la partícula delante del apellido, se difundió que el sochantre era un «aristó» de los más duros, correo puesto de los príncipes, y que en el entierro del capitán De Rochefort—en—Terre no había tocado la marcha acostumbrada, sino otra a base de señales para los señores realistas, que estaban afilando las espadas en la sombra. A causa de todas estas sospechas se atribuló De Crozon, y pensó en abandonar Pontivy por Nantes, donde amanecería en casa de su prima, haciéndose pasar por un músico holandés que había perdido el equipaje. Esto si el zapatero de las hebillas, que había comprado en Saint—Brieuc un gorro frigio, no venía a sorprenderlo, y allí mismo en su cámara le cortaba la cabeza con la cuchilla del oficio. Ya veía el sochantre su cabeza en una pica por las calles de Pontivy, ¿y cómo haría el zapatero para bajar por las escaleras con la cabeza clavada en una pica? Si llevaba al hombro la pica, seguramente que la cabeza tropezaría en el techo bajito, que la casa era antigua; bajaría con ella como para una carga, tal vez cuidando de que no le cayera el solideo; tres o cuatro días llevaba el sochantre en su imaginación ayudando al zapatero a salir con su cabeza por puertas. Aunque quizás se arreglase todo. Cuando finalizase el entierro en Quelven, él subiría al altillo para conocer sus manzanos, a contar éstos, y para la Ascensión del Señor llevaría una tortilla de hierbas y una botellita de tinto, y haría el almuerzo bajo las ramas floridas

de su pomar famoso. Pensando en esta fiesta que a sí mismo, olvidándose de que era aún enero, se preparaba para mayo venidero, despachó en un vuelo el desayuno, y cumplimentado por madame Clementina, que le aconsejaba que abrigase las orejas, con la caja del bombardino en la mano salió a la calle el señor sochantre.

La niebla era espesa y baja, y cegaba la calle. No se veían los arcos de la casa de Gramática, que estaba frente a frente, y el farol de la esquina no era más que un gusanito amarillo perdido en aquella mansa espesura. Siempre le enviaban al sochantre caballo alquilado, y su preferido era un percherón que atendía por el nombre de Lisón, porque le había entrado la manía al sochantre de que el capón aquel gustaba de oír el bombardino. Pero aquella mañana no estaba el caballo arrendado a la puerta, ni Cuvet el guardapostas para sostenerle el estribo, informarle de las novedades que corrían y contarle de los viajeros que habían llegado la víspera en la diligencia de Auray, todos estos servicios en pago de una toma de rapé más que mediana. Estaba, en cambio, un hombrecillo con gorra de piel de nutria, como cazador de los llanos del Vilaine, envuelto en capa corta, en la mano izquierda un farol de aceite y en la derecha una tralla rizada de siete nudos.

—¡Tenga buenos días el señor sochantre! —dijo con voz alegre y amiga, levantando el farol a la altura de la cara del señor De Crozon—. Me llamo Mamers el Cojo —añadió— y mis señores amos están esperando a Vuestra Señoría en su carroza, en la plaza del Peso, para llevarlo a Quelven al entierro. Son gente principal de Bayeux y otros lugares, parientes del gentilhombre difunto.

Y sin esperar respuesta del sochantre, el hombrecillo se echó a andar calle abajo, camino de la plaza del Peso, bastante más deprisa de lo que nadie creyera de un cojo tan cabal: parecía en la niebla una lancha a favor de las ondas, que llevase en la popa una luz de seguro. La calle se le hizo muy larga al sochantre, siempre siguiendo la escasa luz del farolillo, y le resultó desconocido el piso, y no sabía por qué parte andaba. Quizás ya habían dado la vuelta cabe las montas de San Propósito, e iban atajando por el callejón de la Sierpe. Nunca se había atrevido a bajar por aquel callejón donde estaba la mancebía de la Ruanesa. Le pareció oír algo de música, un laúd que tremolaba una serenata fina, pero no podía ser en la Ruanesa, que ya pisaba las grandes losas de la plaza del Peso. Nunca se había visto en Pontivy una bruma así. Se detuvo el cojo del farol, y por entre los paños de la niebla venía acercándose otra luz y era una linterna de papel que portaba un hombre muy alto y muy flaco, de espesas barbas, roja casaca militar abotonada hasta el cuello, tricornio con plumas, y al andar hacía una gran sonanta de espuelas.

—¡Señor sochantre, ya era hora! ¡Me llamo Coulaincourt de Bayeux y soy pariente del fallecido, lo que no es gran noticia, porque todos somos parientes de todos los difuntos!

Tenía una voz cavernosa y áspera, y una mirada sombría con aquellos sus ojos negros perdidos en el fondo de la calavera. ¿De la calavera? Con la niebla, pensó el sochantre, no se puede dar crédito a nada.

Ya habían llegado a la carroza, y Mamers el Cojo, descansando el farol en el suelo, sostenía el estribo.

—¡Suba, señor sochantre, que tiene reservado asiento de honor atrás, a mi lado! —dijo desde el interior de la carroza una voz de mujer, y le sonó a De Crozon muy graciosa y fresca.

Subió el sochantre a la carroza, y aún se veía menos dentro que fuera. A su derecha se sentó aquel larguirucho de la casaca militar, y por tanto él a su izquierda llevaría a la dama de la invitación. En el asiento delantero iba gente, quizá cuatro personas.

—¡Adelante, Mamers! —ordenó una voz.

—¡Jo, Blanc! ¡Jo, Colin! ¡Zus, La Garde! —gritó Mamers en el pescante.

Y la tralla silbó antes de estallar seca en el tiro. Saltó la carroza y empezó el viaje. El sochantre llevaba apretada contra el pecho la caja del bombardino, y averiguaba en la oscuridad de la carroza, aspirando despaciosamente, de qué iba perfumada la dama desconocida.

II

PARA ir de Pontivy a Quelven había que cruzar el río de Blavet por la puente del Pasaje, y subir luego una cuestecilla; desde la altura resultaba muy alegre de ver la vega del Blavet, toda una pradería en el centro, y en los rodados nabizales y plantíos de avena, y las riberas del río espesas de cerezos y manzanos, y al pie de cada casa dos o tres higueras ramonas; por entre las tejas purpúreas de los tejados de Pontivy surgía heroica la torre del castillo, cubierta de hiedra; bajando en la noche de Quelven a Pontivy, parecía como si alguien hubiese posado en la tierra un gran candelabro de cien brazos: era Pontivy, con las luces de las casas encendidas, con los faroles de aceite de ballena del Cabildo, con la gran linterna de la puente ducal. Pero aquella mañana no se podía ver nada; serían las nueve cumplidas y parecía aún noche cerrada.

Monsieur De Crozon estaba deseando que el día levantase para ver el rostro de sus compañeros de viaje. Por mucho que inspiraba por la nariz, no conseguía catar el perfume de la señora. Del lado del que dijo llamarse Coulaincourt de Bayeux venía un olor de mohosa humedad; delante, uno tomaba rapé, estornudó siete veces seguidas, pero aquellos eran más silbidos que estornudos; el sochantre también tomaría ahora rapé, pero con la incomodidad de la caja del bombardino no podía introducir la mano en el bolsillo para sacar la cajita sin meterle el codo en la cara a la señora desconocida. Otro de los pasajeros del asiento delantero debía de sentir mucho frío, porque todo el tiempo iba castañeteando los dientes.

—¡Ya sabemos que vas ahí, Guy Parbleu! ¡Pareces la matraca de Vennes en Cuaresma! —díjole Coulaincourt.

Era lo primero que se hablaba en la carroza desde que habían salido de Pontivy. Por lo que llevaban andado y por lo que corría la carroza, dedujo De Crozon que debían de estar llegando al crucero de la Nutria; siempre cantaba allí el viento en los abedules.

—Señor sochantre —dijo una voz del asiento delantero—, falta poco para que dejemos en el aire las nieblas del Blavet, que siempre me hicieron mucho daño y fueron la causa de que teniendo un tío a quien heredar en Pontivy, no hubiera venido a vivir con él a esta villa, y era yo el sobrino más querido, tanto por el placer que mi tío sentía en oírme relatos, cuanto que sólo yo conocía el temple de un parche que había que ponerle en la nuca cuando le venía la jaqueca sabatina. Soy el escribano de Dorne, Jean Pleven, vuestro servidor.

—El ahorcado escribano de Dorne, Jean Pleven, ¡que Dios perdone! —dijo desde su rincón, burlona, la madama.

Y en aquel mismo momento, como si alguien con un inmenso cuchillo hubiese partido en dos la manzana del cielo, una mitad de ceniza y otra de sol radiante, hízose la luz en la carroza y en el campo. Ya corrían por la llanura de Quelven, entre los centenos recién nacidos.

—Es necesario —dijo Coulaincourt descansando una larga mano huesuda y amarilla en la caja del bombardino— que nos conozcáis a todos, y porque veo en vuestros ojos, señor sochantre, tanta sorpresa como miedo, quiero aseguraros que toda esta compañía, aunque sea de réprobos, fantasmas, ahorcados y sombras, es un batallón de gente pacífica. A vuestra izquierda lleváis a una mujer muy bella, madame Clarina de Saint–Vaast. Contempladla. Ved esos ojos verdes. Nunca habréis de olvidarlos. ¿Y qué son unos ojos verdes? Pero aun cuando fueran polvo, serían el polvo más hermoso del mundo, quizás unas arenillas brilladoras en el remanso de un regatillo claro. Delante, ahí tenéis al ahorcado escribano de Dorne, que conserva aún en el cuello la señal de la cuerda. A su lado, a monsieur de Nancy, verdugo de Lorena, exquisito en rapés y en nudos. Ese otro siempre callado y con el parche en el ojo, es el médico Sabat, el envenenador de las fuentes de Roma. ¿Y quién castañetea los dientes en la sombra?, preguntaréis. ¿Quién ocupa ese asiento que parece vacío? Pues ese asiento lleva, y no le pesa a los muelles, la sombra de Guy Parbleu. Añadidme a mí, Coulaincourt de Bayeux, muerto hace dos años, y soy el muerto más joven de toda esta familia, en el patio de Sedán, y a Mammers el Cojo, también ahorcado en Le Coisic, y ya tenéis la nómina de los parientes del hidalgo de Quelven, a cuyo entierro acuden. Y no cambiaremos de tiro en el mesón de Pauly, porque nadie querría para posta tres caballos muertos. ¡Ay, mi La Garde, vicioso y suelto, lucerillo!

El sochantre apretó contra su pecho la caja del bombardino, como si tratase de colocar una coraza sobre su corazón temeroso. O no había entendido bien, y siendo como era fantástico y novelador solitario por naturaleza tenía adelantado mucho para imaginar cualquier historia, o viajaba con una compañía de muertos. Del escribano de Dorne había oído algo, y más de que lo ahorcaron en Rennes. También había oído noticias de Guy Parbleu, un picardo criado del Diablo, que había perdido la capa en una borrachera, y había sido quemado en París. De madame De Saint–Vaast había oído asimismo alguna cosa. ¿Y aquel, entonces, sería el violador Coulaincourt de quien hablaban las gacetas? ¿Y qué venían a hacer a Quelven, al entierro del hidalgo, aquellos muertos condenados? ¿Y qué le querían a él, el pobre sochantre de la Colegial de Pontivy, siempre temblando de frío, siempre acariciando sueños que nunca se cumplían, tocando su bombardino en los entierros y cantando en el coro, contando a escondidas sus escasos luises de oro, por toda lujuria apretando cada mañana las rizadoras de madame Clementina, por toda gula una tortillita de hierbas finas y unas truchas empanadas? ¿No hubiera sido mejor que aquel sueño que lo dominaba por las noches —casi siempre cuando cenaba con exceso, por ejemplo, carne salada con repollo y salchichas—, y que representaba a la artillera de la casa paterna cogiéndole el bombardino al pie del lecho, el bombardino que ya era un cañón que crecía y crecía, y detonaba con estruendo, y él despertaba asustado y gritando porque la metralla lo deshacía, se hubiese cumplido? Pues casi toda novedad la tenía ensayada en sus sueños, hizo un esfuerzo, y aun costándole sonreír sonrió.

—¡Mejor que habernos reunido para un entierro, hubiera sido para una romería!

—dijo el sochantre, y notó en sí mismo cierto cambio en la voz, forzada por el miedo.

La carroza se detuvo en la curva antes de llegar al mesón de Pauly, monsieur De Nancy le ofreció al sochantre una toma de rapé. Estornudaron al mismo tiempo. El verdugo de Lorena pretendió sonreír y no pudo.

—¡Ya sabes, Nancy, que te está vedado! —dijo riendo a carcajadas madame De Saint—Vaast.

—¿Qué esperamos? —preguntó el sochantre a Coulaincourt, que parecía ser el jefe de aquella marcha—. Ya estará a punto de comenzar la función.

—Señor sochantre —dijo muy seriamente Coulaincourt—, aquí esperamos al muerto.

No pudo sentir más miedo en aquel momento el sochantre, porque el rapé del verdugo de Lorena era muy fuerte y pimentado, y estornudó cinco o seis veces seguidas. Cuando terminó de estornudar y pudo abrir los ojos, Mamers el Cojo abrió la puerta de la carroza; y le ponía el estribo al fallecido de Quelven, al difunto hidalgo de Quelven, a cuyo entierro iba a tocar el bombardino, y que le había dejado en el testamento un soto de manzanos en un alto, según se baja para Pontivy desde el crucero de la Nutria.

III

TODOS los presentes cumplieron al fallecido de Quelven, tratándose muy amistosamente y dándose por conocidos y de cotidiano trato, y preguntándose por la parentela. El difunto era un hombre grueso y colorado, la peluca blanca muy empolvada, espesas cejas rubias, los ojos azules muy francos, chato él, grandes mostachos caídos, y buena talla; tenía los brazos cortos de la gente de curia, y vestía de riguroso luto, cerrando la casaca con un cintillo de oro. Le besó la mano a madame De Saint–Vaast y tomó asiento donde coincidía que ya estaba sentada la sombra de Guy Parbleu. Pero no se sentó sobre ella, porque antes de que se sentase, el coronel Coulaincourt la cogió con ambas manos y la posó en una reja que tenía la carroza sobre el asiento delantero, y en la que ya iba el cabás del médico Sabat. Allá arriba seguía castañeteando los dientes el criado del Diablo. El fallecido tenía un tic que parecía como si en el espinazo se le hubiese soltado un resorte, y saltaba de cintura como poseído de hipo. Parecía contento de encontrarse en tan tratable compañía. Miró para el sochantre y sonrió.

—¡Vaya, vaya con el sochantre de Pontivy! Ya sé que os di una gran satisfacción legándoos en mi testamento el soto de manzanos de Vernié, y vos tenéis a cambio tocar en mi entierro una marcha de reverencia.

—Aún faltan algunas jornadas —dijo el escribano de Dorne.

—Pues adelante, Mamers, hacia el cementerio de Kernascléden —ordenó Coulaincourt.

El sochantre, en verdad, no sabía qué pensar de todo aquello, y a veces dudaba si no se encontraría en medio de unos juerguistas de Nantes. Madame De Saint–Vaast se daba aire con un abanico de plumas, y monsieur De Nancy sacó del bolsillo interior de la casaca una cuerdecilla de seda, de vara y media, y se puso a hacer nudos variados, que cuanto más acabados y complejos parecían, mas pronto, con sólo tirar de un cabo, se deshacían en el aire. El médico Sabat sacó del bolsillo del chaleco, un chaleco azul rameado en rojo, un reloj de oro y lo aplicó a la oreja.

—Veo, señor médico Sabat, que no os acostumbráis a vuestro empleo de médico transeúnte, y seguís con la manía de consultar qué hora es, y si se paró el reloj y es necesario darle cuerda, y una de las tachas de nuestro estado es no poder contar el tiempo ni leer las horas que pasan —comentó el escribano.

—No sé cuando me acostumbraré yo —dijo el fallecido de Quelven—, que soy el más nuevo en el oficio.

—¿Y cómo ha sido? —preguntó madame De Saint–Vaast, dirigiéndole al hidalgo una de aquellas miradas súbitas y burlonas que usaba, fríos reflejos de piedra preciosa de los alabados ojos verdes.

Madame De Saint–Vaast era, en verdad, una mujer muy bella, blanca como nieve fina, los labios dos largas líneas rojas graciosamente curvadas, el seno abundante y de latir sereno, surcado por un ramo feliz de venillas verdes; en la seda azul de la blusa,

los botoncillos parecían dos gotas de sangre. El sochantre no sabía cómo apartar de allí los ojos.

—Fue lo acordado —dijo el hidalgo de Quelven— que yo bajara a Nantes, y entrando en la tienda de madame Croizat preguntara por el capitán de Kernec. Madame Croizat me daría una tortuga de oro, que llevaba el veneno en el vientre. Ya había firmado, pensando que nada perdía. Pero el veneno de la tortuga era como comer un dulce de miel de Mortain. Yo tenía un perro, mi Javín cazador, un espaniel muy educado, pero ya cegato y viejo no hacía más que dormir en la cocina o al sol. ¿Por qué no probar? Lo llamé con la voz alegre con que lo llamaba para las cacerías en otros tiempo, y el perro vino renqueando a descansar la cabeza en mis rodillas; algo conoció, ya que cuando me vio la tortuga en la mano se retiró, ladrándome. Lo llamé otra vez, ordenándole, y vino gimiendo y casi arrastrándose... Le posé la tortuga en la cabeza, y permaneció manso y lamiéndome la mano, como acostumbraba. Y, lamiéndome la mano, cayó muerto.

Era una muerte muy dulce, casi como adormecer. No era eso lo pedido. Yo quería darle una muerte más dura. Sobre todo yo quería ver la sangre, ver la sangre en el suelo, sentir caer la sangre de la cama en el suelo, gota a gota, como cuando, desde mi cama, siento caer las goteras en el desván, en las noches de vulturno y lluvia. Para saber que estaba muerto, me hacía falta ver cómo lamía en el suelo su sangre mi danés. Matar con la tortuga era cosa sencilla en demasía. Llegar a decirle: «¡Mira qué alfiler más hermoso compré en Nantes!», cogerlo él en la mano, y antes de que tuviese tiempo de leer las letras que la tortuga trae en el lomo, morir. No, tenía que ver que iba a morir, tenía que ir aprendiendo a morir mientras moría, como se aprende en una larga enfermedad, como aprende el ciervo en el bosque con los perros gritadores siguiéndole el rastro. Le acerté con el primer tiro en la boca. Ya no podía hablar, ya no podía llamar en su ayuda a su hueste, a sus cuervos, a sus secretos. Sangraba una sangre caliente y espesa. Quiso levantarse y le acerté con el segundo tiro en el pecho. Me puse a cargar despacio otra vez las pistolas. Otro tiro, esta vez al vientre. Gemía, se ahogaba. Ya empezaba a gotear la sangre en el suelo. Como una gotera en el desván: pam, pam, pam, pam... Le silbé al danés, le grité: «¡Aquí, Garçon! ¡Pronto, Garçon!». Lamía gustoso aquella sangre caliente. No moría aún; seguía gimiendo, ahogándose, mugiendo como un buey. Otro tiro, esta vez en el corazón. Ya estaba muerto. ¿Muerto? Estaba en el espejo del armario, estaba vivo en el espejo del armario. Me habló sin ira alguna, burlándome. «¡No fuiste tan listo como fuiste osado. Ahora te toca a ti. Mañana amanecerás muerto. Durante los años que te quedaban vagarás por ahí. Te enviaré una tropa que tengo libre en Bayeux!». Ya no me importaba. ¿No lo había visto morir? ¿No había lamido Garçon su sangre? ¿No la había sentido gotear desde el lecho en el suelo, pam, pam, pam? ¿Y de quién era aquel cuerpo que se pudría tan pronto en aquella cama, que ya comenzaba a oler? Una rata salió de un agujero al pie de la cama, subió y se puso a roer en la cara del muerto. Fue entonces cuando el espejo se rompió en mil pedazos. La rata huyó. La

cama estaba vacía, pero en el suelo Garçon seguía lamiendo la sangre del Diablo. Y anteayer, a la mañana, yo ya estaba muerto.

—¡Debió de ser un mal trago, cuando amaneció Cabaliel en el espejo! —comentó el médico Sabat.

—¡Señor sochantre! —dijo Coulaincourt—, ¿no podría tocar esa marcha de reverencia que traía ensayada para el entierro del hidalgo de Quelven? Conviene alegrar tan largo viaje.

El sochantre había entontecido con todos los sucesos de aquella mañana de bruma, con el descubrimiento de tan extraña compañía y con el discurso del fallecido hidalgo.

Maquinalmente obedeció la orden del coronel Coulaincourt, sacó de la caja el bombardino, humedeció los labios frotándolos uno contra otro y lanzó al aire la marcha de reverencia.

IV

VINO pronto la anochecida. El fallecido de Quelven se adormeció y madame De Saint-Vaast le echó por encima una manta. El sochantre sentía hambre y sed; pasaron a trote largo por delante de la taberna de Clouzel, que tenía el ramo puesto, anunciando la sidra nueva; también tenía el ramo el mesón de Les Pieux, tan celebrado en las canciones de los cazadores. Te sentabas a la mesa de piedra y venía una de las hijas más jóvenes del hospedero, y de una jarra colorada te echaba en el vaso el oro hirviente de la sidra; en verano e invierno andaban con los blancos brazos al aire, recogidas las mangas de las blusas de lino. La boca se le hacía agua al sochantre. Dejaron el camino real poco más allá de Les Pieux, y la carroza debía de correr ahora por campo abierto. Gente de poca conversación, aquella compañía de muertos callaba hora tras hora.

—¿Y a qué hora podré acostarme? —se atrevió a preguntar el sochantre al señor de Coulaincourt.

—Quizás —dijo aquel esqueleto de casaca militar— no hemos sido con vos tan corteses como merecíais, tanto que, habiéndonos gustado la marcha de reverencia que tan bien tocasteis hace una hora, no os brindamos un aplauso; y considero que cada muerto de los que aquí van está pensando que, para cuando le llegue la hora del descanso, y pasados tres años, más o menos, esta tropa reposará en tierra definitivamente, le alegraría oír la entrando en la tumba. ¡Y no serán mal tambor de acompañamiento los terrones cayendo en mi caja de nogal, que me espera en el cementerio de Bayeux! Y tampoco os hemos dicho que nosotros, estando muertos, no podemos encender lumbre en hogar ni entrar en casa donde esté encendido, ni comer pan de trigo, ni cosa alguna que lleve sal o aceite, ni beber vino. Pero ahora vamos hacia las ruinas del monasterio de Saint-Efflam-la-Terre, y Mamers tiene allí, en la que fue cocina de los frailes, una pipa de cerveza doble de marzo y un jamón adobado con pimienta que enviamos a asar en Dinan antes de salir para este viaje. También convenía que os advirtiéramos que, cuando cierra la noche, volvemos por espacio de seis horas a nuestra condición de esqueletos. ¡Hasta la pechuga de madame De Saint-Vaast, esa seda que tomándola por una blanca camelia rozan todos los ojos del mundo, se va, ceniza perfumada sólo de amor! Todos esqueletos —dije—, y no, que Guy Parbleu, no teniéndolo, se queda en una lucecilla azul.

—¡Ya está ahí! —dijo madame De Saint-Vaast, con una voz más grave y profunda que antes—. ¡Parece Venus saliendo sobre los montes! ¡Nunca me canso de mirarte, Parbleu!

Y era cierto: en la reja, junto al cabás del médico Sabat, saltaba una estrellada lucecilla azul, talmente Venus, como al sochantre le placía verlo salir, al lucero, por sobre las colinas de Rochefort y del Ploermel; brillaba como Venus, y como Venus alumbraba, argentino. Fue a esta luz a la que se dio cuenta el sochantre de que todos sus compañeros de viaje eran ya amarillos esqueletos polvorientos. A la calavera de

madame De Saint–Vaast, con los saltos que daba la carroza por aquel camino no usado, le caía la peluca a cada momento. Sin embargo, el verdugo de Lorena seguía tomando y ofreciendo rapé. Despertó el fallecido de Quelven. Este, muerto de ayer, aún conservaba las carnes, pálidas, sí, y ya olía un poco.

—Yo no podía con mi propio olor —dijo el escribano de Dorne— y le quedé muy agradecido al difunto caballero De Combourg, que también me trajo aquí, al cementerio de Kernascléden, por echarme en la calera vieja. Cuando salí, limpio de la podredumbre, de un rosal que saltaba por encima del muro de la huerta de la rectoral arranqué una rosa y la puse entre los dientes, para limpiar también el magín del asco de aquel zumo que escupiera mi carne pecadora.

Queriendo reír, hizo una mueca el médico Sabat, cogiéndole a monsieur De Nancy una toma de rapé.

—El señor sochantre —dijo monsieur De Nancy—, tan pronto como cene, podrá acostarse en el arca del pan de los frailes de otrora. Excepto que prefiera quedarse en la rueda escuchando nuestras historias, mientras se desnuda en la calera el fallecido señor hidalgo de Quelven.

El sochantre ya estaba desfallecido de miedo, y ahora lo que lo traía fastidiado era no poder enviar aviso a madame Clementina para que le dejase allegada a la lumbre, en una trébede, una sopita de perejil con un huevo escalfado, ni disponer de un propio que fuese con un recado al Colegio Mayor para que le dispensase de coro, por andar raptado por una hueste del trasmundo. Se veían a lo lejos unas luces, que debían ser, por lo recorrido por la carroza, las de la villa de Kernascléden.

—Contar nuestras historias —dijo más para sí que para el sochantre el coronel Coulaincourt—; contar nuestras historias a nosotros mismos y a cada uno que va y viene, día tras día, mes tras mes, año tras año, ¿no es un castigo muy lento?

—A mí, lo que más me cuesta contar es cuando el verdugo de Rennes me hizo el nudo en la misma nuez. Era una cuerda áspera y fibrosa, de esparto de Tarragona. Me la apretó bien, y después tuvo que aflojar el lazo, para colocarme el nudo en la nuca, y me rozó la papada y todo el cuello. Medio ahogado, le dije: «¡Despacio, hombre, que todos somos cristianos!».

—¿Y él qué dijo? —preguntó el sochantre.

—Nada. Escupió en las manos y tiró del seguro de la trampa.

—¡Fácilmente ganan la vida los verdugos en este país! —comentó monsieur De Nancy—. En Lorena hay que hacer el nudo en el aire y meter el lazo por la cabeza del penado.

—Es que allí rige la ley de Bolonia —apostilló entendido el escribano de Dorne—. Viene en los textos: *Lotharingia reget lege romana*.

Ladraban los perros de los pastores. Mamers el Cojo hostigaba el tiro. La carroza pasó a rodar por piso enlosado. Estaban en las ruinas del monasterio de St.–Efflam–la–Terre. Cuando la carroza se detuvo en el viejo patín de honor, en el silencio de la noche se oyó tres veces la lechuza.

SEGUNDA PARTE
LAS HISTORIAS

I

LA jarra de cerveza andaba de mano en mano y de boca en boca. El señor sochantre realizaba esfuerzos para poner sus labios en donde bebían los muertos, y quien partía el jamón era el médico Sabat, que por cierto cortaba los trozos con mucha habilidad con un gran cuchillo gascón. Muy impregnado de pimienta, no se le echaba en falta, al jamón, la sal. Los difuntos masticaban despacio, silenciosamente, unos de pie, otros sentados en el suelo, y madame De Saint-Vaast, muy envuelto el busto en su boa de plumas rojas, en el cabás de monsieur De Nancy. Le daba un tiento a la jarra el sochantre cuando en el atrio se sintieron pisadas de hombre que gastaba zuecos claveteados.

—Ya está ahí, señor hidalgo de Quelven, el capitán De Combourg. ¡Que no os corte la cal la digestión! —dijo el médico Sabat.

Entraba un alto esqueleto, de andar muy desenvuelto, arrastrando gran espada, y en el hombro izquierdo traía posada la osamenta de un pájaro. Levantó Mamers el farol de aceite a cuya luz estaban comiendo, y el sochantre vio con gran sorpresa que aquel señor capitán De Combourg vestía azules y amarillos del Regimiento Navarra, a donde hubiera ido él de cadete de a caballo si tuviese algunos alientos más en la juventud.

—¿Dónde está ese osado que quiso matar a su demonio? —preguntó con una gran risotada. La osamenta de pájaro que llevaba colgada del hombro voló como si tuviera plumas en las alas a las manos de madame De Saint-Vaast.

—Aquí estoy, capitán, que ya se me ve en las carnes.

—¿Y quién es este que parece de iglesia?

—Este está vivo, señor capitán, y viene con nosotros con salvoconducto firmado. Se llama De Crozon y es sochantre bombardino de la Capilla de Pontivy, y está sentado justamente sobre la caja donde lleva su instrumento.

—Un De Crozon estaba afilando una hoz hace cuarenta años, cuando me derribaron de mi bayo al entrar en el castillo de Josselin. Pero vos no sois aquel De Crozon, que aquel de quien hablo era bizco de un ojo.

—Ese era mi padre —murmuró el sochantre.

El capitán del Regimiento Navarra clavó la mirada en el sochantre muy seriamente, la mano puesta en el puño de la espada, pero se le fue el genio con una gran risotada.

—¡Pues era mejor que fueseis hijo de puta!

Rieron todos los presentes. El esqueleto volador era, según aprendió el sochantre, cuervo y muy amigo que había tenido el capitán De Combourg, y cuando mataron al capitán en Château-Josselin, mataron al cuervo y lo enterraron con él. La señora le daba hebras de jamón y el pájaro comía gustoso en los dedos de la hermosa. El capitán venía con prisa a buscar al hidalgo de Quelven y llevarlo a la calera vieja, para sacarle la carne antes de que se pudriese del todo. Se despidieron el hidalgo y el

capitán de la compañía por unas horas, y para terminar la barrica de cerveza dio dos vueltas más la jarra. El capitán había dejado el cuervo en las faldas de madame De Saint–Vaast echando una siesta, y Mamers el Cojo colgó el farol de una mano de la estatua de san Efflam, que parecía estar en la columna del medio del pórtico contemplando atentamente aquella gente nocturna. El sochantre se serenaba un tanto con el santo allí cerquita, y disculpándose con una corriente de aire, cambió de sitio y se fue a sentar debajo mismo de san Efflam, y se puso cómodo, y extendió el brazo sobre los pies desnudos del santo patrón, y apoyó la cabeza en el brazo. Con los dedos le parecía leer algo escrito en la piedra, y acariciaba una y otra vez las letras medio borradas por los años y los temporales, y era casi como rezar.

—Pues tenemos por pena pasar estas noches que andamos en hueste contando nuestras historias —dijo el coronel Coulaincourt mientras levantaba las solapas de la casaca militar—, veo que la cortesía ordena que le dejemos decir la suya a madame De Saint–Vaast. Y tú sosiégate, Guy Parbleu, que me marea verte volar de un lado a otro.

Se arrimó Coulaincourt al sepulcro de un viejo abad, reposó Guy Parbleu sobre un hierro que colgaba de la clave de un arco y que debía de haber sido el de la lámpara mayor, ofreció rapé monsieur de Nancy, y todos se pusieron a escuchar la historia de madame De Saint–Vaast. De cuando en vez cantaba la lechuza y se oían perros a lo lejos, por donde una lucecilla que el viento hacía oscilar como una ramita decía que debía de estar Kernascléden.

II

—**N**ACÍ en la Torre de Audierne, viendo viajar en la noche el relámpago dorado del faro de Eckmühl. La torre de Audierne es muy venteada, y el mar rompe en ella. Yo fui la más joven de las hijas del cazador de Semplacat, y una cantiga de siete versos que le hicieron a mi madre en la romería de Pont–Croix —un verso por cada hija suya—, decía que yo era la más bella. Me habían puesto el nombre de Clarina, porque mi madre leyera una novela en la que había una señora enamorada de este mismo nombre, durante su preñez, y todos concordaron en que de la novela habían pasado a mis ojos las verdes luces de los de aquella doña Clarina, la cual murió, según estaba escrito muy sentidamente, de cólera morbo en Verona de Italia, consolada por un amante inglés que tenía, y que leía el porvenir en una copa de cuerno basilisco. Crecí muy gentil y regalada en aquella riqueza de Audierne, al lado de mis hermanas y de mi madre, que siempre estaba esperando el regreso de mi padre, el hidalgo cazador, que se había ido a las guerras de Hannover con sus primos Chateaubriand, y que de vez en cuando enviaba a buscar dos camisas de lino crudo, unas bragas de franela y dos torneses de oro. Un día llegó la noticia de que se había casado en la frontera con una cantinera flamenca, y que dejara el Real Normandía por atender al tinglado de la nueva joya, que había bautizado su vivac «Le Coq Breton». Un tío segundo nuestro, primo de mi padre, que era contador de la renta de la ballena en Brest, trajo la novedad, y con el pretexto de sanear los intereses de la que sin más pasó a llamarse la triste viuda de Semplacat, se aposentó en nuestra torre, tomó el mando —que mi madre, que no hacía más que llorar, le dejó sin pena ni recibo—, y en un año nos puso por puertas, y huyó en la diligencia de Vannes con la más vieja de las siete hermanas, dejando embarazada a una mediana, que se llamaba Ana Eloísa y tenía una mancha en una oreja. Mi madre, con el pretexto de obtener un arresto de la Corte de lo Criminal de Chateaulin, pasó primero a Quimper y luego a Rennes, y de la villa primada se acercó a Bagnoles–de–l’Orne a las aguas, a curarse de un pulso alterado que se le produjera con los disgustos, a gastos pagados de un tal capitán de Gaillon, que se hizo, sólo con verla en una posada, su punto fijo. Y no tuvimos más noticias de ella, salvo que había puesto en Etratat un taller de planchado inglés. Todas, pues, en los primeros años de mi juventud, novelas de puterío fueron las que me han ido educando.

Dijo esto entristeciéndosele un tanto la voz, y el sochantre se pasmaba de aquel decir cortés que tenía, y de su fino acento de la marina, y se olvidaba de que quien hablaba era aquel esqueleto de boa de pluma, y hasta sentía que su corazón se iba acompasando a las fatigas de aquella niña.

—Mis hermanas se casaron todas pronto, excepto la que había resultado embarazada de nuestro señor tío, que quedó conmigo en la torre de Audierne, con el niño que había tenido, y que le salió muy gracioso y algo tartamudo. Gustábamos mucho en toda la marina de Quimper las señoritas de Semplacat, tanto por la casta

como por la piel blanca, por aquella fácil sonrisa que teníamos, con la que parecíamos decir que siempre estábamos queriendo... En la primera casa junto al puente de la torre, vivía un tejedor de chalecos llamado monsieur Labaule, a quien el día de San Emeterio, viniendo de la romería, se le produjo una parálisis a causa de la sidra caliente que había tomado. Como vivía solo en la casa, y él mismo se las arreglaba en la cocina y en las labores, mandó llamar a un sobrino suyo que era flautista en el castillo de Broglie, y era rubio de pelo. Mientras no llegaba el flautista, mi hermana y yo íbamos diariamente a cuidar a monsieur Labaule, a darle sopicaldos y frotaciones de agua de hinojo, hacerle la cama y mudarlo, y no me abochorna decir ahora, por lo mucho que anduvimos mi hermana Ana Eloísa y yo en lenguas de comadres y costureras de Audierne, que las primeras partes que yo vi de un hombre fueron las de monsieur Labaule cuando lo limpiaba, que todo lo hacía por sí, y no las de aquellos que las envidiosas me atribuían por amantes. ¡Asco de gente! Allá por Pascua llegó el sobrino, Pierre Labaule y tan pronto como llegó se convirtió en mi enamorado. Venía a sentarse en la puente de la torre por las noches, me daba serenatas. Tenía arte para imitar al mirlo y al malvís, y hacía que lo acompañase a la selva de Auremer y me dejaba en un lado y él iba por otro a despertar al ruiseñor cantando, y cuando lo despertaba volvía junto a mí, y abrazados escuchábamos al encantador de la noche. Monsieur Labaule veía con buenos ojos el noviazgo, y había mandado llamar a un escribano a Douarnenez y había puesto todos sus bienes a nombre del sobrino, si se casaba conmigo, y quedamos en que la feliz boda se celebraría después de la otoñada. ¡Mucho mimaba yo a mi flautista, que me gustaba pequeñito como era, tan rubito, el bigote sedoso, tan silencioso, y aquella su disposición a ponerse colorado por nada! Por el tiempo de la siega enfermó mi hermana de unas fiebres con sobresalto y en dos semanas se puso al borde de la muerte, y hubo que ir a buscar un médico a Kerity, que era muy famoso en fiebres secretas, y tan caro como famoso.

—Más afamado era —cortó el médico Sabat— por cabrón consentido.

—La fama, venga de donde venga, siempre hay que pagarla —dijo el escribano.

—Se le pagó puntualmente la consulta, con dinero del viejo Labaule, y se puso al descubierto que del parto le quedaron a mi hermana unas entrefibras de las madres pegadas, y que no había otras boticas para esto que un nuevo embarazo, y que con el nuevo alumbramiento desaparecerían todas aquellas sobras, quedando la cámara limpia. Tratamos mi hermana y yo de la forma de salir de aquella situación, pues si no ayudábamos pronto, moriría sin remedio la pobre. Pensamos en un constructor de zuecos que venía a hacerlos para los marineros del bacalao, y dimos también con un marinero que se llamaba Gateau–Surprise de mote y era muy guapo, y buscaba a mi hermana guiñándole un ojo. Pero por la honra del hijo, ese que os dije gracioso y tartamudo, que ya estaba a los cinco años apuntado en la Marina Real, buscamos el secreto, y en mala hora me vino a mientes prestarle a mi hermana mi Pierre flautista para que la preñase. Y mientras se hacía aquella siembra, por no querer actuar de

palangana, me fui en romería a Sainte–Anne–la–Palud.

Lloriqueó un poco madame De Saint–Vaast y preguntó si quedaba media jarrita de cerveza. Se la trajo Mamers el Cojo, escurriendo la barrica por la canilla, y madame bebió despaciosamente y se limpió con un pañuelito bordado.

—Cuando, finalizada la romería, volví a la torre, ya estaba aplicada la medicina. Y ya iban a leerse en las iglesias mis proclamas y las de Pierre Labaule, cuando le llegaron al mozo cartas anunciándole que tenía que ir al castillo de Broglie para testimoniar en un juicio de aquellos príncipes a causa de un collar de perlas que se había perdido o había robado un ama de llaves. Lloré copiosamente, y allá se fue Pierre con la promesa de estar de regreso en Audierne para Santos y Difuntos. Me enviaba desde Broglie por la posta real palabras de amor y cintas de seda, pero pasó casi un año, y quizás no hubiera venido todavía si no hubiese muerto su tío, el tejedor, ya que los duques de Broglie lo querían tener a mano para el juicio oral. Y fue el caso que cuando llegó Pierre a Audierne había ido yo a Quimper a hacerme un vestido de luto con encajes de sobrepaño, y al entrar mi enamorado en la torre lo primero que vio fue a mi hermana Ana Eloísa dándole el pecho al garzonillo que había parido de él, para curarse de las entrefibras mencionadas. Mi hermana tenía los pechos muy llenos y sueltos, y era muy callada y servicial, dueña de esa gracia humilde a la que muchos dan mérito. A Pierre le llegó al corazón el cuadro, tanto más que quizás conservaba recuerdos del trabajo de hacerlo, que aunque él lo hiciera por amor a mí, algún mimo y caricia tenía que haber mediado, y el pequeñín le sonrió, y en aquel momento se olvidó de mí y se afirmó en que Ana Eloísa tenía que ser su mujer, y cuando yo llegué a Quimper con toda mi galanura de entredoses y punto d’Alençon muy tejido, tocaban en la iglesia de Saint–Paulian porque salían los recién casados. Me cogió tan de sorpresa y tan inocente aquel paso, que no supe más que callar y llorar, y me iba a pasar la mayor parte del día a la selva de Auremer, a escuchar por la mañanita a la tórtola y por la noche al ruiñeñor, y en todo momento a mi corazón, que me parecía que se rompía en el pecho... Hallándome un día de mayo paseando por la selva, al lado del camino, cogiendo fresas silvestres, acertó a pasar jinete en un ruán el caballero De Saint–Vaast, que aún era algo pariente nuestro, y su casa y la mía pintan un halcón en gules. Venía a Audierne a tomar nueve ondas, pues se las había recetado el curandero Galván, al cual tenía como hipócrates de cámara, a fin de que se le curase una postura del espinazo. Le dije que pasase a nuestra torre de Audierne, donde, aunque pobres, y tristes, teníamos para honrar a pariente tan señalado. Pensé que le había gustado mi cara, la cortesía que en el hablar usé y mi talle, y así fue, que con gran contento de todos a los tres días de estar en la torre ya quería meterse en mi cama, pasando antes, eso sí, por la Santa Iglesia. Me casé, pues, sin amor, con aquel viejo, que me paseó por todas las casas de Bretaña y Normandía, llevándome de la mano muy gentil, como si llevase anillos preciosos y nunca vistos en los dedos. Pero yo no lograba apartar de mí a Pierre Labaule, y ni viéndome rica, señora y agasajada, lograba olvidarlo. Y determiné envenenar a mi hermana, yendo a

Audierne de visita a buscar un descanso. Galván, el curandero, me dio por una libra de oro cuatro granos del veneno que denominan *tanatos umbrae*, preparados para diluir en papillas de maíz, que era el desayuno de que más gustaba Ana Eloísa. Y coincidió que estaba mi hermana en la cama con un catarro, y yo me hice perdonadora de todo, y me puse a cuidarla. Y en unas papillas, disolví los cuatro granos, y es veneno que no deja rastro, y le fui a llevar el desayuno, y a las cuatro cucharadas miro para mí, lanzó un ay, cerró los ojos —y el mayor miedo que yo tenía era que me estuviera mirando mientras moría—, y murió. Y yo, loca de mí, con el miedo y la angustia llevé a la boca las manos, que no las había lavado desde que diluyera el veneno, y basta un aroma de este para matar. Y en el mismo lecho de mi hermana caí muerta.

Tapaba madame De Saint–Vaast el rostro con las manos, dos arbolillos de diez ramitas de marfil transparente, y sollozaba. El sochantre estuvo a punto de levantarse de donde estaba e ir a darle unas palmaditas en la espalda, para que se sosegase. Pero fue entonces cuando se dio cuenta de que el san Efflam de piedra le había puesto uno de sus pies encima del brazo. ¿Querría decirle con aquello el santo que no se moviese?

—Y desde aquella mañana, cada año, mientras Pierre flautista viva, yo tengo que ir a Audierne el día del aniversario, y entrar en la cámara de Pierre, que casi siempre está ensayando en la flauta y solo, ya que el bastardo de Audierne está en la Marina Real y el pequeño que salió de la medicina se halla en el seminario de Vannes, y él no quiso volverse a casar, y mi castigo es que no me conoce y me toma por su Ana Eloísa, y me acaricia con el nombre de ella y me besa, y me busca la mancha en la oreja para asegurarse de que soy su querida paloma, y con la ilusión que pone me la encuentra y yo tengo que pasar por otra aquel amor que pedí para mí, aun a través de muerte envenenada... Y todavía quedan dos años, que para entonces, el día de San Martín, Pierre morirá, que resbalará en los peñascos de Gulvinec el caballo en que viaje. Y entonces podré ir a mi tumba en el viejo cementerio de Audierne, tan vecino del mar, que en los temporales de marzo se suelen encontrar peces en los nichos. Y yo no quiero más que dormir, dormir, dormir...

III

— **Y**O nací cerca de aquí, en el lugar llamado Le Faoüet. Si ahora subiéramos a la torre, quizá viésemos alguna luz en un otero, por la banda del Sur. Hay buenos pastizales por allí, pero poca gente principal, y la justicia la pone en aquella villa el señor vizconde de Rostrenen, y el derecho que allí rige es la costumbre de Quimper, y casi todo se puede arreglar, ya sea con buenos padrinos, ya sea con dinero. Mi padre era asistente de Tasas Reales, poco querido si he de decir verdad, pues apretaba la mano sobre el paisano, tanto por la lana de las ovejas como por los cueros de vacuno, por el centeno, por el peaje de la puente nueva, por más de dos ventanas en cada pared de casa, por los cubiertos de los Estados, por la almohada del gobernador general, y por tanto y tanto de esto y de lo otro. Vino un cura nuevo a Le Faoüet y empezó a soliviantar al paisanaje, predicando un sermón *adversus publicanos*; publicano le quedó a mi padre de mote, y un año de sequía, el de aquella sequía llamada del fuego de San Yvet porque al mediodía del día del santo, que cae por el tres de agosto, ardieron los herbales de las landas de Blame sin que nadie las incendiase, yendo a cobrar la tasa del rey sobre los cueros a Mur-de-Bretagne, lo mataron unos que no fueron habidos, de un golpe de azada en la cabeza. Mi madre era una buena mujer, muy rezadora, cocinera celebrada, y había tenido un tío que había sido canónigo en Chartres, con lo que presumía mucho en las tertulias, contando cuando había ido allí de visita. Aun embolsara algo de las sobretasas de mi padre, y no había sido más porque en mi casa siempre se fue goloso de lo mejor, tanto en carne como en pescado, en quesos y vinos. ¡Ay, violetas del Médoc, no poder cataros ahora! Yo había estado colocado de acólito, la gramática francesa y latina y la *summula decretalis* como pago, en la clerecía de Hennebont, y cuando mataron a mi padre, mi madre pensó que era mejor llevarme a Dinan a estudiar la glosa boloñesa en el Cabildo de los Apelantes, visto lo bien que se me daba el latín de los decretos y que parecía dispuesto para orador en foro. Y ya había aprendido la *interdictio* y la *vinculatio*, que son las dos piernas del letrado en Bretaña, cuando quedó vacante la escribanía de Dorne, y vendiendo lo que teníamos en Le Faoüet y empeñándonos un poco, la compramos. Llegué a Dorne con casaca rameada, tricornio de sobrecinta y puños de encaje, y en seguida me hice notar, tanto por la buena letra de mis instrumentos, cuanto porque cobraba poco, daba mucha conversación a cada uno sobre sus intereses, estaba soltero y le escribía cartas por conducto de la posta real al albacea de nuestro difunto canónigo de Chartres, para ver cómo iba el pleito de la herencia. Yo ya sabía que no me había dejado nada, pero era por figurar. Cuando me vi apreciado subí la tasa, y me dolí de no tener un retrato de mi padre, para que viese que sabía seguirle las mañas. «Tales tierras, tales nabos». Contar oro en la noche es la más hermosa cosa del mundo. No canta lo mismo un tornés inglés que un luis de Francia, ni un ángel de las ciudades marinas que un carolus de España. Encendía yo cuatro candeleros y colocaba cada uno en una esquina de la mesa del comedor, y me

dedicaba a contar lo ahorrado, que todo lo tenía en bolsitas de colores, con mi *signum* patentado bordado en hilo de oro. Hacía columnitas, hacía que empedraba la mesa como la plaza del Tremble en Angers, que lo está de piedrecillas redondas como monedas, y entonces, ya empedrada la mesa, con el dedo índice y el del medio de la mano derecha, fingía que era el duque de Laval que paseaba. Y hacía caras de gente perfilándolas con monedas, y un caballo de oro, que me gustaría tener, y por seguir soltero, y ya se sabe por Agustinus que la abstinencia engendra la fantasía y en la glosa da pie este texto para la llamada «atenuante de privación», caí en representar una mujer con las monedas, toda de oro, y le ponía unas aguas marinas que había comprado para los ojos, y dos rubíes por pezones: las partes, eso sí, se las tapaba con mi tabaquera, que por el anverso tenía pintada a Venus Afrodita saliendo de las olas del mar chipriota. Estas eran mis alegrías. ¡Años felices de Dorne, qué pronto os fuisteis río abajo!

El escribano, que era un esqueleto achaparrado y de osamenta muy dura y roja, sacó del bolsillo de la casaca un gran pañuelo de hierbas, no sé si para sonarse o secar los ojos, si es que lloraba, pero, no encontrando cara donde hacerlo, volvió a guardar el pañuelo.

—Una mañana de cierzo, esos cierzos del sudoeste que tanto pegan en Dorne por el mes de febrero y en la otoñada, llegaron a mi escribanía dos caballeros, ambos mozos y lucidos, hermanos que se llamaban los señores condes de Maintenon, venían a Dorne a poner pleito al coronel De Sauvage, de los Guardias Montados, para ver quién de ellos tenía derecho a registrar un tesoro en el castillo de Flers, procediendo los tres del viejo Villiers de Flers el Negro, que había sido quien lo ocultara. Me personé por ellos en la Cámara y en tanto que estudiaba los derechos de los señores condes, que sería fácil probarlos si no fuese que había por medio un bastardo y que había ardido la sacristía de Ivry, donde estaba el libro con la partida, lo que daba pretexto al señor coronel De Sauvage para decir que no era tal bastardo, que era una monja que había sido su tía en noveno grado, línea segunda; mientras estudiaba los derechos, estudiaba el tesoro, aprendiendo por plano la disposición del castillo de Flers, e imaginando dónde servirlo, que no sería menos avaricioso y desconfiado que Villiers de Flers el Negro, escondería mi oro precioso si viniesen tiempos de guerra y levantamientos. Y caía en que lo escondería en un hueco que quedaba sobre la bóveda de las cuadras bajas, porque inicialmente se proponían hacer allí el cuerpo de guardia con chimenea y estaba dispuesto el hueco para adecuar el tiro; después cambiaron de idea, e hicieron el cuerpo de guardia en el atrio nuevo, taparon el hueco y utilizaron lo hecho para pocilga. Me eché a reír cuando hice el descubrimiento, como quien adivina qué pájaro picoteó la cereza. ¡Allí mismo tenía que estar el tesoro! Pero no sacaba de mi cabeza el asunto y mi descubrimiento, y no podía dormir e incluso repugnó contar el oro en la noche, que la pasaba inclinado sobre el plano del castillo de Flers. Hasta que diciendo que iba a Chartres a cobrar lo heredado de mi señor tío el canónigo, que al fin ya se le habían visto las cuentas al albacea, salí

a caballo por la carretera de Argentan, llevando conmigo a un criadillo que había tomado ex profeso para aquella aventura y se llamaba Dieulebon, como todos los donados de la Cuna de Alençon. Al llegar a Sées le dije al paje que tenía que hacer una visita a Château d'Oo en busca de un documento, y que me esperase en la posada, en la que quedaba por una semana con todo pagado, y yo cogí caballo nuevo, y los de Le Faoüet somos jinetes, y por los llanos de la Ferté–Marcé amanecí en Flers al segundo día, y entré en las ruinas, escondiéndome en el ábside de la capilla, que allí la gente no va por lo que se dice de los fantasmas de los Villiers de l'Isle–Adam. Y por la noche fui a registrar el tesoro y pronto encontré la piedra que tapaba el hueco, y caí en que se movería sobre un punto y di con el resorte, empujé fuerte, y descubrí el secreto de una gran caja de hierro. ¿Había acertado, o no había acertado? Me reía solo, a carcajadas. Tuve que sentarme en el suelo para seguir riendo. Y fue entonces cuando entraron los señores condes de Maintenon espada en mano. Yo tenía en la mía un pico, con el que iba a herir en la caja. ¡Ver cómo caía el oro, un río lleno y cantor de oro en el suelo! Y me defendí de ellos con el pico. Le di una patada a la linterna, y me lancé sobre los dos como una fúlgura. Me di cuenta de que yo veía en las tinieblas. Dicen que los febriles del oro ven durante la noche como de día, y es verdad. Dos golpes bastaron. Cayeron justamente al pie del hueco en donde estaba la caja de hierro. Para tirar de la caja tuve que pisarlos, apoyándome sobre la cara del más viejo, el del bigote. Tiré y tiré de la caja, y esta se vino hacia mí. No pesaba nada, estaba vacía, ¡vacía!... Salí como borracho de las cuadras. Llegaba, galopando a través de la lluvia, el coronel De Sauvage con un escuadrón de Guardias Montados. Allí mismo me hicieron preso. Me llevaron a Rennes metido en un saco y atravesado en la montura de un caballo, sólo con la cabeza fuera. La gente de las aldeas salía a las puertas de las casas, y cuando sabían que era Jean Pleven, el escribano de Dorne, que iba allí en aquel saco, me escupían en la cara. Y fui ahorcado en Rennes por ese verdugo que mencioné, con aquella cuerda de esparto de Tarragona tan recia y espinosa, que aún ahora parece que me roza. Y ando en esta función mientras que no termine en el Parlamento de Ruán el pleito del tesoro, en el que tanto enredé yo, falseé, argüí y testifiqué, y faltan aún una vista y una prueba pericial sellada, con lo que se invertirá un año cumplido. Y sigue el pleito porque se dice que la caja de hierro del hueco de las cuadras era una trampa del viejo Villiers de Flers el Negro, y que existe un tesoro verdadero en el castillo. Y los señores condes y el coronel De Sauvage supieron que yo iba a Flers a escondidas porque había dejado olvidado en mi cama el plano del castillo, con una crucecita en tinta verde marcando el hueco.

Se puso de pie el escribano y, desabrochándose la casaca, sacó de la faja con que sujetaba las bragas una monedita de oro, y la hizo sonar en el suelo.

—Esta la salvé —dijo—. Es una carolina de cuatro escudos, del Imperio.

IV

—**E**L coronel De Sauvage de quien habláis, que mandó los Guardias Montados de Bretaña, debe de ser Gastón Febus de Sauvage Villiers de Flers, vizconde de Livarot, que estuvo conmigo en el Rhin con el señor de Turena, y es pequeño de cuerpo, gran nariz roja y cumplido bigotudo, y por más señas le estorba la erre.

—Es el mismo —repuso el escribano.

—Pues él estaba presente, y era entonces capitán bandera de los Reales Colorados de Flandes, cuando me fusilaron en el patio de Sedán porque había violado a aquella niña tan graciosa que acostumbraba estar mirándome, cuando picaba caballo, desde una ventana del pazo de los duques de Bouillon. La verdad de lo que pasó es que ella me dejaba, y si murió en mis brazos debió de ser de un síncope, y las magulladuras que le encontraron en el cuello no se produjeron a causa de que yo la ahogase, sino que por revivirla la sacudí, buscando que recuperase de nuevo el aliento. Tal vez me sintiese alterado y la hubiese sacudido un poco más de la cuenta. Lo que pasaba era que ya llovía sobre mojado, desde que con los fusileros del Principal de Normandía entré a saco en la villa de Brisach.

—Las coplas que cantaban en Audierne los soldados que venían de la armada del Rhin decían que vuestra merced, señor coronel, le había metido a la niña en la boca la lazada del chambergo, para que no gritase. Decían que la lazada era azul, de seda, y la niña una plumilla de doce años —aseveró madame De Saint-Vaast.

*Gardez-moi, mon Dieu, des vents,
suis-je une rose, suis-je un oeillet.*

—Esto ponía en boca de la niña el ciego de Dorne —dijo el escribano.

—También yo he visto en Pontivy un cartel, en el mercado, y estaba el señor coronel saltando del caballo a la ventana —dijo el sochantre.

—Bien se ve que la gente no tiene de qué hablar en Bretaña —cortó el coronel Coulaincourt soberbio—. ¿Y quién es el señor sochantre con menores para entrar en disputas de muertos distinguidos?

El sochantre tartamudeó unas disculpas, tragando saliva.

—¿Entré o no entré en Brisach a punta de bayoneta? —prosiguió el coronel Coulaincourt de Bayeux—. Montaba mi La Garde, lucero. Antes de pasar la puente quemamos los molinos de viento. Volado el postigo, entramos cantando *Tonnerre, tonnerre de France* por las estrechas calles, quemando, matando. Cuando llegué a la plaza, al galope, mis soldados habían hecho una fila de imperiales muertos, la cabeza de uno en las suelas claveteadas del otro, para que yo marcase el paso por encima como funámbulo napolitano en el alambre. Los pífanos me daban el compás con la

marcha coronela. Uno de los muertos tenía el morrión puesto, con las plumas de los colores imperiales, y mi La Garde se lo arrancó de una dentellada. Los soldados gritaban que mi lucero tenía el diablo en el cuerpo. Entré en el castillo, que estaba vacío, pero haciendo saco en seguida descubrieron los míos de Normandía que en una cámara oculta estaban la mujer y las cuatro hijas del gobernador alemán, llorando la madre por el marido, que había muerto en el paso de la puente y las muchachas por sus noviazgos, muertos o huidos. La madre no sabía más que exclamar: «¿Y de quién pariremos hijos?». Aquello me indignó. «¿Y no hay aquí un príncipe de Bretaña?», grité yo. La madre fue la primera, y luego, por edades, las cuatro hijas. Y no se privaban. Cerraban la boca y se dejaban hacer. Estaban un poco sudadas en demasía, eso sí. Los soldados gritaban en torno, cantaban, nos echaban vino por encima, disparaban los fusiles, tocaban a rebato las campanas de Santa Brígida, y mi La Garde relinchaba y coceaba como en carga en campo abierto, por prados de mayo. Aquello fue el comienzo de una juerga que duró siete días. Cuando me serené tuve que diezmar el Principal en la plaza, pues estaban locos los normandos. El mariscal de Turena me ordenó salir para Sedán, de reemplazo. Y entonces sucedió lo de la muchachita de la ventana. Un equívoco.

Mientras hablaba el coronel, metía y sacaba la espada en la vaina. Cogió la jarra de la cerveza, pero no quedaba ni gota. La estrelló contra la cabeza de piedra del abad del sepulcro. Aquel desahogo pareció calmarlo.

—Yo dejaba en Bretaña, en el castillo de Caradeuc, capitulada y firmada a una hija del almirante De Erquy, y estaban las bodas dispuestas para el día de San Andrés, cuando bajarán a invernar a Alsacia las armadas del rey. Y todas mis ansias eran las de ir muerto o vivo a Caradeuc a cumplir lo escrito, además que siempre abrigué la idea de tener un hijo que me heredase en Bayeux en el mayorazgo. Y traté con el demonio, la víspera del fusilamiento. Era hombre tranquilo, se llamaba Ismael Florito, y pasaba de Polonia a Irlanda huyendo de la peste bubónica, que se decía que venía corriéndose. Quedamos en que yo vendría a Bretaña un día, después de muerto, que él arreglaría para que tuviese cama de pluma con mi dama, y que volvería a buscarme pasada una octava para llevarme a calentar allá abajo, en las cocinas del viejo dragón. Y así fue, y todo se preparó de la mejor manera, y mi dama, Catalina de Erquy, con los anhelos de verme que se le posaron en el corazón, me abrió de noche posada. Es necesario decir que los tratados con el demonio, igual que Satanás y sus estantiguos, no engendran al natural, sino que tienen que depositar en su sitio la simiente con los dedos. Al levantarme por la mañanita, cuidando de no ser visto en el castillo al salir, quiso mi dama Catalina, por tanto que me quería y yo le gustara, obsequiarme con un reloj de cebolla con las armas de Erquy, y me lo introdujo en lo que ella creyó que era el bolsillo de mi chaleco; pero no era otra cosa que el agujero que me había hecho una bala de fusil en el patio de Sedán. El reloj me entró por delante y me salió por junto al espinazo, deshaciéndose en el suelo. A la luz del alba me miró en el pecho Catalina los once agujeros de las once balas que me habían

acertado, y yo tuve entonces valor para decirle que estaba muerto. Cayó sin sentido, y huí, pues llegaba gente. Me fui hacia el crucero de Montmuran, donde había quedado citado con Ismael Florito, y transcurrió la octava y no venía, y yo de día era hombre y de noche carne podrida. Pasó uno a caballo en una noche ventosa si las hubo en este mundo, y preguntándome si era yo el difunto coronel de Coulaincourt de Bayeux, me dio el recado de que Ismael Florito tardaría doce años y un día en venir a buscarme, pues lo habían detenido en Liverpool por monedero falso, y estaba en la cárcel de Su Graciosa Majestad, con la bola de hierro al pie, y como la bola tenía grabada una cruz, no podía liberarse, pero que esperase paseando, y me enviaba por escrito lo que tenía que hacer y lo que no, para pasar fácilmente este vagabundaje. Y aquí ando de solaz, desempeñando el cargo de pagador de esta familia, que cuando se me agota un luis me amanece otro en la bolsa. Y estoy muy contento, porque la dama de Erquy parió a su tiempo un niño, que es conocido por el bastardo de Château-Caradeuc, y está apuntado en los cadetes del Rey para cuando tenga doce años cumplidos, y mi tía de Bayeux hizo al infante mayorazgo de Bayeux en la Cámara Noble, pues me aparecí a ella una mañana que iba a misa, y le conté toda esta novela. ¡Y lo qué es andar en coplas y carteles! Mi tía, para comprobar si era yo en verdad el violador de Coulaincourt, ¿no quería que la forzase?

V

—**L**A historia que voy a contar —comenzó a decir monsieur De Nancy poniéndose de pie, y era él un esqueleto más bien esmirriado e inquieto—, no sería muy propia para que oyese algunos de sus pasajes madame De Saint-Vaast si estuviese viva, pero no importa estando muerta, pues ya no la estimulo con mis novedades ni es verdad que presuma en lo que voy a contar de mi primera juventud, de armas eróticas. Mi madre, que había venido a Dijon desde el Hospicio de Baune, colocada para reformar bragas en los capuchinos de Saint-Maximien, tras variados amores terminó de pupila en un tapadillo que en la villa ducal tenía un peinador marsellés, detrás del repeso de la carne. Nací yo; y no se supo de quién, pues entonces no tenía mi madre cortejo fijo, y el peinador marsellés decía que yo sería de cualquier pobre aliviador, pero ella insistía en que debería de ser de un viejo tabernero que se acercó por allí en una noche de lluvia e incluso había perdido una capota de doble ala, y argumentaba mi madre con que desde aquel día le había quedado, dispensando, un sofoco vespertino con mareos, que le hizo darse cuenta de que estaba grávida. El tabernero si fuese sólo bebedor de vino o joven, tal vez no creyese en los indicios que me lo señalaban por padre poco menos que escriturado, pero como gustaba de aguardientes y ratafías, ya era viejo carcamal, y la mujer que tuviera lo había dejado por un cabo dragón, alegando que no le cumplía el débito conyugal...

—Que en Lorena es causa remisoria —apuntó el escribano de Dorne—. Con permiso de la concurrencia, el texto romano dice: *Nox plaena in hebdomada*, que se traduce por «una vez por semana» cuando menos.

—Al tabernero, digo —prosiguió el verdugo lorenés—, le pareció fácil creer en aquel mérito de hacerme en una tarde de otoño y con tan poca alarma, y dijo que sí, que sería, y hasta me reconocía el pelo que yo traía, tan negro y espeso, semejante en un todo al de un hermano que había tenido que detentaba desde hacía nueve años la plaza de monsieur De Nancy, por cuenta del Lecho de Lorena, y que era muy apreciado por ser festivo, pues siempre que ahorcaba a alguien en la plaza, desde el tablado que se levantaba hacía señas a los conocidos y alguna gracia a las señoras de la nobleza. Como a mi madre le había salido el partido de un ambulante alemán que andaba mostrando la novedad de una linterna sorda por las ciudades de Borgoña, me dejó en la taberna con el tabernero, que todavía no dije que se llamaba Colet, por mal nombre Caldero, quien me crió muy pronto, avivando mis biberones con un tercio de vino tinto y mis papillas con mediana copa de moscateles, y me ponía encima de la barrica de ratafía de Besançon, y me mostraba a la clientela, bajándome las bragas y gritando: «¿No está pistolero mi pitisú?». Esto era muy celebrado, y Colet, llamado Caldero, aprovechaba así para hacer presente, por intermedio de mis vergüenzas, que él no había sido tan castrado como la mujer dijera, pues allí estaba lo heredado, y de donde no hay no se quita. Y de este lance era de lo que antes dije que no se me

tomase por presumido.

Monsieur De Nancy buscó en la cajita una toma de rapé, y esta vez sin ofrecer, pues tal vez no le quedase, o estuviese tan embebido en los recuerdos que se le hubiera olvidado, sorbió en tres tiempos, y con el pañuelo en la mano atendió al estornudo. Le vino este muy cómodo y espaciado, y se limpió, pasando también el pañuelo por la cabeza, como si sudase: costumbres que quedan siempre de la vida.

—Tenía yo, contando a ojo, sobre diecisiete años, y me había puesto garboso, cuando una mañana amaneció en la taberna uno que parecía gran señor. Venía en la posta de Lyon con dos criados, y se presentó como sustituto en Lorena de mi tío, el hermano de mi padre Colet, a quien, en el entretanto, me había enseñado a llamarle putativo un sacristán de las terciarias clarisas de Santa Leocadia. El nuevo monsieur De Nancy le traía a mi padre Colet un reloj de plata, un bastón de estoque y la lámina con los nudos de las horcas reales, dibujo éste de mucho mérito, y con el que mi señor tío, que también digo sería putativo, había ganado el empleo, y que con un perro que se llamaba *Mistère*, y doce libras flamencas que estaban prestadas a una condesa sobre un aviso que le venía de Pondichery de las Indias, era toda la herencia que quedaba libre de empeños. Lloró Colet, que siempre se llora más a gusto en las familias por los que llegaron alto, y no encontró reparo en que yo me fuese con el nuevo monsieur De Nancy, tanto por estar al lado de la condesa mencionada cuando le llegase dinero fresco, cuanto porque el señor verdugo, que era hombre muy cortesano, me colocaba como aprendiz remunerado. Pronto pudo descansar en mí, pues la mayor parte del día gustaba él de estar leyendo en el *Gil Blas* y calcetando medias, y le salían muy medidas, con gracias de flores y pajarillos bordados, y por aquel tiempo, y a causa de las sospechas de unos venenos hubo mucho trabajo, y yo aprendí el oficio muy ligero, y se admiraron desde el primer día de lo suelto que andaba para el público en el tablado, y se aplaudió mucho una invención que se me ocurrió, pues con una caña de Malaca ahumada que me había dado como obsequio la condesa del aviso del dinero, soltaba el hierro de la trampa mientras miraba para el cielo y sin quebrar cintura. Me fastidió algo mi amo, que me tildó de mentecato vanidoso. Yo iba por casa de la condesa de las doce libras flamencas, y viéndome tan feliz haciendo los nudos de la lámina de mi tío, y otros que yo inventaba, me pedía que se los ensayase en sus ropas menores, ya fuese enagua, corsé, justillo bomba y todo lo demás que va por debajo y se aprieta con cordón o cinta; ayudaba, pues, a vestir a la condesa, que era gorda y pechugona, muy blanca, y tenía muchas cosquillas, y empleado para vestirla, pronto pasé a ser empleado para desnudarla, pues para que tuviese que llamarme a altas horas preparaba yo unos nudos que nadie sabía deshacer. Enfermó entonces monsieur De Nancy de una tos escatimada, y no podía dejar el lecho, en el que pasaba grandes apuros de hipo y flema. Cuando se murió quedé titulado sin más en su puesto. ¡Cuando salí de la Cámara de recoger los testimoniales, di gracias a Dios que en tan poco tiempo, y tan solazadamente, me había hecho un hombre de provecho!

Quedó monsieur De Nancy un poco pensativo, y extendiendo la mano izquierda a la luz del farol, comentó:

—Del anillo de hierro con las armas lorenesas que me dieron, me quedó algo oxidado un huesecillo de este dedo.

El escribano de Dorne fue el único que se interesó por aquella herrumbre, advirtiéndole que él no había llevado nunca en sus dedos cosa alguna que no fuese de oro contrastado.

—Yo, por mi oficio, señor escribano, estaba obligado. Pasé a vivir en una casita en la plaza de la Linterna, y no habiéndole llegado a la señora condesa en aquellos cuatro años últimos el aviso del dinero de Pondichery de Indias, no vio inconveniente alguno en venirse conmigo de ama de llaves, y de casarme, como me pedía, no le quise oír nada, porque era muy dominante en el trato. ¡Vaya que si llegó a presentarme en el tapadillo del peinador marsellés con el sobrenombre de conde, preguntando por la Blanca, que era mi madre, no habría poco alborozo! Pero todo el sosiego de que yo disfrutaba en mi casa, heredado, por más, del difunto Colet, llamado Caldero, se torció pronto. La cosa fue que cogieron en Bar-le-Duc a uno que decían que era el Judío Errante, lo que se supuso porque llevaba monedas de Nerón en la bolsa, pintado todo el cuerpo con letras de cábala, y en una gran caja traía cosas para empleos secretos: un espejo con el que se podía hablar en lengua hebraica por las noches, y esto lo atestiguó un prelado que vino de París en una mula sorda, muy placentera de paso y que se llamaba Catalina; una tijera con la que habría que cortarle la perrera al último rey que hubiese en Francia, lo que era una gran traición presupuesta, porque con esto se decía que la Corona acababa, y tenía la tijera unas señas que decían «Fui de Judas Iscariote», y también traía candelas que se encendían solas, y bálsamos penetrantes para hacer oro ocultamente. Todo fue muy propalado. Cogieron, digo, al Judío Errante y pasó las pruebas del agua, del fuego y de la mancuera, y declaró muy pintados sus crímenes, tal y tal, que pasaba años sin comer ni beber, que andaba veintisiete leguas en un día, y que poniendo el ojo del culo en una pared, bajadas las bragas, veía lo que pasaba en las casas. Esto, creo yo, fue lo que más enojó a los señores de Lorena, porque el acusado daba señas de todos ellos en paños menores, y si tenían piezas de quita y pon. La horca, pues, veníale como anillo al dedo, y después de ahorcarlo, por traición al rey había que partirlo en cuatro. Pero esto último —añadió monsieur con asco—, no era cosa mía.

—Pues es oficio de patente real como otro cualquiera —dijo el escribano.

—En Ruán les silbaba a los caballos, cuando partían a alguno por tiro, el señor vizconde de Kerjean, y la familia del muerto consideraba una fineza que este caballero acudiese. Siempre lo agasajaban —testificó Coulaincourt de Bayeux.

—Yo estaba en lo mío —prosiguió De Nancy—. Fue la cosa que cuatro días antes del ajusticiamiento vino una señora de visita a nuestra casa, tratando de salvar a Ashavero de aquel compromiso, pagando en oro contante el cambiarlo por otro, y ya había pensado en un bohemio que tenía un halcón, con el que andaba por Borgoña y

Lorena ganando la vida, que lo soltaba para cazar palomas de trapo que colgaban en veletas, y que dormía, borracho siempre, bajo la puente de Brille. Como a mi marquesa no le llegaban avisos de Pondichery de Indias, y con la filosofía que entonces se hablaba ya se veía que se aproximaban años de escasez para mis artes, y ya se murmuraba de un médico que había inventado una gran cuchilla que caía con mucha pesadez sobre el cuello del penado, me dejé tentar por el saquito de oro, que me lo echaban como cantando en mi mesa.

—¿Y en qué venía? —preguntó curioso el escribano.

—En doblas de Hungría, que es moneda que no admite desprecio. Todo salió de la mejor manera: compré a un sargento de la policía, y una noche de juerga en la guardia del castillo, a cuenta de mi bolsillín, pusimos al bohemio donde estaba Ashavero, que después de las pruebas a que había sido sometido ya no se conocía, ni de carnes, ni de color, y llegó la mañana de la justicia y sacamos al bohemio a la plaza grande, con una caperuza cubriéndole la cara, y era de paño merino, y es privilegio que tienen en Lorena los que mueren en la horca, pagando, eso sí, por él al verdugo. Y ya colgaba muerto el bohemio, cuando se mostró volando en la plaza, que estaba menos que mediada de gente a causa de la lluvia, su halcón, del que nos habíamos olvidado, y se fue hacia donde se balanceaba su amo, y de un golpe de garra le quitó la caperuza y voló con ella. Otros bohemios estaban al pie de la horca para comprar en subasta las ropas del difunto, y conocieron a su connacional, y se echaron a gritar advirtiendo la trampa, y aunque a mí me guardaban los granaderos del Real Auvernia, me acertaron con un cuchillo en la nuca y caí de bruces en el suelo. Estaba muerto... Mi trabajo es que tengo que andar por ahí hasta que ese Ashavero pase a Roma, donde va a instalar una tienda de espejos, y él no es el propio Judío Errante, sino un primo suyo, que era afilador de hoces en Jericó y le había prestado unos cuartos, y anda tras el Judío Errante verdadero, y cada siete años descansa otros siete, más que con otro fin con el de echar cuentas del monto de capital y réditos, en los que es muy religioso. Cuando pase a Roma, que será para el año que viene, yo podré volver a mi tumba, pero por ahora tengo que servirle de testimonio con el Judío Errante de que este es el primo, y que no ha sido ahorcado en Nancy, que el verdadero Ashavero cree que sí, que lo ha sido, y que la deuda está ya cancelada. Mi afilador es un hombre muy cumplido. Me sale a los caminos y me da saquitos de rapé de Lyon. Yo siempre fui cortesano de trato, y ando ahora muy fastidiado, pues es sabido que los verdugos, cuando mueren, tienen vedado el reír. ¡Quién me lo iba a decir a mí, este *prohibitus*, con lo que me tentaba la risa en las otras alamedas de la vida!

VI

—**M**I padre —comenzó a contar el médico Sabat, y tenía voz de mando, aunque hablaba cansado y como con disgusto—, vino de Inglaterra a Francia a comprarle a mister Franklin americano una caja de música que había inventado, y que le llamaban «la grande armónica». Al lado de ella el arístón no vale nada.

—El arístón es muy variado —apuntó el sochantre.

—«La grande armónica» funciona con rueda, y es como un órgano solemne, señor bombardino. ¡El señor Franklin, que inventó el pararrayos, no iba a inventar, haciéndose músico, un silbato de capador! Mi padre, digo, traía su capital en su bolsa y en una letra doblada para un banquero de Caen, y allí al lado, en Mezidon, estaba mister Franklin buscando con veletas y globillos el arte de atraer la chispa. Ocurrió que tan pronto como llegamos, mi padre y yo, servidor un mozalbete de catorce años, a la villa de Caen, enfermó mi padre de un tumor de hígado, y se le puso la bilis negra y melancólica, se le produjeron dos vómitos, y se murió. Estábamos en casa de un médico algo pariente, quien me aconsejó que con el dinero y la letra que traía mi padre era mejor que no comprase «la grande armónica», y ya que él tenía mucha clientela, que me hiciese médico en Montpellier, pasase a Roma a aprender la ciencia del láudano y cuando regresase a Caen, me prohijaba y traspasaba la clientela. Yo dije que sí a todo, me mostré agradecido, y salí hacia Montpellier muy recomendado. Me hice mucho de notar tanto porque pasaba por rico, como porque era inglés, y yo propalé que de la católica nobleza en destierro, lord John Sabat de Howe, y por la robusta planta y el vivo entendimiento. En cuatro años pasé el grado de médico, y aun seguí un semestre de flora medicinal, y dio que hablar una memoria que hice sobre el *Folium dictamini cretensis* como remedio contra las heridas de armas blancas, y fui el primero que expuso en tratado el *Electuarium quinae ferruginosum*. Yo anunciaba que iba a seguir a Roma para aprender la ciencia del láudano, pero dejaba entrever que allí me ocuparía de política, colocándome poco menos que como Pretendiente de Inglaterra. Hasta fingía que recibía cartas que traían por dirección «Al Caballero de San Jorge, en Montpellier».

—Todos los presumidos somos lo mismo —comentó el escribano.

—Depende eso de los humores de la imaginación. Recibido que fui en el Gremio de Montpellier, y el hilo de mi bonete era oro fino rizado, al despedirme de una viuda que me servía de acomodo a escondidas, me dijo esta que porque me consideraba su enamorado nunca me había pedido ni un chavo, que tampoco necesitaba, pues tenía un nepote romano que venía cada dos años a Rocamador en romería y la dejaba surtida, y que si quería que me daba unas letras de presentación para el tal nepote, que se llamaba don Juvenilio Caraffa, y era muy conocido en Roma. Y todo lo que me pedía mi viuda es que si algún día yo iba a reinar en Inglaterra, que la llevase de ama de llaves, y que se lo dejase escriturado. Le escrituré lo que quiso, y hasta le

señalé paga para aquellas calendas. Fui, pues, a Roma, y me encontré muy bien recibido por don Juvenilio, que era un viejo muy festejador y burlón, y su hábito consistía en hablar de niñas y estar con ellas. Empujar, digo yo que ya no empujaría nada. Me mostró don Juvenilio un libro que tenía muy antiguo, y que se lo había dejado a guardar César Valentino a un bisabuelo suyo de los Visconti de Modrone, y que era la ciencia de los venenos secretos áureos y térmicos, y porque se lo rogué mucho, me dejaba leerlo en su cámara y anotar en apuntes los compuestos. A escondidas envenenaba yo gatos, perros, palomas, conejos, árboles y raíces, y sólo vivía para los envenenamientos. Un día envenené a don Juvenilio Caraffa para quedarme con el libro del Valentino, y después, por diversión, a alguna gente de poca monta, de la que no fuese muy notada la falta. Pasaba yo también en Roma por un inglés rico y secreto, y calculo que un clérigo irlandés que vino a visitarme, venía de parte de la policía del papa para averiguar quién era tan destacado caballero de Inglaterra, cuál su política, y dónde nutría la bolsa, pues la tenía fácil y nunca se veía vacía.

—Yo soñaba con una bolsa como esa y mandé hacer una de piel de nutria, almohadillada de lana —intervino el escribano—. Puse en ella un peso de Acapulco y una lira de oro de Pisa, por si procreaban. El oro es el vecino más misterioso que tiene el hombre, ¿y quién sabía? Pero no debió de haber fornicación.

—¡Sería una famosa familia, señor escribano! Decía yo que los ensayos de los venenos no me dejaban ni dormir, y por hacerme conocer como inglés de tan alta sangre y mantener conmigo tantas secretas conversaciones políticas, llegué a darme crédito a mí mismo, y ya pensaba en salir para Inglaterra y dedicarme allí a envenenar, y con una gran fortuna que calculaba llevar de Roma, levantar partida en caminos y villas, y ya me veía ungido John Sabat, rey de Inglaterra. La fortuna iba a reunirla en Roma envenenando las fuentes una mañana, y entrando en las casas de los muertos ricos a recoger diamantes, perlas y oro. Para insacular este tesoro me puse al habla con un guarda que había en la iglesia de San Lorenzo extramuros, y que había sido un gran bandido y ahora hacía vida penitente, pero seguía, decían, siendo el patrón de los bolsilleros, ladronzuelos, *bidone*, y demás especialistas de la caquería romana. El guarda, que era un viejo cojo, muy áspero de condición, tardó en incorporarse a mis deseos, que eran los de que me pusiese por criados la mañana del envenenamiento a veinticuatro de los suyos más despiertos, que trabajasen a la parte para mí. Por prometer yo prometí que las partes se harían desde el púlpito mayor de San Juan Laterano, y la medida sería el ferrado de Lombardía, que es el único en Italia que no es al raso. Insistía tanto con el viejo para atraerlo, y le llevaba obsequios de bebida fina por la noche, y *fettucine* espumados de manteca, y *fritto misto* —que le hacían babearse de gula—, y le hablaba tanto de mis historias, cómo procedía de Ricardo Corazón de León, de cuyo rey había leído él una novela, y cómo haría una coronelía de brigantes en Inglaterra con el propósito de conquistar el mundo, que el cojo aquel, que se llamaba signor San Giuseppe, resolvió que metidos a envenenar las

fuentes de Roma lo mejor era envenenar también las vaticanas y quirinales, y principalmente una que hay en el Gianicolo, en el claustro de San Onofrio, de la que le llevaban cada mañana un porrón al papa para sus sedes. El viejo no decía nada, pero yo bien veía que iba corriendo a ensillarse en la gestatoria y ponerse de tiara. Al principio esto se me hizo cuesta arriba, pero yo estaba cegado con mis ensueños, ¿y qué me iba a mí, que había nacido en la Protesta de Inglaterra, que aquel calabrés llegase a papa? Y una noche en que me preguntó si yo, con mi ciencia y memoria de las historias romanas, sabía si había habido algún papa que fuese cojo y de cual pierna, ya se me declaró. Tenía el señor San Giuseppe por segundo en el mando de los cacos a un tal Nettuno, que trabajaba en la puente del castillo de Sant'Angelo, y por el verano en la Piscinula y en la isla tiberina, junto a la iglesia de San Bartolo, y este Nettuno había sido criado de un sastre de los rabinos de la sinagoga que está allí mismo al lado de sus cosechas de agosto, cabe puente Fabricio, y el sastre le contaba a su criado Nettuno que en un pozo que había donde fue el ninfeo de Nerón, estaba escondido un cirial de oro, y cuando hay nuevo papa, de noche va el clérigo más viejo que hay en Roma al pozo, y no lo disturban las aguas, y coge el cirial y viene con él encendido hasta el Vaticano, y si el papa nuevo lee a su luz en el *Nuevo Testamento*, ábrase por donde quiera, es que el papa es verdadero. Nunca hubiera contado Nettuno esta historia romana, pues se le antojó al viejo cojo que había que robar el cirial y cambiarle la vela, para que no fuese descubierto al llegar al papa. Estaba yo más loco que él cuando me ofrecí, siendo como era gran nadador, a bajar al pozo del ninfeo neroniano y coger el cirial. Y allí me fui una noche, con un barbero del mayor de los suizos, que también era de la cuadrilla y ojo pagado del embajador de Portugal, y conocía el pozo y sus entradas, pues una tía suya había vivido en aquel lugar, curtiendo pieles de gato del vecino Coliseo. Dimos pronto con el pozo; la noche era escogida de luna llena, y el agua un gran ojo en el fondo. Cuando la luna brilló en el agua, siendo las doce en punto, se vio muy bien el cirial, arrimado a la pared del pozo, menos de tres cuartas partes sumergido, y era un oro verde y luciente. Bajé despacio, agarrado a una cuerda; era algo corta, y tuve que soltarla cuando el agua me llegaba a la cintura. Ya dije que era gran nadador y que en el mar traía arena del fondo, de más de siete varas y pico. Buceaba en aquella agua, que estaba tibia, y el cirial se levantaba cuando yo me acercaba a él. En una vuelta lo cogí, y ya no pude soltarlo. El cirial tiraba de mí hacia el fondo, cada vez más hacia abajo. Mi lucha con el cirial debió de durar horas; al fin, el cirial me pegó con el regatón en el pecho, y se separó de mí. Lo vi subir, del mismo modo que sale el sol en los amaneceres claros de abril y mayo. Yo estaba en el fondo del pozo, derribado. Estaba ahogado. ¡Y lo que son las cosas! No bien me vi ahogado, un muerto enfangado en la cuba del pozo, todo se me volvía decir, como si pudiese gritar: «¡El rey de Inglaterra ahogado!». ¡Gran noticia para las gacetas!

El médico desabrochó la casaca y el chaleco, y mostró en la camisa una mancha de sangre, que ya estaba negra.

—Aquí fue donde me dio el cirial el golpe. A mi lado, en el fondo del pozo, estaba un joven sentado en una gran piedra de mármol, vestido a una usanza antigua. Apoyaba los codos en las rodillas, y descansaba el rostro entre las palmas de las manos. Debía de llevar allí muchos siglos. Clavó la vista en mí con una mirada muy grave. Poco a poco se fue levantando, como si le costase mucho trabajo, se arrimó a unas piedras latinas y columnas que allí estaban derribadas, y sin decir palabra, moviendo con el pie aquel montón de labra romana, descubrió una salida. Yo estaba todavía acostado en el fango, en el fondo del pozo, y al abrirse aquel túnel las aguas comenzaron a correr y me llevaron como lleva el río una hoja seca. Amanecí en las arenas de Mont Saint–Michel, estando la marea baja. Uno de gran sombrero de ala ancha me daba cachetes en las mejillas.

—¡Llevo un año esperándote, amigo! —me decía riendo a carcajadas.

La voz me era conocida. Abrí los ojos y quedé atónito. Era don Juvenilio Caraffa, el nepote romano.

—Estabas equivocado, Sabat —y se burlaba hablándome—. Yo era un demonio, ¡hombre!, y me fastidiaba que me pusieses los cuernos con la viuda de Montpellier. Ahora estate por ahí, que yo voy a llevar la imprenta a Cuba, en lo que invertiré un año, y cuando vuelva ya te encontraré en la encrucijada de Huelgoat, e irás conmigo para abajo, donde tendrás acomodo, que está aquello falto de sangradores, desde que murió Rufo de Segovia, que desde niño bajaba en vida a hacer sangrías al Infierno. Utilizaba lanceta toledana, que es muy dura. Tú estás más a la moda, y vas a ser muy apreciado. ¡Igual entras en la caballería del rabo, señor rey de Inglaterra!

—Por San Martín vuelve de Cuba don Juvenilio Caraffa, y yo paso a la cueva de su mano, y ando disgustado, porque conocí al difunto boticario de Metz en un campo vecino de Grenoble, que andaba buscando la *Cotula áurea linneana* variedad macho, y me dijo que abajo no valen titulados de Montpellier, y que por mucho birrete de hilo de oro que ponga, y siempre lo llevo en el cabás, nadie me evita examen de lanceta de Lyon y limonada purgante.

Se levantó el médico Sabat, y le pidió a madame De Saint–Vaast muy seco que le dejase su cabás, en el que madame se había sentado para hacer la tertulia, y lo abrió y sacó de él, muy envuelto en un pañuelo de seda blanca, su birrete de Montpellier enhilado de oro. Puso en la monda calavera aquella tan solemne cobertura y se ofreció en dos paseos a la admiración de los presentes. Y a fe que le caía bien.

VII

AQUELLA pequeña luz que decían que era Guy Parbleu, comenzó a hablar muy sosegadamente, con una vocecilla atiplada, tras toser un poco, desde la cadena en que se balanceaba, pues también al criado del Demonio, silencioso todo el tiempo, fuera del castañeteo, le había llegado el turno de contar su historia. Todos estaban muy atentos, levantando las calaveras para verlo, y el coronel Coulaincourt de Bayeux ponía en el sobrecejo una mano de visera.

—Contaban que amanecí una mañana del mes de la siega a la puerta de un zuequero en Redón. Este, que se llamaba Levejean, no era mal hombre, sin despreciar a los presentes, y me crió como pudo, sin que le ayudase la mujer, a la que se le había metido en la cabeza que yo era el resultado de un tapujo que el zuequero había tenido no se sabe dónde. A otros el hambre les hace adelantar años en entendimiento, bien lo sé, pero a mí las privaciones y el frío que pasaba me habían atontado. Tenía nueve años y podía pasar por de cuatro a cumplir en el próximo enero. La tía Levejean me enseñó a salir a la diligencia de Nantes a pedir limosna, y nunca aprendí a guisar adecuadamente las pláticas que me enseñaba para ablandar cristianamente los bolsillos de los pasajeros ricos. Yo sólo sabía, decir: «¡Somos gente pobre! ¡Somos gente pobre!». Al llegar a casa tenía que darle a ella, sin que viera el marido, las limosnas conseguidas, y todavía me registraba y me ponía en cueros en la cocina. La verdad es que esto terminó un día en que percibió que ya me brotaban unos pelillos en el empeine. Le dio por reírse, y me dijo: «¡Vaya con mi gorrión, que ya va emplumando!». Desde entonces hasta me parece que me cobró algún afecto, me obsequió por Pascua con unos zuecos nuevos, y cuando había bebido algo me pedía que la besase detrás de las orejas, lo que no estorbaba para que si volvía sin nada de la diligencia, me pegase. Siempre pensé que aquella airada no regía. Poco cundía yo en mi crecimiento, pero iba espabilando, y me aficioné a ocultar entre mi pelo, que lo tenía largo y crespo, alguna que otra moneda, pegándolas con la pez de sacar brillo a las tiras de cuero de los zuecos, pues se me había metido en el magín el ansia de comprar una gaita. Por la noche, y cuando pasaba la diligencia, y yo corría hasta la puente tras ella, que me gustaba mucho verla perderse en las revueltas del Vilaine con el farolillo encendido en la trasera, iba a recibir lecciones del gaitero del Concejo, que me las daba gratis, y aunque era un gascón brusco, había salido compasivo. En estas estaba, y ya sabía promediar el fol y dejarlo aflojar con el codo sin ahogarlo, cuando llegó aquel ricachón Siete Chalecos a casa de Levejean preguntando por mí. Era un gran barrigudo, famoso colorado de mejillas y nariz, y pierna corta, y venía a buscarme, pues me había visto en la diligencia pidiendo limosna y le gustara para paje de recados, según decía. Indicó que vivía en Le Mans de rentas, que se llamaba monsieur Salomón Capitán, y que era conocido por Siete Chalecos por lo aficionado que era a ellos. El zuequero, que se había acostumbrado a que yo le calentase los pies, no me quería vender, pero el ama Levejean cuando vio los cuatro luses en la palma

de aquel rico señor de Le Mans, aceptó en seguida el trato y me expidió un recibo. Lo que no impidió que llorase todo el día.

—Si llego a estar yo allí —cortó el escribano—, le organizábamos un interdicto con la *Lex plaetoria de Circumscriptione Adolescentium*, que es tan notoria.

—El lino, señor escribano, nació para ser golpeado. Me compró monsieur Salomón Capitán, me proporcionó ropa nueva, y me ordenaba que anduviese siempre lavado con jabón de olor, que era tan aficionado a perfumes como a chalecos. Dijo que tardaríamos aún un año en llegar a Le Mans, y que ahora le era necesario pasar una temporada entre Dinan y Mur-en-Bretagne, y porque ya conocía mi ansia de ser gaitero, que no tuviese pena, que ya se preocuparía de que aprendiese por solfeo, y a cualquiera que me preguntase cómo me llamaba que le dijera que Bernardino. Poco tardé en saber que monsieur Salomón Capitán era un demonio de cuantía, y que el andar demorándose en la tierra de Bretaña era para averiguar dónde se escondería de él un tal mayoral Clamot, que le había robado una valija.

La lucecilla se dejó caer de la cadena, paseó un poco, y si fuese esqueleto seguro que no se vería más claramente que doblegaba la cabeza y llevaba los brazos cruzados sobre el pecho. Subió por las escaleras del púlpito, saltó al águila de piedra de san Juan, y prosiguió el relato.

—Lo que quería de mí Siete Chalecos era que me pusiese una capita corta, de sobremangas, que traía en su maletín, y con ella puesta que entrase en las casas a husmear y no dejase agujero alguno sin espiar, y esto podía hacerlo cómodamente, ya que con aquella capita me hacía invisible. A él, como había engordado tanto, sobre todo de barriga y espalda, no le servía. ¡A fe que le cobré gusto al trabajo! No hay en Bretaña quien pueda contar tantas historias como yo, si me pusiese a ello. Dos años podríamos demorar aquí, y entretenidos os tendría con mis noticias. En una casa, hallándome yo revolviendo en el desván, oí un día gran tumulto y levanté la trampa para ver qué era aquello, y era que llegaba de visita una señora que se llamaba madame Clamot; venía de Montmurán y traía de regalo un barrillito de aguardiente de manzana y unas tocas de lino para las muchachas de la casa, que eran tres y muy graciosas. Al comienzo de mi oficio yo frecuentaba mucho las visitas de las mujeres, viéndolas desnudarse y cómo dormían, y hasta osaba alguna caricia, aunque monsieur Salomón me lo prohibía, pero pronto terminé con eso, como terminan los aprendices de crema y pasta en las confiterías, por empalago, que se me perdía la ilusión. Corrí junto a mi Siete Chalecos, que estaba estudiando en los naipes las políticas del mundo, y le dije cómo había llegado madame Clamot, cómo le había preguntado por el marido, y cómo respondiera que el mosiú Clamot quedaba en Montmurán con reuma y que este mal le vino de andar tantos años en la diligencia, de Mortain, a la intemperie. Gritó mi amo: «¡Ese es don Caco!», y aquella misma noche, en caballos alquilados, salimos para Montmurán. Mi amo quedó en Caradeuc mientras yo me acercaba con mi capita maga a Montmurán, y en una casa de la calle de los Osterlines di con el mayoral Clamot, que no era verdad que tuviese reuma, al menos que se

viere, pues andaba ligero, y encima de la cama tenía la valija de mi Siete Chalecos. El encargo que yo tenía es que me pondría a la puerta de la casa y allí estaría sin moverme, en espera de que pasase monsieur Salomón Capitán y me viere. Vivía el mayoral Clamot encima de una taberna muy afamada, y la puerta de la taberna estaba muy lucida con cuatro enredaderas de lúpulo, que por ser septiembre, estaban floridas y exhalaban un olor precioso. Entré en la taberna a beber un poco de cerveza, y me senté sobre la capita en una banqueta, en donde se me viere desde la calle. De la cabalgata por la noche, yo no tenía costumbre de andar montado, tenía hambre y sueño. Para que me tirase por la cerveza comí unos arenques ahumados y un poco de queso de Fougères, y descabecé un sueñecito, del que desperté porque me apuraban aguas menores. Me levanté para hacerlas en un patio rasero, y ni me acordé de la capita corta, y cuando volví, un sastre que llevaba bebiendo seguido toda la mañana, estaba probándola, metiéndola por las mangas, e iba a hacerse poco menos que aire delante de los que llenaban la taberna, que eran más de diez, contando un clérigo viejo de antiparras y un caporal de los Provinciales de Rennes. «¡Es una obra de mérito, sí, señor!», decía el sastre. «¡Paño Lovaina de dos urdimbres, pasamán parisién!». Y en esto se tambaleó, hizo una ese, logró enmangar la capita, y en el mismo momento en que la enmangaba, se arrió a la pared, y desapareció por ella. ¡No había más que ojos abiertos en la taberna! Yo quise huir, pero el caporal aquel de los Provinciales me metió el sable entre las piernas, y me hizo dar de hocicos contra el clérigo. Bajaba entonces el mayoral Clamot, y al oír el caso, se puso a gritar que yo sería sacristán del demonio Salomón Capitán que lo andaba persiguiendo hacía años, propalando que le había robado una valija. Me prendieron, y porque me consideraron domiciliado con mi amo en Le Mans, me pasaron certificado a la justicia de París.

—Ahí —dijo el escribano—, también se podría recurrir con la *Lex lunia de Peregrinis*.

—No conseguí letrado, conté todo lo sabido y lo hecho, trajeron a París al matrimonio Levejean, no fue hallado Siete Chalecos, y recayó sentencia sobre mí de ser quemado en el atrio de Saint-Germain como causante de la muerte del sastre, del que no se volvió a saber más, y de tregua con Satán. Cuando comenzó a arder la hoguera que hicieron, que era principalmente de ramas de roble secas, hasta me gustaba, y decía para mí que no era sin tiempo que pasase algún calor. En seguida me desmayé con el humo, y tal vez no despertase si no hubiese sentido que me cogían fuertemente de las orejas y me escupían en la cara. Era Salomón Capitán, que envuelto en humo, apartando las llamas como quien aparta en el bosque una enramada venía a salvarme, pero no había llegado a tiempo. «¡Sopla fuerte!», me gritó. Soplé, y bien soplado, pues sentí como si yo saliese de aquel cuerpo que allí ardía, y el cuerpo ya no era mío, ni dolía, ni me molestaba el humo. Estaba en manos de monsieur Salomón Capitán, que me decía: «¡Por un nada, mamalón, no llego a tiempo ni de cogerte el aliento!». Y menos mal, digo yo, que salvamos algo. Soy mi aliento, pues, y, castañeteo los dientes porque ya no me acostumbro al frío del mundo

después de aquel agosto tan lucido que pasé en la hoguera. Siete Chalecos estaba rabioso conmigo, y me mentaba la familia, lo que no me ofendía nada porque no la tenía conocida. «¡Merecías que te metiese en una lechuza!». Me metió, eso sí, en una caja de jabón de lima de Provenza, y salimos hacia Cahors, en donde iba a comprar dos dientes de uno que ahorcaban la víspera de San Andrés. ¿Y no resultó que el ahorcado no tenía ni un solo diente? No le salía una a derechas a monsieur Salomón Capitán. Se cagó en su suerte y en los avisos que le llegaban de abajo, para que se avisase, si quería seguir por este mundo, y tan irritado estaba y tan loco se puso, que me dejó olvidado al mismo pie de la horca. Salí como pude de la caja de jabón, y me puse en camino. Y doy gracias al señor médico Sabat que me recogió en las afueras de Chartres, y hasta escribió a conocidos suyos para ver si sabían por dónde anda Salomón Capitán, y si todavía soy su paje de recados o no.

Amanecía. La lucecita de Guy Parbleu se fue apagando poco a poco, y empezó a sentirse el castañeteo de los dientes. Seguía a caballo del águila de san Juan, y se oía en toda la arruinada iglesia de Saint-Efflam-la-Terre su continuo tactac, como un sermón extraño y monótono. Madame De Saint-Vaast se daba polvos de arroz en el escote, que las carnes volvían, y monsieur Coulaincourt de Bayeux encrespaba los negros bigotes, que le salían largos y espesos. De la calera llegaba el hidalgo de Quelven, y venía de muy buen humor.

—¡Señor sochantre, mi heredero! ¿Estas pieles nuevas no merecen una contradanza?

El san Efflam de piedra retiraba su pie de encima del brazo del sochantre. De Crozon se santiguó. Los murciélagos volvían a sus nidos en la torre. Cantaban los gallos en Kernascléden, y en el atrio del viejo monasterio en que había pasado la noche la hueste, relinchaba La Garde, el famoso lucero del señor coronel.

TERCERA PARTE
VIAJES Y AVENTURAS

Cuando salieron de Saint-Efflam-la-Terre, muy de mañana, nuestro sochantre, que había pasado la noche sin cerrar ojo, sorprendido con tanta novedad, pero que estaba sin sueño gozando del sol que comenzaba a brillar y de ver a su alrededor gente tan cumplida dentro de sus desvaríos, ahora vuelta a la carne pecadora, solicitó permiso para tocar algo de bombardino, el que le concedieron complacidos, arguyendo De Crozon que los músicos de metal no pueden dejar que se les ablande la embocadura. El tableteo de Guy Parbleu ya le era tan familiar como el tictac de un viejo reloj de péndulo en la casa paterna, y los que de aquella hueste le despertaban mayor simpatía eran madame De Saint-Vaast, a la que ya tenía por la más dolorida señora del mundo, y el coronel Coulaincourt, que siendo adusto por naturaleza, era un caballero muy impuesto. Ya se le veía en el mando.

—Toque aunque sea una valentina, señor sochantre —dijo monsieur de Nancy.

—Que toque a ver si me olvido de la molestia que siento —dijo el hidalgo de Quelven—, pues estas carnes nuevas que me han salido esta mañana me resultan algo pesadas.

—Los primeros días parece que anda uno de casaca nueva y camisa de estopa sin ablandar —comentó el escribano.

—Venga esa valentina, mi amigo —animó madame. El sochantre tenía un estilo de tocar muy empastado, y hacía muy dulces las piezas. Tocó la valentina y un rondete italiano que estaba muy de moda, y se llamaba el rondete de Don Rossini, y tuvo que repetirlo a petición del médico Sabat.

—Si tuviese letra ese rondete —dijo madame De Saint-Vaast—, de seguro que yo ya estaría llorando.

La carroza corría por el camino de Rostrenen, que va por la ribera del río Scorff, por entre prados en este enero medio cubiertos por las aguas. Cuando se vio el castillo de Rostrenen, la carroza dejó el camino real por uno de carro, algo en cuesta, que después de rodear unos pastizales entraba muy sabroso en la selva de Goulic, por entre alisos que se espejaban en las pequeñas lagunas. Paró en un lugar donde la selva clareaba un poco, y el camino aquel ya se veía que no era muy frecuentado, pues crecían en él tojos y zarzas. Había allí una fuente, y a su lado una cabaña vieja.

—Señor sochantre, el que no duerme de noche duerme de día —dijo Coulaincourt, dándole una gran palmada en la caja del bombardino—. Vamos a echar una siesta en esta cabaña.

—Y ¿no íbamos a visitar Bretaña? —preguntó el sochantre.

—Cuando se aproxime la noche, iremos a comer unas perdices con salsa de laurel a la huerta de la rectoral de Carhaix.

Libertó los caballos Mamers, que se pusieron a pastar seguido por los alrededores de la fuentecilla, y la hueste entró en la cabaña, que estaba alfombrada de paja de trigo, y cada difunto buscó acomodo y el sochantre se arregló al lado de

madame, que se había puesto un abrigo morado.

—Hasta la noche —dijo Coulaincourt echando sobre su cara un pañuelo de seda negro, tras envolverse en el capote militar.

Madame De Saint–Vaast cruzó los brazos debajo de la cabeza, y le resbalaron las mangas pompelanas, y asomaba aquella suave albura en los propios ojos del sochantre. Al sochantre, de niño, la artillera le cortaba las pestañas para que le creciesen, y le crecieron en verdad muy lucidas y largas, y nuestro De Crozon se fue quedando ahora adormecido pensando que si levantaba un poco la cabeza podría hacerle a madame unas cosquillas casi en el mismo sobaquillo. La aventura le puso una sonrisa en los labios antes de adormecerse definitivamente. Soñó que madame vivía con él en el pomar de Quelven, y que le arrancaba las pestañas para tejer con ellas un cordón para el corsé. Y al sochantre le gustaba que se las sacase.

I

CORRÍA la carroza por la llanura de Huelgoat; el camino estaba enfangado, y el sochantre le había pedido a Mamers el Cojo que lo dejase subir al pescante, por el placer de ver cómo los caballos reventaban charcas. Le había tomado gusto a aquel libre vagar, y a gastar el día sin apremios. Sopló en el bombardino una marcha que había comenzado a solfear en su magín aquella mañana, y le parecía que los caballos ponían su trote a compás. Bajaban para pasar el vado del Aulne, que es una corriente viva y clara, cuando sofrenando en la cuesta se emparejó con ellos un joven que montaba un percherón, se tocaba con sombrero militar nuevo, se envolvía en una capa vieja y descolorida, y llevaba descalzos los pies que apoyaba en los estribos: el caballo era buen normando, algo alterado por la mano dura y nerviosa del jinete, que le imponía mucho freno.

En el arzón llevaba dos pistolas de recado. Era muy franco de cara, y no digamos de los ojos claros, e iba tan contento como si fuese aquel el primer viaje que hacía por el mundo.

Puso el percherón al estribo de la carroza, y metiendo la cabeza por la ventanilla, dio corteses buenos días en bretón bretonante, antes de preguntar en francés:

—¿Son Sus Señorías invitados a la boda de la señorita de Toul–Goulic?

—¿Y con quién se casa mi sobrina? —inquirió curioso el coronel Coulaincourt.

—¡Que Dios la conserve! ¡Se casa con un hacendado de Avon!

—¿Y no hay en Bretaña otros hidalgos a quien agasajar con una paloma?

—¡Ay, si la dieran! —se dolió el joven. Y cambiando una mirada con madame De Saint–Vaast, que le sonrió secretista, puso a galope el percherón para pasar el vado, y yendo el río promediado, levantaba mucha agua el caballo con el braceo.

—¡Ese va enamorado de vuestra sobrina, señor coronel! —le dijo monsieur De Nancy a Coulaincourt de Bayeux.

—¡Es que el virgo lo merece! ¡Ha de haber pavos rellenos de manzana y bechameles variados!

—Pues podíamos ir a picotear algo —propuso el escribano.

—Sería ir a echar agua al vino que hizo el Señor en Canaán, el que nosotros nos descolgásemos en Toul–Goulic —dijo dando seriedad al pleito el coronel—. ¿Vamos o no vamos a ver llegar a Dinan la guillotina?

El camino real de Carhaix a Guingamp, donde la hueste haría noche en una posada de la que se hablará, corre por entre espesos brezales y grandes charcos de agua blancuzca, y alguno de estos aun cortaba el camino, con gran contento del sochantre De Crozon, por lo amigo que era de estallarlos y espumarlos. Nunca había sido tan joven, nunca había tenido para él el mundo tan obsequiosa y fácil novedad.

Indudablemente que todos aquellos que lo acompañaban eran muertos, o tenían cadena con bola al pie eternamente, pero con él se portaban como si fuesen leyendo el *brelant* de la galanura. Cuando supo que el sacarlo de casa no había sido más que

para que el hidalgo de Quélven le oyera unas piezas mientras no entraba en la tumba, se había irritado bastante, pero también es verdad que el señor hidalgo se había adelantado a legarle en testamento un soto de manzanos, adivinándole el deseo que de él tenía, y más en aquellas riberas que se alargan sobre el Blavet. Asimismo, la primera noticia de que la fama de su música pasara más allá de Bretaña, la tuvo por el médico Sabat, pues un abad de Falaise había comentado en una posada de Avignon, al lado de la puente, lo perfilados que salían los entierros en Bretaña de Francia desde que en Pontivy les ponía un sochantre con menores acompañamientos de música italiana. Y este sochantre era él. El coronel, que ya se veía que era hombre de mucho arranque y mando montado, tenía con él esa franqueza que es la cortesía del trato en sala de banderas, y porque supo de los deseos de la artillera que lo criara, ahora le llamaba el sochantre «señor oficial del Real Navarra», con saludo de mano abierta en el tricornio. Y madame De Saint-Vaast mostrábase obsequiosa y reidora, mantenía con él una charla muy graciosa y demorada, y posaba sus ojos en los del sochantre de cuando en cuando, le hacía muecas con la boca, y el sochantre la sostenía siempre de la mano cuando subía y bajaba de la carroza, y no encontraba que se corriese en la gentileza pasándole el brazo por el talle, para asegurar más la ayuda. Madame le lavaba los pañuelos, que con tanto rapé como ofrecía monsieur De Nancy los ponía perdidos: atados a una varita de avellano llevaba dos como quien lleva una bandera, secándose al viento. Las tocatas en el bombardino las lanzaba ahora alegres y prontas, como nunca antes había logrado, pues las cortesinas y contradanzas acostumbraban salirle música de iglesia y los rondós más parecían responsos floreados que otra cosa. El escribano, que era muy atento, raposo y apuntador, le decía después de cada serenata:

—¿No andará en amores el mirlo?

Madame de Saint-Vaast se ponía colorada, y al señor sochantre se le apretaba algo en el corazón y se le apostaba un nudo en la garganta. ¿Estaría él enamorándose de una difunta? ¿Y quién diría que fuese una difunta tan tibia blancura, tan cariñoso mirar? Tenía ella un modo de sacar la puntita de la lengua y humedecer los labios, primero el de arriba y después el de abajo, y De Crozon, que miraba de lado, por no dar más que hablar al escribano, sin darse cuenta repetía el gesto, y ella entonces levantaba un poco más la cabeza y clavaba la vista en el sochantre muy serena, como dándose por aprisionada en un beso que ni siquiera osaba salir al aire. Al sochantre se le encendía la piel, y se requemaba en su rincón, a un tiempo asustado y feliz. Iban hacia Lanrivain, cortando por las landas de Carhaix, por el camino viejo, que nadie atravesaba hacía más de cincuenta años, desde que degollaran en él a un mendigo de Plouaret que iba a Sainte-Anne d'Auray a la romería, y a partir de entonces sale al camino el pobre con la cabeza en la mano a pedir limosna a los que pasan, y hay que ponerle la moneda en la boca.

—Si sale el pobre de Plouaret al camino —dijo el coronel Coulaincourt—, ya puede el señor escribano despedirse de su carolina del Imperio...

—Los difuntos no dan limosna —contestó el escribano de Dorne—. Se prescribe en la ley romana. *Lex Ciencia de Donis et Muneribus*.

Debía de saber el pobre de Plouaret que aquellos eran difuntos, pues no salió al camino en la puente de Boss, ni en el crucero de Saint-Martin, y debía de estar al tanto de la ley romana. Comenzó a anochecer pasando por Lanrivain, al lado del Calvario. Una vieja estaba encendiendo los faroles, y un soldado con gorro frigio, colgado a la espalda el fusil con bayoneta calada, grababa algo con una navaja en la barra del viejo portazgo de los antiguos vizcondes de la Toul-Goulic, pintada de blanco y verde, y ahora desmontada de sus machos.

La posada donde iban a hacer noche estaba en un altillo, a dos leguas de Guingamp, perdida en medio de los herbales de Moedac. La carroza dejó el camino viejo, y Mamers la metió detrás de unos abedules, y era notada por el señor sochantre la potencia que tenían los caballos en la noche, y cómo la carroza podía correr aun por donde no había caminos ni llanos, tan pronto como las sombras se ponían a cubrir el mundo.

Se apeó la hueste, y el coronel iba delante —alumbrándose con Guy Parbleu, que lo llevaba posado, gusanillo de luz, entre las plumas de su tricornio—, guiando el camino de la posada. Madame Clarina de Saint-Vaast recogía las faldas hasta las rodillas con una mano, y con la otra se apoyaba en el hombro de monsieur De Nancy. Iban por el herbal, y la hierba les llegaba hasta la cintura. La posada era una torre medio derruida, y a cada lado tenía un gran cobertizo, y delante una era redonda, enlosada. De uno de los cobertizos salió uno que sería pastor por la piel de oveja que vestía, y se alumbraba con un farolillo. A su lado otro, envuelto en capa blanca, sostenía de una correa un perro lobo, que luchaba por lanzarse a los recién llegados, enseñando los dientes y roncando rabias.

—¿Quién vive en Bretaña? —preguntó el del farol. Tenía voz joven, aunque se la disimulaba el miedo.

—¡Mejor será preguntar quién muere! ¡Pasa el difunto coronel Coulaincourt de Bayeux, del Principal de Normandía! ¿Y quién se atreve a vigilar a los muertos en los herbales de Moedac?

El de la capa blanca pasó la correa del perro a la mano izquierda, y con la derecha tomó del que parecía pastor el farol, y se adelantó para echar una mirada a la visita. El coronel estaba plantado en medio de la era, con el sable desenvainado, y detrás de él, desatornillando su bastón estoque, el señor hidalgo de Quelven. Los demás quedaron un poco atrás, y el sochantre no veía que cayese deshonor sobre los De Crozon de Château-Josselin escondiéndose detrás de la higuera que se levantaba junto a la cancilla de la era.

—¡Buenas noches, señor pariente! ¡Se presenta el capitán de fragata Du Crann, de la Marina Real! ¿Acaso no había enterrador en Sedán?

—¡Tarda uno —dijo el coronel envainando el sable—, en perder la ira! Mi madre, que en paz descanse, era una Du Crann del pelo rubio. ¿Se perdió algún navío del rey

de Francia en los herbales, señor capitán?

El capitán entregó el farol y el perro, que medio se había calmado, al pastor, y se puso a hablar en voz baja con el coronel. El escribano de Dorne, que parecía conoedor de aquella posada, guió a la hueste al cobertizo de la izquierda, y allí se aposentaron en rueda, y visto que el coronel se demoraba, comenzaron a cenar arenques ahumados y sidra dulce, y un intermedio de huevos cocidos. El sochantre había comprado en Huelgoat una pieza de pan de centeno, y cortaba unas cortezas muy sabrosas, de espaldas al médico Sabat, que era muy aficionado a ellas. Había pasado media hora y el coronel no venía, y al sochantre las noches se le hacían muy duras, ya que puestos en rueda aquellos difuntos empezaban a contarse unos a otros sus historias, como si se tratase de novedades, y organizaban el más temeroso coro del mundo, pues cada uno hablaba por su lado, sin oír al otro.

Ya llevaban promediadas sus vidas cuando entró el coronel Coulaincourt y se introdujo en la disputa. El coronel contaba deprisa, y con más brevedad que de costumbre, adelantándose al hablar de los otros con su carrera, y en un momento terminó aquella solfa.

Se levantó el coronel de la banqueta en que se había sentado, y apoyándose con ambas manos en la empuñadura del sable, habló con mucho sosiego, aún dejando brillar en la charla algunos puntos de alegre bambolla.

—En el cobertizo y en la cocina de la torre están ahora mismo —dijo— nueve señores chouans, bajo el mando de mi primo Du Crann, y se vinieron a apostar en esta soledad, porque a la hora del alba pasarán camino de Morlaix, por la carretera real de Saint-Brieuc, dos cañones republicanos, y los caballeros de Bretaña piensan tomarlos a pólvora y espada. Por ser el de más alta graduación presente en este campo, según las ordenanzas de la Royale Armée, tomaría el mando en la batalla, si no fuese que me veo difunto.

Dijo esto altivo y abombando el pecho. Con la punta de la vaina del largo sable en el suelo, que era de tierra, trazó una línea que figuraba la carretera real, y a la derecha de ella hizo un pequeño agujero, que era el bosque de Preml, y a la izquierda otro, que era donde estaban, la vieja torre de Mordeac, y aclaró cómo los chouans cargarían saliendo del bosque, mientras él, con el hidalgo de Quelven y monsieur De Nancy, galoparía contra la vanguardia, cerrando la emboscada, y el sochantre y el médico Sabat alarmarían ocultos en los herbales, el médico disparando una pistola de recado que le prestaría un señor chouan, y el sochantre tocando una marcha ligera en el bombardino, lo más parecida que le saliese al cornetín de órdenes. Madame De Saint-Vaast esperaría con los otros en el cobertizo la vuelta de la guerra.

—¿Y yo qué pinto? —preguntó dolido el escribano.

—¡No hay noticia de escribano en batalla, señor Pleven! —le gritó el hidalgo de Quelven, que al fin había conseguido desatornillar el bastón estoque, y hacía molinetes con la brillante hoja a la luz de Guy Parbleu.

Y fue entonces cuando se oyó la lechuza tres veces. Salió al campo el coronel con

sus guerreros, y les señaló a Sabat y al sochantre un altozano en el que, retorcido, desmedraba un castaño. Los chouans montaban en sus caballos, y Du Crann llevaba su perro lobo a la grupa. Con la luna llena se veía ahora como de día, y se había levantado viento terreno. Siempre venta en Bretaña cuando hay luna. Los más dicen que es el aire que mueven los difuntos que pasan. Se hizo Sabat con su pistola y se echó a andar hacia el puesto, seguido del sochantre, por un camino de pastores. Vieron pasar a Coulaincourt y a los suyos galopando, herbales abajo; de los chouans, ni rastro. La señal era dos veces el canto de la lechuza y un silbido largo. Al llegar al alto, Sabat subió fácilmente al castaño, y De Crozon se escondió entre la hierba, sentado en la caja del bombardino.

—¡Ya están ahí! —le murmuró Sabat.

Cantó la lechuza en el bosque de Preml, y seguidamente atravesó la noche un silbido largo. Se oían tiros por donde corre la carretera real. Sabat disparaba al aire la pistola, como se le había ordenado, y De Crozon inició una marcha cazadora, que había oído cantar de niño cuando venía su padre de cazar el jabalí en Guéhenno. Sin darse cuenta, se había puesto de pie para tocarla. Una gran boca de fuego se abrió en la carretera, donde se reñía la batalla, y el estruendo que siguió fue enorme. Se hacían disparos sueltos más allá del bosque de Preml.

—Debió de estallar un armón —comentó el médico Sabat, bajando del castaño, que ya se le había agotado la pólvora.

Llegaba el hidalgo de Quelven, galopando en el esqueleto de uno de los caballos de la carroza, con el estoque en la mano.

—*Vive le roi!*

—¿Qué ocurrió? —preguntó Sabat.

—Los chouans llevan los cañones por el camino viejo. También llegaban Coulaincourt y monsieur De Nancy, cada uno montado en su esqueleto caballar.

—¡Una hermosa escaramuza, señores! —gritó el coronel saludando, y riendo aseguró:

—¡El mérito hay que concedérselo, señor sochantre, a esa marcha cazadora! ¡Parecía que llegaba monsieur de Turena a pasar el Rhin!

—¿Y yo no hice algo? —preguntaba monsieur De Nancy.

Corriendo a la batalla había cortado la soga del pozo, y se había metido en lo más ardido, y haciendo un nudo en el aire había cogido por el cuello a un oficial de la República.

Lo traía de botín, arrastrándolo por los herbales.

Esto indignó a Coulaincourt.

—¡No son ésas armas de guerra, verdugo de Lorena!

Le metía el sable en la cara. El verdugo soltó la soga, y galopó solo hacia la torre de Mordeac. Todavía se escuchaba algún tiro por el crucero de Saint-Martin.

—¿Y mientras amanece, no podríamos oír otra vez esa marcha cazadora? —pidió el hidalgo de Quelven.

El sochantre se había acercado a mirar el muerto. Era aquel joven del sombrero militar nuevo que los había pasado a la hora del almuerzo en el vado del Aul. El cadáver era una masa sanguinolenta.

—Los muertos no podemos enterrar muertos, pero todo tiene arreglo —dijo el coronel apeándose del caballo. Entre él y el médico Sabat estribaron al muerto en el esqueleto de Le Garde, y lentamente, mientras comenzaba a despuntar el día, se aproximaron a la torre. Metieron el cadáver en un cobertizo. Madame De Saint-Vaast se había acercado a mirarlo.

—¡Y yo que pensé que iba de boda tal galán!

—¡Ir iba enamorado! —reafirmó el escribano.

—Se llevan los mismos ojos al amor que a la guerra —sentenció el hidalgo.

—¡Sochantre —ordenó con voz seca el coronel—, ponle fuego al cobertizo!

Obedeció De Crozon, y encendió con el chisquero, a fuerza de soplos, un manojito de paja. El cobertizo era de gruesos e informes trozos de madera, cubierto de paja y terreño, y mediado de hierba seca; ardió pronto y el viento animaba la gran hoguera.

—Venga un responso de bombardino, señor sochantre —pidió el coronel.

El racionero con menores de Pontivy tocó muy despaciosamente la marcha funeral que utilizaba para los colegiales de su Capilla. La hueste se retiraba hacia donde había dejado la carroza, pues ya clareaba alba. Cuando el bombardino tocaba el floreo final, el techo del cobertizo se vino abajo, con gran esparcimiento de chispas y trozos de madera ardiendo.

Allí quedaba aquel mozo alegre. Fue a unirse el sochantre con sus compañeros, y a medio camino lo estaba esperando el hidalgo de Quelven, que le pasó un brazo amistosamente por el hombro. Ya le habían vuelto las carnes con el día.

—¡Sochantre, me gusta más oírte que fornicar!

II

AL llegar a Dinan, se apearon detrás de la iglesia del Saint-Sauveur, y guiados por Mamers el Cojo entraron por la trasera en casa del tío Mezidon, que tenía una tienda de ropa vieja en la plaza del Mercado. La casa era de una planta y bajo, y en el frente tenía, además de un ventano, un balcón de hierro, redondo como un púlpito. Todo el haber que reuniera el viejo Mezidon era un catre desvencijado cubierto con una capota militar azul con ribetes amarillos, dos sillas de rejilla, y una mesa camilla con falda rota. Sobre la mesa tenía una botella de vino tinto mediada, y en un plato de barro verde, medio hendido, se veían restos de un guisado de pescado.

—No es muy de mi gusto esta visita, pero los pobres andan toda la vida a la ganancia —dijo estirando la capota militar y ofreciendo a madame De Saint-Vaast asiento muelle en el catre.

Era Mezidon un jorobeta movedizo, de brazos desmedidos, un ojo blanco, boca sin dientes, el acento bretón muy cerrado, y vestía calzones a rayas rojas y blancas, y zamarra de cuero, pelada y remendada.

—Sobre las once —aseguró dirigiéndose a monsieur De Nancy que echaba una mirada a la plaza por el ventano—, le sacan la funda a la guillotina. Hoy no hay más penado que un ciego de Guimiliau, al que oyeron en Saint-Malo cantar unas coplas realistas.

—¡Los ciegos siempre fueron sagrados en Bretaña!

—Madame, los nuevos tiempos no quitan la gorra a nadie.

—Este ciego que va a probar hoy la cuchilla del Gran Guillotin —dijo Mamers el Cojo, mientras le aceptaba a monsieur De Nancy una toma de rapé— digo yo que no será el ciego del milagro de Saint-Pol de Léon, que también era de Guimiliau, hijo de una tejedora que venía en los otoños a Quimper, a tejer ropas de abrigo por las casas. El padre parece que era un cobertorero de Châteaulin. Nació el niño bisojo, y en el ojo bizco se le fue poniendo una nube roja, de forma que al poco tiempo quedó ciego de él. Sabido es que los bizcos de ojo rojo aportan muy fácilmente la desgracia, y aquel de Guimiliau desde que empezó a andar sembraba en el país pérdidas a montones, males de ojo, extravíos de dinero y de gentes, pedrisco en el trigo cuando no tizón, o se quemaban almiares y pajares, se volvían rabiosos los perros, malparían las vacas y casadas que lo habían mirado, le venía fiebre postema al ganado lanar, y cualquiera que cayese donde había pisado el tuerto, o rompía por un nada brazo y pierna, o quedaba herniado; se alteraba el vino en las tabernas, y cuando lo llevaron en romería al convento de Mermuid, a las señoras monjas les salieron verrugas en el ombligo. Lo tenían por apestado, y lo corrían a pedradas del camino y de las calles y uno del lugar de Claouët, que ya había matado a un quesero en una fiesta, se había comprometido con un tío del niño para ahogarlo en el pozo de Carantec el día de San Andrés Avelino, que se había empeñado en que fuera el tuertecillo quien le había maleficiado un toro que tenía, que quedó muerto de pie cuando iba a cubrir a la vaca

del cura de Rancy; una vaca negra que había venido de la Gran Cartuja. Se supo que el bizco había visto pasar la vaca desde un otero. El cura también estaba cabreado, pues por estar ya parada la vaca para ser cubierta y luego no serlo, se le puso el celo vario y no se logró de ella cría alguna.

De la sidra que había traído para animar la espera, echó Mamers, que nunca había hablado tanto ni tan seguido, dos tragos largos, con gran movimiento de nuez, la que tenía suelta desde que lo ahorcaron en Rennes. Se limpió en la sobremanga y muy esmeradamente.

—A consecuencia de una voz que corrió *de oculis* por Guimiliau supo la tejedora lo tramado contra el fruto de su vientre, y determinó llevarlo a Saint-Pol de Léon ofrecido, con una cabecita de cera en las manos y vestido de primer cristiano, el día en que celebraban allí la fiesta los cesteros de Kerjean.

»La madre se arrodilló delante del santo con el niño en el regazo, pues tendría sobre nueve años el bizquito, y le pedía a san Pol que se lo curase o lo llevase, pues aquella no era vida, y la manía que había en Guimiliau era la de ahogar al bizco o volarle la cabeza de una pedrada. Y estaba la madre llorando y demandando ayuda de santo tan estimado y hasta le prometía un ojo de plata, al propio tiempo que fuera hacían los cesteros la corrida de la pólvora, en la que son tan famosos, y aquel año se estrenaba una rueda que se llamaba *Le siege d'Arras*, y había una de regalo que mandara el Valenciano de Brest, que era el mejor fabricante de fuegos de artificio que había entonces en Bretaña, y se llamaba la rueda «La noya bomba», y fue quemándose esta cuando un petardo de luz con varilla de aumento, que era parte del quitasol de la figura, chocó contra la linterna del ábside, rompió dos vidrios, y vino a quebrar en la propia mitra del santo: una salva de chispas fue a caer sobre la madre y el hijo, con la oportunidad de que la mayor le quemó al bizco el ojo sano, pasando de tuerto a ciego. Los ciegos eran otrora, como decía madame, sagrados en Bretaña, por lo que se consideró aquello un milagro de saint-Pol, que había encontrado un camino tan sorprendente para salir de la demanda. La casa de la tejedora se llenó de limosnas, y hasta el dueño del toro vino de rodillas desde Clouët a Guimiliau con dos docenas de huevos en un cesto, y venía gente de la nobleza a tocar la cabeza del ciegucecito. Pero este crecía adusto y bizardo, y dio en escupir a la gente que venía a palparlo y en hacer la higa a las visitas, lo que fue una gran pérdida para la madre, que había calculado colocarlo de curandero en Huelgoat, y con la fama que tenía de milagroso sacaría una renta saneada. El caso es que hubo que mandarlo a Paimpol con el ciego de aquella villa, donde aprendió algo de violín, y en seguida se dedicó a frecuentar las romerías con canciones que inventaba, y dicen que iba a todas las fiestas de Bretaña excepto a la que hacen en Saint-Pol de Léon los cesteros de Kerjean. Me pregunto si el ciego penado será este de quien he hablado.

—El bando que pusieron no indicaba nombre —aseguró el viejo Mezidon.

Monsieur De Nancy no paraba de tomar rapé, ni apartaba su mirada de la guillotina, que estaba en un tablado de una vara de altura en medio y medio de la

plaza, cubierta con una bandera tricolor y guardada por un pelotón de fusileros, que mandaba uno a caballo que fumaba en una pipa larga de barro blanco. Cuando terminaban de dar las once en el reloj del castillo de la duquesa Ana, llegó uno de levita negra, que llevaba por faja la bandera de la República, y dijo Mezidon que era un parisién, llamado el Sustituto Toulet, que venía a enseñar a monsieur de Bretaña la práctica de la guillotina; lo saludaron los de las milicias con poca atención, y el de a caballo ni le hizo caso. Se reunía alguna gente en la plaza, más bien chiquillería. El Sustituto Toulet subió al tablado y desenfundó la guillotina, ayudado por un miliciano. Monsieur De Nancy desde el balcón estudiaba la máquina. Daba el sol en la gran cuchilla, que espejeaba, y el miliciano le sacaba más brillo con el gorro frigio.

El Sustituto se había sentado en las escaleras del tablado, y se abanicaba con la chistera roja que usaba. El de a caballo se había acercado en un trote a la puerta del mesón de postas, y salió una joven a darle una jarrita de vino. Bebía despacio, y entre trago y trago charlaba con la moza, que no podía con la risa.

Monsieur De Nancy le preguntó al viejo Mezidon si conocía al Sustituto Toulet, y el viejo dijo que sí, que incluso había venido de París sólo con lo puesto, y le había vendido unas calzas de lana, que Dinan en abril era demasiado húmedo, y Toulet regateó hasta que las obtuvo en medio franco, lo cual suponía algo de pérdida.

—¡Entonces podríamos ir a charlar con él! Este ingenio hay que mirarlo de cerca.

Y le puso en la mano a Mezidon una moneda de medio luis, con lo que le desaparecieron al ropavieja las dudas de hacer de guía.

Los difuntos miraban desde el balcón y el ventano en qué pararía aquel antojo de monsieur De Nancy, que atravesaba la plaza con el viejo Mezidon, y la mayor parte de la gente se detenía para mirarlo, porque lo veía con ropa tan rica y que ya no se llevaba. Les dio el alto un fusilero junto a las escaleras del tablado, y Mezidon salió del aprieto diciendo que aquel señor era un ciudadano de Cherburgo a quien habían robado viniendo por el camino de Dinan, y que le había vendido él aquellas prendas que usaba, y que siendo conocido del Sustituto Toulet iba a darle un recado. El Sustituto estaba entonces con el miliciano plegando en cuatro la bandera que cubriera la guillotina, y subieron al tablado. Monsieur De Nancy se daba por conocido del Sustituto, apretándole la mano y poniéndole en ella una moneda de oro, que le había pedido prestada al coronel Coulaincourt.

—Aún no sé cómo pasó lo que pasó —contaba monsieur De Nancy cuando la noche de aquel día sorprendió a la hueste en los alrededores de Combourg—. Me propasé al decirle quién había sido, verdugo de Lorena, ahora sede vacante desde que yo había dejado el país, y le mentí al decirle que fuera por cuestión de faldas, y que si había donde ganar, que era muy serio con los penados y legal. El Sustituto Toulet era hombre grueso y de palabra frondosa, y me dijo que él nunca había trabajado en eso, que era oficial relojero del Parlamento de París, y que se había visto metido en la enseñanza de la guillotina por escapar de unas deudas y de la vergüenza de que la mujer que tenía, que era muy joven, se hubiese puesto con el cuerpo a reunir lo

necesario para pagarlas, y que en lo referente al nuevo oficio ni siquiera miraba para el penado, y aun cerraba los ojos cuando soltaba la cadena, tanto más que en Dinan, hasta entonces, sólo se habían cortado cabezas de gente baja. Le pedí, muy favorecido de tanta confianza, si me podía hacer una muestra, y primero probé yo la comodidad del lugar donde se pone la cabeza, y me ponía ladeado, y fue él y me dijo que no, que había que arrodillarse como en la iglesia, y poner el tablero escotado de babero, bajando la cabeza sin ladear, y aunque desde que llegó a Dinan no paraba de sofocos a causa de la humedad de la villa, quiso mostrarme la derecha figura, se arrodilló, estiró el cuello lo que pudo y se puso muy preparado en el embozo. Y yo, entonces, ¿qué pensaría, qué pasados días me vinieron a las mientes, puesto como estaba en un tablado, en medio y medio de una plaza y con la muerte en la mano? Con el meñique no más piqué en la cadena y bajó la cuchilla como un relámpago sobre el cuello del Sustituto Toulet, y cortó como si hubiera manteca y no un hombre debajo. ¡Muy limpiamente cayó la cabeza! Me asqueó un poco tanta sangre como echaba. Fue entonces cuando salté sobre el caballo del oficial, que se había apeado y estaba encendiendo la pipa de barro al pie de la guillotina. Los gritos de la gente al darse cuenta de que había caído la cabeza del Sustituto Toulet, ya se oyeron, y del modo cómo yo salí jinete, señor coronel, ya se me vio, que en Lorena también montamos.

—Me consuelo de esta aventura, y de la moneda de oro gastada, sólo por el ciego de Guimiliau, que quedó sin degollar —dijo el coronel.

—Yo no pensaba mirar cómo le cortaban la cabeza —aseveró madame De Saint-Vaast, la cual, ayudada por el sochantre, cogía flores de una mata de camomila que medraba en el medio del prado.

—Los ciegos no son de este mundo —dijo Sabat.

—La ley romana no les reconoce distinción —argumentó el escribano.

—Pues no deja de ser una cabronada —cortó el coronel.

Monsieur De Nancy ofreció rapé, y después que silbó aquellos estornudos que hacía tan variados, comentó:

—En puridad, para mucha gente la guillotina es un adelanto, máxime como está en Dinan, montada al pelo.

III

ESTABAN parados en el pasaje de Plemille, en aquel tan alegre suelo de Samble, en un escampado de alisos junto a un pantano, para que se bajase el señor sochantre a hacer aguas menores. Aquel llano de Samble antiguo es muy hermoso por los linares, y aquella mañana, después de la lluvia, hacía feliz contemplarlo.

—Pues me gustaría ir a esa función en el atrio de Comfront —dijo el coronel Coulaincourt—, que siempre me atrajo mucho el teatro.

—¿Y qué representan? —inquirió el médico Sabat.

—«Pasión y muerte de los leales amadores Romeo y Julieta en la hermosa ciudad de Verona de Italia» —dijo el escribano, que estaba leyendo el cartel en la barra del portazgo.

—Y los cómicos también son de Italia —dijo el sochantre, que llegaba atando las cintas de su calzón de delantal—. Si no todos parte, pues aquí viene una primadona que se llama Jacomini da Monza.

—Dicen —aseguró el hidalgo de Quelven— que la mayoría de las italianas cuando se levantan de la cama después de violentar el sexto, se ponen a cantar en las ventanas. Ya mentían con esto de la reina Catalina de Médicis.

—De aquellos embustes vinieron estas frondas y revueltas —comentó Coulaincourt, ordenando subir a todos.

Pasaron unos montados a caballo y saludaron, e hicieron algún comentario, y lo oyeron los de la carroza, sobre si serían los que en ella viajaban los cómicos que iban a Comfront a hacer una función. Poco esfuerzo fue necesario para que el coronel y madame, quien confesó que había leído en su juventud una novela de ese mismo Romeo, que era un joven muy dolorido, convencieran a la hueste para seguir a los de a caballo hasta el atrio de Comfront, donde por la hora que era ya debían de estar los cómicos levantando tablas y poniendo telones. Comfront está en un alcor, y es mercado de lana en tierra de buenos pastizales. Había sido otrora castillo famoso, pero modernamente era nombrada la villa por una lana torcida que se llama *dovinet*, y es buena para rellenar pelucas por lo liviana que es en el verano y lo que calienta en el invierno.

—Para cuando por la noche os desaparecen las pechugas —le dijo el hidalgo a madame De Saint-Vaast—, podríais comprar una almohadilla de *dovinet*, que en lo que me dais más pena es al ver cómo se os pegan de vacío los encajes sobre las costillas, y cómo desaparece ese cañoncito que mostráis, pequeño valle entre los dos pechos, cuando se aproxima la noche.

—¡No estamos para bailes, señor hidalgo! —dijo madame De Saint-Vaast, que agradeció el piropo.

Ya subían por la cuestecilla de Comfront y la chiquillería que debía de estar esperando alguna visita, y quizás a los cómicos de Italia, corría pegada a la carroza, y

delante, y por detrás querían encaramarse en el pescante. Y era verdad que los tomaban por los cómicos, que todavía no habían llegado, pues según se supo días después los hiciera presos el alcalde de Lanrivain, porque les imputaba el rapto de un niño en una posada.

—¡Vaya equívoco! —dijo el escribano, viéndose tomado por Capuleto padre.

—¡Mamers —gritó el coronel al cojo del pescante—, de prisa, arranca!

Pero en la misma curva estaba cerrada la carretera con un poste, pintado de rojo y amarillo, de la Señoría de Trémanle.

—¡Señores cómicos, no era sin tiempo! ¡Ya está la gente en el atrio! ¿Y dónde viene esa Julieta enamorada?

Este que hablaba alto y autoritario era el alcalde de Comfront, un jorobeta que parecía tener azogue en el cuerpo, solemne bigote, casaca verde, con la perrera que estaba poniendo de moda el ciudadano Saint-Just, banda tricolor por cinturón, y por bastón un fusil con bayoneta que le llevaba tres palmos y también muy encintado de tricolores. Los de la carroza se miraban. La gente acudía a saludar a la compañía Jacomini, y el alcalde le ordenaba a Mamers que metiese la carroza en el atrio, por detrás de la rectoral, que había camino de carro. Los de la carroza tuvieron que bajarse, y fue muy admirada madame De Saint-Vaast que se abanicaba con una punta del boá de plumas, refrescando el sofoco de verse tomada por la doncella Julieta. Y fue así como en el atrio de Comfront representó la función de Romeo y Julieta la hueste de los difuntos que andaba vagando por Bretaña.

El tablado para la función lo colocaron contra la pared de la iglesia vieja y lo habían posteado con santos del Calvario, que entonces ya no se usaban respetos mayores en Francia. El atrio, en verdad, estaba lleno de gente, y el coronel Coulaincourt, que era de todos el que más teatro había visto, le dijo al señor sochantre que lo mejor era entrar tocando el bombardino, procurando él mientras duraba el concierto concordar la historia con los otros difuntos. El sochantre sopló muy medida una pavana, y después una cortesina, y hubo grandes aplausos. De Crozon se puso colorado, y pocas cosas le habían producido tanto contento en su vida. Si salía de esta aventura, era cuestión de pensar en conciertos. Le dijo al oído Coulaincourt que convenía que tocase una marcha mientras terminaban de argumentarse, y entretanto el sochantre tocaba, el hidalgo de Quelven iba colgando de unas cuerdas un tapiz que había prestado el alcalde y en el que estaba representada una plaza con arcos y, en una fuente que había en ella, un músico de laúd se había quedado adormecido, y el escribano, que se había puesto unas plumas en un casco de granadero, pues iba a hacer el papel de gonfaloniero, colocaba en rueda en el tablado a algunas gentes de Comfront y el más alto de los hombres, que era un cordonero algo blasfemo, levantaba en un palo un cartel que en grandes letras rojas decía: «Este es el pueblo de Verona». El verdugo De Nancy se escurrió entre ellos para darles el apunte de los gritos y vista a la derecha.

Hizo un solemne redoble de parada el tamborilero del Concejo y el sochantre

gritó, como le habían ordenado:

—¡Función de Romeo y Julieta, famosos enamorados!

Una mariposa que volase, se oiría en el atrio de Comfront.

ROMEO Y JULIETA,

famosos enamorados

Entre los papeles del sochantre De Crozon estaba, puesto como pieza de teatro, el argumento que urdieran el coronel Coulaincourt de Bayeux y madame Clarina de Saint-Vaast, y lo demás que allí, terminando aquella función en el atrio de Comfront, había acontecido, y que se lo había contado a nuestro sochantre, ya en tiempos del Imperio, uno de la villa que lo reconoció en un paseo de Pontivy.

Aquí va, sin otros atavíos, el escrito del sochantre, que dice como sigue:

PASO ÚNICO

La escena representa la plaza de Verona. Junto a la fuente está dormido un vagabundo tocador de laúd, que no despertará en toda la pieza.

ESCENA I

La plaza se va llenando poco a poco de gente, que conversa animada. Cantan unos mozos. Un soldado avanza a primer término, tira las armas al suelo y se saca casco y coraza.

SOLDADO. ¡Once años sudándoos! Al fin, tras once años de sitio, esos tristes suizos levantaron el cerco de Verona. Fueron como niebla cenicienta pegada a las murallas de nuestra villa.

OTRO SOLDADO. ¡Ya están abriendo las puertas!

PAISANO. Estuve admirando desde la torre vieja cómo los arqueros montados pasaban el río. ¿No será engaño, señor soldado?

SOLDADO. Aunque lo fuese. ¡Once años de hambre, de miedo! ¡Alguien tenía que cortar esa cinta negra!

Los veroneses —soldados, paisanos, mujeres, niños—, que están subidos a los caballetes de la muralla, dan noticias a los de abajo.

UN PAISANO. ¡Está ardiendo el campo de los suizos! ¡Queman lo que no se llevan!

VIEJA. ¡Queman hasta las cortezas de pan que tiraban!

MERCADER. Es que los suizos se baban por la miga.

PAISANO. Estaban hablando en los Cambistas de que mañana vendrá trigo de Mantua.

SOLDADO. Hacía falta saber si aún hay Mantua en el mundo.

PAISANO. ¿Entonces hay alguna noticia de que quemaran a Mantua?

MUJER. ¡Quemarán a Mantua y no vendrá trigo! ¡Los suizos no dejarán un grano de trigo en el mundo!

PAISANO. ¡Son lobos!

MUJER. Son malparidos.

SOLDADO. Los suizos nacen todos de cabeza, con el pie enroscado en torno al cuello.

VIEJA. ¡Nacieran ahorcados!

SOLDADO. ¡Dicen que viene un correo de Mantua, y que ya pasó el río!

MUJER. A Mantua dijo otro señor soldado que la habían quemado.

PAISANO. Pues entonces será correo de Venecia.

MUJER. Viene correo de Venecia a caballo. Ya lo vieron pasar el río.

MERCADER. De a caballo no podrá ser de Venecia. Ese vendría por el mar. Será de Siena, si es que quemaron Mantua.

MUJER. Yo tengo en Siena un primo, que es zapatero, al lado mismo de Porta Romana. Les hace las sandalias a los hijos de los Tolomei.

MOZA. ¿Es un hombre joven, con gorra de plumas?

MERCADER. Los correos se buscan en la nobleza.

Unas trompetas dan una señal, lejos las primeras, cerca las segundas.

SOLDADO. Tocan a asamblea y plaza.

PAISANO. Viene ahí el gonfaloniero.

VIEJA. Los ricos están ahora tan flacos en Verona como los pobres.

ESCENA II

Entra el gonfaloniero seguido de cuatro senadores. Suben a un barandal con arcada debajo.

GONFALONIERO. Amigos todos, ciudadanos de Verona, gente pobre, señores soldados: se fueron al fin los suizos. Once años los tuvimos al cuello como cuerda de justicia. Once años de muerte, de hambre, de sed, de miedo. Más que gente libre de Verona somos una corte de fantasmas vagabunda por las plazas y calles, por los patios de armas... No hay una hierba en Verona, porque fue comida por las madres para amamantar a los niños. No hay un ruiseñor en la pineta, porque fue comido por las mozas para poder guardar para sus enamorados algo más que

el esqueleto. Y no había quien pudiese cantar en Verona, pues no había aire, porque nuestras puertas estuvieron cerradas once años. Se van los suizos, y nosotros aún estamos despertando poco a poco, como alba rosada después de una larga noche de invierno. Cuanto haya de verdad en esta marcha de los suizos, lo sabremos ahora, que nos anuncian un correo de Siena por los pasos del río.

MUJER. ¿Traerá pan, Señoría?

PAISANO. ¿Vendrá trigo de Mantua?

SOLDADO. ¿Cuándo volverá a venderse en Verona buey de Venecia?

MUJER. ¡Queremos pan! ¡Una cortecita, Señoría!

SOLDADO. Mejor sería que dieran antes algo de comer, para poder escuchar con calma el correo de Siena.

GONFALONIERO. Si el correo de Siena llega sin novedad, señal de que hay paso libre y vendrá trigo y comeréis bueyes de Venecia diariamente.

PAISANO. ¿Y qué dices del vino?

SENADOR. También vendrá vino. Esperemos el correo, sepamos qué noticias hay en el mundo, quién es amigo y quien es enemigo.

SOLDADO. Ya llega a las puertas. ¡Trae una alforja de cartas!

Se escucha una trompeta lejana, con seña al final.

SOLDADO. Es la guardia de Porta Favencia. Ya está en ella el correo.

Se hace un gran silencio. Siéntense los cascos del caballo sobre las losas de la plaza. Entra galopando el correo. Es un mozo joven, con casco de plata y abrigo rojo. En el brazo derecho trae una cinta verde.

ESCENA III

GONFALONIERO. ¿De dónde venís, señor correo?

CORREO. De la ciudad de Siena, Señoría. Ya están libres los caminos. En el vado de Pratto Girgenti dos cuervos comían el vientre de un suizo ahogado.

GONFALONIERO. ¿Traéis carta de la ciudad de Siena para esta pobre Verona de nuestros días?

CORREO. Traigo sólo una carta en la alforja. Aquí viene la dirección, en esta cinta de seda que traigo en la manga de mi abrigo rojo.

GONFALONIERO. (*Leyendo.*) «Para la muy dolorida infanta de Verona doña Julieta».

MUJER. ¿Hay noticias del pan?

SOLDADO. ¿Dónde quedan mis bueyes de Venecia?

PAISANO. En el entretanto, y ya que no trae noticias, podríamos comer su caballo.

CORO. ¡Que den por ración el caballo! ¡No hay pan de Mantua! ¡También quemaron Mantua! ¡Ya no queda nadie en el mundo! ¡Estamos solos en el mundo! ¡Ya no quedan más que los suizos y nosotros! ¡El caballo! ¡Matad el caballo!

GONFALONIERO. ¡Silencio, silencio! Esta carta quizá trae noticias para todos, para la ciudad de Verona toda. Quien la escribe puede ser que no sepa de nadie más en esta villa que de doña Julieta. Vendrán tal vez noticias del trigo de Mantua, de los bueyes de Venecia, del vino y de cuantos amigos nos quedan.

CORO. ¡Leed pronto la carta! ¿Qué dice la carta? ¿Quién es doña Julieta? Es de señores. Es una enamorada célebre. ¿Una de los Capuletos que parió de un herrero? No, esta no parió, esta es una de los Montescos de la plaza vieja. Pues también es una casta de gente amancebada. Esta es jovencita. Hicieron su capital mandando cebollas a Venecia. También enviaban hilo de seda. ¿Se lee o no se lee la carta? ¡Queremos noticias!

GONFALONIERO. Van a llamar a doña Julieta. Tened calma. Ella leerá la carta, si sabe leer, y si no, será leída por uno de los señores senadores. Aquí está ya doña Julieta.

ESCENA IV

Entra Julieta en la plaza. Gran silencio. Sube hasta donde se hallan el Gonfaloniero y los senadores.

GONFALONIERO. Señora, un correo de Siena os trae una carta. La dirección viene en esta cinta que trae en la manga del gabán rojo: «Para la muy dolorida infanta de Verona doña Julieta».

CORREO. (*Arrodillándose.*) Señora: quien firmó en esa carta con el pico de un pajarillo que este invierno se le murió en las manos, me dijo: sin dirección alguna también la encontrarías, porque, ¿quién no encontraría la luna en el cielo?

JULIETA. ¿Romeo, acaso?

CORREO. Sí, señora, Romeo.

JULIETA. (*Lleva la carta a los labios, acaricia la cinta de seda en la manga del correo.*) Con mis manos recojo días en mi propio corazón, y los voy sembrando en la tierra. ¿Qué os quiere Amor?, les pregunto uno a uno, cada cual perfumado de su lágrima. Aunque de vosotros brotaran lirios, murmuro al oído de mis días antes de encerrarlos en la soledad de mi cuerpo, ¿podría el tiempo ser otra cosa? ¿Me envía sonrisas por el aire?, les preguntaba yo a los molinos de viento y a las

veletas de la juventud. ¿Me manda sonrisas por el agua?, les demando a las barcas que se mecen en la ribera. ¿O es que también los reitres gobiernan los palacios de los vientos y las ondas de los ríos? (*Va desenrollando la carta.*) ¿Y qué ha de decir aquí Romeo, sino palabras que puedan ponerse en las mejillas y pasar por lágrimas de amor? ¡Cuánto tiempo hace, Amor, que dejaste de ser alegre mayo!

Desenrolla del todo la carta, y lee acercándose a una linterna que el gonfaloniero colgó de un poste.

JULIETA. «No perdí el hábito de hablarte, pues palomas hay, Julieta, tan vecinas mías en Siena. No perdí el hábito de oírte, tórtola de los ojos entreabiertos de la mañana, y pues ya por corazón, ordena ir y venir mi sangre un fatigado vaso de memorias... Aprieto lirios contra mi pecho, y digo: ¡Julieta! Entro soñando en tu cámara, y el polvo que me cubre, ceniza de rosas que de tu amor crecieron en mí, para morir tan pronto como dejaste de mirarlas, es una tierra negra y fría que hace de mí un muerto desenterrado. Fantasma soy de los días idos, y por eso no me ves, ni escuchas mi paso como una sombra por entre la hoguera de tus brazos, y me rompo de sed, entonces, y vuelvo en mí, aún más fatigado del trabajo de resucitar a través de un sueño mi carne y el alma tuya. Quien hace en lo oscuro tales vasos como nosotros, Julieta, debía de cuidarse mejor del vino con que los llena.»

Hay ahora, al margen, y en tinta roja, una nota del sochantre, que dice: «Aquí empezó a anochecer, y comenzaron a mostrarse los esqueletos».

JULIETA. (*Sigue leyendo.*) «¿Podrías con tus pequeñas manos perfumar el aire en la noche y enviarme una memoria de canela en la brisa?»

Las manos de Julieta, a la luz de la linterna, se ven descubiertas de carne. Julieta, horrorizada, deja caer la carta. El coro estalla en grandes gritos y lloros, que repite la gente que está en el atrio, mezclándose lo argumentado con la vida.

CORO. ¡Los suizos se fueron porque venía la peste! ¡No traía amor, que traía peste!
¡La peste negra! ¡Vino la peste de Siena!

Toda la compañía es ahora un haz de esqueletos contra el tapiz del fondo.

CORO Y GENTE DE COMFRONT. ¡La peste! ¡La trajeron los cómicos! ¡La peste negra de Italia! ¡El amor traía la peste en los huesos! ¡Mirad la muerte! ¡La peste! ¡La peste!

Huyen el coro y la gente. El atrio queda desierto. El caballo en que había venido el Correo, es un esqueleto de caballo en medio del atrio. Es el La Garde, del coronel Coulaincourt, quien de un salto, desde el tablado, se lanza a él, y sale galopando en la noche, levantando chispas en los pedruscos del atrio. Siguen oyéndose gritos y se ven luces correr por los caminos.

CORO Y GENTE. ¡La peste está en Verona! ¡La peste está en Comfront! ¡La peste en el mundo!

Los difuntos ganan la carroza, y Mamers la hace salir por el atrio, al galope de los dos esqueletos de caballo que estaban entre varas. De un rincón del atrio, después que la carroza se perdió en la curva de la villa, sale una niña, una mendiga harapienta, que se acerca poco a poco al pie del poste de la linterna, coge el papel que dejó caer Julieta en el suelo y se pone a leer.

NIÑA. No hay nada escrito, no están aquí los lirios apretados contra el pecho ni las memorias de canela de la brisa. ¡Ah, por este otro lado sí! (*Leyendo.*) «Alcaldía de Comfront en Landes. Licencia al guardarríos Chaillot, alias Braque, para casarse con la ciudadana Bonet, alias Fleur Tranquille, el seis de Floreal. Un franco por la licencia. Licencia a la Vieja Goman, para recoger los cagajones perdidos en los mercados de los jueves. Gratuito. Licencia al sastre Terne para poner botones nacionales en los culotes. Dos francos».

Una vieja ciega se va aproximando a la niña, guiándose con el cayado por el suelo.

VIEJA. Niña, niña, ¿vuelven a dar limosna de pan en Lanrival los sábados?

NIÑA. ¡Mi madre, mi madre, no había Romeo, ni memorias, ni lirios!

Llora la niña abrazada a la vieja ciega. Un viento que pasa, abate el tapiz de fondo sobre el tablado.

IV

SE cumplía en enero el aniversario del señor hidalgo de Quelven, que todavía no se dijo que se llamaba Quay Pierre Le Bec–Hellouin, y en el aniversario ya tenía que estar el hidalgo en su tumba, en el cementerio viejo de Quelven, al que se le ven los cipreses subiendo desde Pontivy, y quería ir antes don Quay Pierre a Bagnoles de l’Orne a tomar un baño de barro, pues siempre había tenido esa costumbre de vivo por la época del otoño, y de paso se despediría de una señorita De Vitré, que había perdido la voz de un susto que le diera un perro rabioso, y también iba a Bagnoles a los vahos, y esta señorita era la más joven de las dos hijas que de arrimo había tenido el señor conde de Laval con una confitera de Le Mans. Y para hacer más dulce y sentida la despedida que tenía pensada, le diría el hidalgo a la señorita que se marchaba a la armada de los príncipes, pasando por Inglaterra, y que en la soledad de Quelven había aprendido el bombardino, para consolarse con música, y que a la noche le daría una serenata compuesta en el jardín de Mortagne. Y lo pensado era que el sochantre, en la sombra, tocara por él. En Bagnoles de l’Orne entrarían solos el hidalgo y el sochantre, que el resto de la compañía esperaría en las ruinas de La Ferté–Macé, ya que se consideraba seguro que pasaba aquel amo de Guy Parbleu, llamado Salomón Capitán, y a ver si respetaba o no el trato establecido con el tableteante.

En Bagnoles alquiló el sochantre una camareta en la posada de La Nueva Francia, y le gustó comer caliente y a sus horas, y dormir con sosiego dos días, cosa que no había hecho desde que perdiera las sábanas planchadas de madame Clementina.

El hidalgo tenía buscado escondite en los baños viejos, y el sábado se haría presente, tanto para pasear por las calles como para saludar a la señorita De Vitré, que estaba muy retirada en la casa de una costurera por el temporal de los tiempos, y se había notado en Bretaña que la ira sansculotte se vertía más en los bastardos que en los legítimos de la nobleza, y esto era porque los bastardos siempre salen más tocados de la soberbia. El sochantre pasó de jueves a sábado floreado tocatas de Rossini en su camareta, modulando una serenata que se llamaba en el papel *Laura sorride*, e imitando al hidalgo en el continuo toser, para que la señorita De Vitré no dudase que era su galán quien le hacía aquel número de música. La camareta del sochantre, en La Nueva Francia, tenía una ventana sobre el patio de caballos de la casa de Postas, y siempre había por allí personal y viajeros, y algunos se demoraban oyendo el concierto de bombardino.

El sábado de mañana apareció en la posada de La Nueva Francia monsieur Quay Pierre, vestido de levita corta y adornado de encajes d’Alençon a bandeado, jugando bastón estoque, y para disimular el señorío, en el *chapeau* redondo llevaba plumas tricolores. El sochantre le hizo el ensayo de la serenata, y como era la hora de llegada del correo de París, se reunió mucha gente en el patio, y fastidió a De Crozon, que, cuando terminó de tocar *Laura sorride* y el público le dio un gran aplauso, fue el

hidalgo y le quitó de las manos el bombardino y se mostró en la ventana, como si hubiera sido él el célebre músico.

—¡No es más que por si llegan rumores a la señorita De Vitré, mi sochantre! — dijo el hidalgo, dándole una palmada en el hombro al racionero.

Se fue el hidalgo de Quelven a saludar a la señorita De Vitré a casa de la costurera, y la cita con el sochantre era que a las diez de la noche por el reloj del balneario, estaría De Crozon junto a una fuente que representa a Diana, en el jardín de Mortagne, que estaba situado precisamente detrás de la casa de la costurera, sólo separado de su pequeña terraza trasera por un seto de laurel bajo. Y mientras monsieur de Le Bec–Hellouin iba a hacer sus despedidas, el sochantre no vio que faltase a lo tratado dando un nuevo concierto en el comedor de la posada a unos señores oficiales de marina que venían de Marsella y se detenían a comer, camino de Avranches, y hasta resultó gracioso acuerdo, pues uno de los señores oficiales traía una canción nueva, que estaba muy en boga entre recién casadas con soldados, y que titulaba *Le coeur solitaire*, y en verdad que era triste. La varió un poco el sochantre para hacerla más moderada en el bombardino, y pensó cerrar con ella la serenata del hidalgo. Los señores oficiales eran muy pródigos en brindis y traían pagas frescas, y el sochantre aceptó muy complacido todas las invitaciones, con lo cual, cuando salió la diligencia de Avranches, estaba Charles Anne algo cargado de vino tinto y ron criollo.

Hizo merienda cena el racionero, pasó un peine por la barba, que la tenía espesa y crecida, y se frotó las mejillas con una gota de agua de rosas, pues había comprado allí mismo en la posada un pomito para llevárselo como obsequio a madame De Saint–Vaast, como recuerdo de aquella ausencia, y con la caja del bombardino debajo del brazo, sonando las diez, estaba junto a la Diana, que era una fuente muy graciosa, y un perro y una especie de ciervo vertían agua por la boca al lado de las piernas desnudas de la nemorosa. La seña que tenía que esperar el sochantre era que se encendiese una luz junto a la ventana de la planta baja de la casa de la costurera.

Ya estaba el sochantre con el fresco del jardín pasado de los mareos del tinto y del ron, y regía tan fino como era, y cuando se encendió la luz de la seña, comenzó obsequioso por una tocata de Rossini, y pasó de ella a una cortesina de Lyon, y haciendo un pequeño descanso, interpretó luego *Laura sorride*, que le salió bordada. Mientras tocaba, el sochantre bien había visto que abrieran la ventana, y aunque el jardín de Mortagne es oscuro, y más en aquella parte, cerrado por la gran muralla de la huerta de los Capuchinos, distinguió que una figura de blanco se sentaba en el alféizar de la ventana. ¿Y no oía un sollozar continuo? El sochantre tosió cinco veces, para mejor parecerse a monsieur Quay Pierre, y ya que comenzaba a lloviznar, aunque más fuese niebla que lluvia, se puso a tocar *Le coeur solitaire* para poner un triste término a aquella despedida, que pues estaba difunto quien la ordenaba dar, no lo podía ser más. Aquella noche aparecía más que nunca humano y sumiso el bombardino, y le salía dolorido el canto, poniendo por sordina el final de la canción

nueva. Terminó, tosió nuevamente otras cinco veces y metiendo el bombardino en la caja ya se iba el sochantre para la posada cuando oyó que le chistaban desde la ventana; dudó, pues no estaba instruido para aquel paso, pero después del chisteo llegaron nuevos sollozos y lloriqueos muy ostensibles en la ventana, y pensó que quizás le resultase de algún consuelo a la señorita una palabra de adiós en la noche cerrada. Se arrimó al seto y vio que le echaban una mano desde la ventana, y poniéndose a caballo del laurel, la tomó con las suyas como quien cogiera un pájaro en una escudilla y le pareció que era de cortesía un beso demorado, y puso sus labios en aquella piel fina, que olía a clavo de Roma, y aún le dio vuelta a aquella manita para besarla en la palma. Esta caricia se la había enseñado madame Clarina de Saint-Vaast, cogiendo flores al alba en los prados de Combours. Y ya se dejaba llevar a la ventana, y buscaba en las tinieblas de dónde salía aquel brazo redondo que florecía en aquella mano tan suave, cuando sintió toser detrás de sí al hidalgo de Quelven. Tosió él también, y dejando aquella prenda que no cesaba de chistar y sollozar, cogiendo la caja del bombardino corrió hacia la posada, a través del viejo jardín, por las desiertas calles, perseguido por el esqueleto del hidalgo de Quelven que pugnaba por desatornillar el bastón estoque.

FINAL

POR mucho que buscó la llave de la puerta no la encontró; debería haberla perdido en el largo viaje. Iba a llamar con los nudillos, como hacía muchas veces cuando se le olvidaba la llave en casa, pero se dio cuenta de que la puerta estaba abierta. Oyó que alguien se movía en la cocina, pero no quiso entrar por miedo de que llevase un susto madame Clementina, al no conocerlo con las barbas de tres años, pues mientras anduviera con la hueste no se había rasurado. Subió a su habitación, escurriéndose en silencio, y pidió al Señor que no rechinase la puerta, como acostumbraba hacerlo en verano. Entró en las puntas de los pies, y quedó suspenso y temeroso: allí al lado, a los pies de su cama, sentado en la manta bordelesa de viaje, estaba él mismo, Charles Anne Guenolé de Crozon, sochantre de Pontivy con menores y bombardino numerario.

—¡Pasa de una vez! —le sopló aquel otro—. ¡Ya estoy cansado de esperarte!

—¿Y quién eres?

—Soy el tío de Mamers el Cojo, que hice de interino por ti el coro y los entierros.

—Entonces, ¿no se supo que había faltado?

—Nadie sospechó nada, ni esa vieja bruja de las rizadoras. Es necesario que sepas que estás de clérigo juramentado, que ahora no te gusta la tortilla de hierbas, bebes vino blanco en vez de tinto, y vas con el zapatero de las hebillas a la casa de la Ruanesa a tomar caña caliente con miel, y gastas escarapela tricolor en la chistera.

—¡Me hiciste un perdido! —se indignó el sochantre.

—¡Las juergas no van contra el crédito! —respondió el otro, y sin más salió por la ventana, que estaba abierta y dejaba entrar la lluvia que traía loca el viento caliente que corría aquella mañana.

—¡Señor sochantre —gritaba madame Clementina—, aquí está el obrero que fue a podar la pomarada y cobra dos francos por día!

El sochantre sonrió. ¡La pomarada! ¡El soto de manzanos de la cuesta de Quelven! En el próximo mayo iría a tomar la sombra allí y por San Pedro ya habría manzanas. Y en vez de tortilla de hierbas llevaría truchas en escabeche. Mientras se enjabonaba las barbas, que mucho ablandamiento precisaban según estaban de duras, se inclinó sobre la barandilla de las escaleras y le gritó a madame Clementina que no reparase, y le pagase al ciudadano podador la podadura. Silbaba la Carmañola afeitándose.

Mondoñedo, por San Juan, 1956.

APÉNDICES

APÉNDICE PRIMERO

DRAMATIS PERSONAE

- ALLEN, EL RENTISTA DE: Iba a casarse con la señorita de Toul–Goulic. Los rentistas de Allen prestaron todo el dinero que andaba a crédito por Bretaña, en el siglo XVIII, con lo cual dieron en casarse con señoritas de la nobleza, que rescataban con la boda el ciento por tanto. Eran negros de pelo, y los más de ellos salían con seis dedos en cada mano. El dedo sobrante era rojo, y se aseguró en un pleito en Rennes que los de Allen leían de noche a oscuras, con la luz que aquel daba, los pagarés.
- ANA ELOÍSA: La hermana mediana de madame De Saint–Vaast, que quedó embarazada de su tío, el contador de la renta de la ballena, monsieur De Dombaze. Madre del bastardo de Audierne. Tenía una mancha en una oreja.
- ASHAVERO: El Judío Errante, que se empeñaba en que ya había sido ahorcado en Nancy su primo Elías Hebreo, por no pagarle una deuda y los réditos correspondientes. Cada siete años pasa por Ruán y escupe en el río, desde la Puente Matilde.
- AUDIERNE, EL BASTARDO DE: Hijo de Ana Eloísa de Semplacat y del contador de la renta de la ballena. Les había salido muy gracioso y algo tartamudo. A los cinco años estaba apuntado para la Marina Real.
- AULNE, EL MOZO DEL VADO DEL: Pasó muy alegre el vado del río Aulne una mañana. De cara era muy franco, y no digamos de los ojos claros. Ensayó con él un nudo el verdugo de Lorena la noche en que los chouans les robaron dos cañones a los republicanos.
- «BERIS»: El cuervo del capitán De Combourg; muertos ambos, traía posado en el hombro el esqueleto del pájaro.
- BLANCA: La madre de monsieur De Nancy, verdugo de Lorena. Lo parió en el tapadillo que un peinador marsellés tenía en Dijon, por detrás del reposo de la carne. Se aposentó de animadora con un alemán que andaba mostrando una linterna mágica por las villas de Francia.
- CARAFFA, DON JUVENILIO: Nepote romano, que cada dos años iba a Rocamador de romero. Dejaba surtida a una viuda en Montpellier. Lo envenenó en Roma el médico Sabat, para robarle el recetario de venenos de César Valentino. Posteriormente, resultó que era un demonio vacante.

«CATALINA»: Mula sorda que montó para venir de París a Nancy el prelado que investigó en el caso de Elías Hebreo. Tenía paso muy liberal.

CATALINA DE ERQUY: La muy enamorada señora, prometida esposa del coronel Coulaincourt de Bayeux. Quedó embarazada de este después de muerto. El hijo, llamado Bastardo de Château–Caradeuc, fue para los cadetes de El Rey. Mademoiselle Catalina era como una dorada espiga de trigo turanés que el viento estival cimbrease.

CLAMOT, EL MAYORAL: Había robado una valija al demonio Salomón Capitán. Vivía *de occultis*. Murió sin haber podido abrir la valija, que tenía por cerradura un juego suizo de maña, que consistía en pasar siete bolitas de vario color de un solo golpe por una puente que representaba la de la ciudad de Ginebra.

CLARINA, DONNA: La sacaron en una novela. Moría en ella de cólera morbo en Italia, a donde había ido con un amante inglés que tenía y que leía el porvenir en una copa de cuerno basilisco. Era muy celebrada por sus ojos verdes.

COLEGIAL MAYOR, EL: Prior de la Santa Colegial Capilla de Pontivy. Era una viejecito etiquetero y tosedor. Innovó en el arte de capar los pavos turcos, y traía muy correspondida esta ciencia con monsieur Diderot. Hizo el primer capón de perdiz de que hay noticia, y ordenó poner en latín este triunfo en su sepultura.

COLET, LLAMADO CALDERO: Tabernero de Dijon, que se consideró padre de monsieur De Nancy, por testimonio de la Blanca. La mujer que había tenido lo abandonó por un cabo de dragón de Metz, asegurando que no cumplía el débito conyugal. El tabernero se ufanaba del mérito de haber hecho a monsieur De Nancy en una tarde de otoño y con tan poca alarma.

COMBOURG, CAPITÁN RENÉ PIERRE PAULINUS DE: Rama octava de los señores De Chateaubriand de Combourg; fue muerto por De Crozon el Bizco en el asalto a Château–Josselin. Viajaba por los pastizales de Kernascléden con el cuervo Berís al hombro, ambos difuntos, hasta que el cuervo encontrase un anillo que el capitán De Combourg robara en una posada y la prenda fuese restituida. Era hombre muy abroncante y huraño, y hacía la higa por nada. Tenía plaza–lanza en el Real Navarra.

COMFRONT, ALCALDE CONSTITUCIONAL DE: Jorobeta con perrera a lo Saint–Just, que por educar al pueblo, llamó a Comfront a la Compañía de Comedia de Italia para representar en el atrio viejo la función de los famosos enamorados Romeo y Julieta.

CONDESA DE LOS PAGARÉS, LA: Apaño que tuvo en Nancy el verdugo de Lorena. Se llamaba Lisette Le Diamant–Vert, y el título de condesa lo traía, por parte de madre, de un desconocido que se hacía llamar de incógnito don Ignotus de

Flandes, y que embarazaba con mucha facilidad en Lorena porque prometía dejar titulados los frutos y heredados en Pondichery a noventa días vista.

COULAINCOURT DE BAYEUX, EL SEÑOR CORONEL PIERRE HENRI POL DE LÉON: Coronel propietario del Principal de Normandía. Era pariente de treinta y seis casas en Bretaña, y sólo una de ellas había decaído, a causa de un tío cura que gastara todo el capital en comprar un perro de Venecia que había sido intérprete del Gran Turco y hablaba variado. Fue fusilado en el patio de armas de Sedán por orden del señor mariscal de Turena. Era un hidalgo serio y militar, muy impuesto en lo suyo, dentro de una condición amigable.

CROZON, DE: Linaje de Bretaña, que viene situado en tercera línea de los duques de Broglie, en el pago de la media annata. Por armas llevan, pintan y ponen, un cuerno de caza sinople en campo de plata. La línea mayorazga terminó en el pirata De Crozon de Kerity, y la cadete en el sochantre bombardino con menores, de quien tanto se trata en estos folios. Fue gente perezosa, y los más cazadores. Se les concedía el mérito de haber traído a Bretaña el níspero.

CROZON, CHARLES ANNE GUENOLÉ MATHIEU DE: Racionero con menores de Pontivy, de cuyas memorias se toma este relato. Los últimos años de su vida, muerta madame Clementina Marot, los pasó en Pontivy por las tertulias, contando de cuando había viajado con los difuntos. Fue a Audierne a visitar la tumba de madame De Saint-Vaast y poner en ella un vasito con flores. Cuando estaba a punto de morir, mandó que le trajeran una manzana de su pomarada y la olió, y después pidió el bombardino, para despedirse de amigo tan constante, un tres cuartos italiano tan humano de embocadura, y lo besó en ella, y al besarle se le fue el último aliento, y el bombardino, como si tuviese cristiana complexión, se quejó y dijo: «¡Miii!».

DIEULEBON: Donado que llevó por paje el escribano de Dorne cuando fue a investigar el tesoro. Sentó plaza en la caballería republicana.

DOMBAZE, DE: Cobrador de la renta de la ballena en Brest, tío de las señoritas de Semplacat. Embarazó a la mediana y huyó con la más joven, dejando a la familia por puertas. Toda esta labor la hizo en un año.

DU CRANN, CAPITÁN DE FRAGATA: Uno de los treinta y seis parientes anotados del coronel Coulaincourt de Bayeux. Mandó en la chouannerie. Pasado al Ejército de los Príncipes, murió de una bala de cañón en la batalla de Valmy. Era un joven valiente, que se enamoraba igual en las posadas que en los castillos o en el teatro. A bordo, mandaba tanto como un viento. Fue una pérdida.

EFFLAM, SANTO: Monje que hubo en otros tiempos, y después obispo. Hacía pájaros con hierbecillas que cogía aquí y allá, y les daba suelta en los campos. Leía a folio abierto en libros cerrados, y se impuso en la curación de las dolencias

del bajo vientre. Una vez fue a Roma, y porque le llegó un olor a chamusco, supo que ardía su iglesia en Terre, y vino volando, y ordenó que lloviese. Y él estaba en una nubecilla dorada viendo cómo la lluvia apagaba el fuego. Dijo que moriría el día de la romería de la Palud, y los bretones cambiaron la fiesta de fecha para que no muriese, y la hicieron siempre variable. Así vivió ciento cincuenta y tres años.

ELÍAS HEBREO: Afilador de hoces en Jericó, primo de Ashavero, a quien le había prestado dinero. Se salvó de ser ahorcado en Nancy. Iba a poner en Roma una tienda de espejos. Por cada siete años que viaja, descansa otros siete.

ERQUY, LOS SEÑORES ALMIRANTES CONDES DE: Era gente de mucho trajín y valentía, y competían los Erquy con los Treboul y los de l'Isle–Adam en ir a quemar Londres. El almirante viejo de Erquy había mandado hacer una carroza semejante al navío *Royal Furieux*, e iba en ella a los Estados, haciendo salvas, y en la Cámara Noble hablaba con antejo de larga vista en la mano. Los almirantes jóvenes salieron a la casta, y el mayorazgo no quería engordar para poder seguir durmiendo dentro de un cañón de doce pulgadas. Bebían vino con pólvora.

FRANKLIN AMERICANO, DON: Inventor del pararrayos y de la «grande armónica». Era un chinchete opinante, y se mostraba muy jactancioso mandando novedades a las escuelas. Inventó también el gobierno filantrópico, y se lo fue a poner como contención a los criollos de Nueva Inglaterra. Podía hablar nueve horas sin remojar, y todo por la Enciclopedia. Decía que no había tal sexto mandamiento.

GAILLON, CAPITÁN DE: Punto fijo que se echó en una posada la triste viuda de Semplacat, y quien le pagó gastos en Bagnoles de l'Orne. Era de la Real Artillería Montada, Cuerpo Segundo, y apuntaba los cañones por tabla matemática.

GALVAN, EL CURANDERO DE: Hipócrates de cámara del caballero De Saint–Vaast. Estaba muy familiarizado con venenos y había puesto en píldoras el *tanatos umbrae*, lo que fue un gran adelanto. En lanceta, era de la escuela de París, que pide suspensión en las diez de últimas.

GUY PARBLEU: Criado que fue, o aún es, del demonio Salomón Capitán. De día es un tableteante que no se ve, y de noche una luz vagabunda. La ilusión que tuvo siempre, fue la de ser gaitero.

ISMAEL FLORITO: Demonio que vino de sastre a Cambray, y para quitarse unas molestias de espinazo que se le habían puesto en las alamedas de bajo tierra. Pasó en Polonia por portador de la peste bubónica. Compró el alma del coronel Coulaincourt de Bayeux en el patio de armas de Sedán, y cumplió siete años y un día de cárcel en Liverpool, por monedero falso. Quiere pasar de modisto a París, pues siempre fue muy aficionado a conversar con el mujerío.

IVES: El ciego de Guimiliau, en el que hizo milagro tan sorprendente Saint–Pol de

Leon, y que iba a ser guillotinado en la villa de Dinan por haber cantado unas coplas realistas.

KERITY, EL MÉDICO DE: Era muy famoso en fiebres secretas, e incluso lo llamaban de París. También era muy famoso por cabrón consentido.

KERJEAN, EL VIZCONDE DE: También pariente de los Chateaubriand de Combourg y de los Coulaincourt de Bayeux. Venía a Ruán siempre que por la justicia se partía a alguno por medio de caballos, y lanzaba un silbido muy súbito para ellos. La familia del condenado lo consideraba una fineza, y siempre lo agasajaban. Andaba de pie en el lomo de un caballo alazán que tenía, y al entrar así a galope en Caen, para presumir, dio con la frente en la viga de la Puerta de los Frailes, y cayó redondo.

LABAULE, MONSIEUR: Tejedor de chalecos, junto al puente de Audierne. Viniendo del San Emeterio le dio una parálisis, pues bebió sidra caliente.

LABAULE, PIERRE: Sobrino del tejedor, novio de madame De Saint-Vaast y marido de Ana Eloísa. La más triste flauta de Bretaña.

«LA GARDE»: Caballo de guerra del coronel Coulaincourt de Bayeux. Sabía paso de trenza. Andaba en la hueste, y de noche, como cualquier difunto, se convertía en esqueleto. Era zaíno lucero, y calzaba de ambas manos.

LE BEC-HELLOUIN, QUAY PIERRE: Hidalgo de Quelven. Gustaba de oír el bombardino. Le dejó como manda en el testamento una pomarada al sochantre de Pontivy. Por ir a tocar en su entierro, se vio el bombardino en la hueste.

LES PIEUX, LAS HIJAS DEL TABERNERO DE: Eran cuatro. Pusieron de moda en Bretaña las natillas de café. En verano y en invierno andaban remangadas. Fueron muy solicitadas de amores, porque eran muy lucidas de carnes. Se casaron en el país.

LEVEJEAN, EL TÍO: Zuequero de Redon, que recogió a Guy Parbleu.

LEVEJEAN, LA TÍA: Una iracunda borracha, que de joven hacía plantos por difuntos en Carhaix. Registraba a Guy Parbleu para sacarle las limosnas que le daban en la diligencia. Desde que vio que emplumaba, ya le dio otro trato.

LISON: El percherón de alquiler en Pontivy, que llevaba al señor sochantre a los entierros. El sochantre le tenía aprecio, pues le había entrado la manía de que el capón gustaba de oír el bombardino.

LOUIS JOSEPH: Artillero de segunda, que después resultó que era una muchacha. Terminó de cocinera en Josselin, y tuvo de pupilo a nuestro sochantre. Porque este no tenía alientos para plaza montada en el Regimiento Navarra, y lo metieron los suyos de músico de iglesia, se cabreó y sentó plaza de suizo del papa.

- MAINTENON, LOS SEÑORES CONDES DE:** Parientes de Villiers de Flers el Negro, que pleiteaban por el tesoro secreto. Los mató con un azadón el escribano de Dorne. Eran muy pulidos y aficionados al naípe.
- MAMERS EL COJO:** Mayoral de la carroza de la hueste. Había sido ahorcado en Nantes porque disfrazado de lobo les salía a las pastoras en las landas del Aule. Ya difunto, aprendió a leer, asegurando Ismael Florito que no se sabía de otro caso.
- MAMERS EL COJO, EL TÍO DE:** Sacristán de los franciscanos de Quimper, era medio latino y notable exorcista. Le abrieron una vez la cabeza de una pedrada, y no se dolió ni sangró. Cuando murió, un inglés compró su cabeza, y la llevó a Edimburgo, muy salteada en aguardiente, y resultó que tenía dos calaveras, y entre ambas un poco de ceniza. Fue muy comentado.
- MAROT, MADAME CLEMENTINA:** En su casa en Pontivy vivía nuestro sochantre. Era viuda de un ministro tambor de los Estados. Decía que hubiera podido casarse en segundas nupcias, y que las carnes blancas no pasan de moda. Sobresalía en la tortilla de hierbas.
- MERMUID, LAS SEÑORAS MONJAS DE:** Probaban ocho apellidos para entrar y usaban mitra. Cuando les llevaron al ciego Ives de Guimiliau, que entonces aún era bizco, les salieron verrugas en el ombligo, lo que causó gran alarma.
- METZ, EL BOTICARIO DE:** Lo encontró el médico Sabat, ya difunto, buscando en un campo vecino de Grenoble la *Cotula aurea linneana*, variedad macho. Aseguraba que los médicos de Montpellier tenían que examinarse en el infierno de lanceta de Lyon y limonada purgante.
- MEZIDON, EL VIEJO:** Jorobeta movedizo. Tenía una tienda de ropa vieja en Dinan, en la plaza.
- NANCY, MONSIEUR DE:** Hijo de la Blanca, y porque se inscribió en la partida de bautismo, de Colet, llamado Caldero. Verdugo titulado de Lorena, se cuenta de él largamente en el texto.
- NETTUNO:** Caco romano, criado que había sido de los rabinos de la sinagoga, junto al puente Fabricio. Aprendiera el oficio de sastre, y se le daba muy bien el corte de la dulleta.
- NIÑA DEL ATRIO DE COMFRONT, LA:** Era de unos mendigos. La entristeció que no hubiera ni Romeo, ni memorias, ni lirios.
- PLEVEN, JEAN:** El escribano de Dorne. Siempre testimoniaba con la ley romana. Los que lo vieron ahorcar dicen que iba algo decaído.
- POL, SANTO:** Patrón muy correspondido en León de Bretaña. Había venido por el

mar, y la mayor parte de su caridad la realizaba dando el mejor bien de la vista. Una vez que venían los piratas berberiscos hacia Quimper lo mandaron llamar, y puso un Quimper simulado en la ribera, donde no era; los piratas desembarcaron allí y se ahogaron. Tenía entre los pies desnudos un espejito, e iban a mirarse en él los casados, por si estaban coronados, pues el tal espejito era muy delator. El obispo de Vannes mandó quitarlo. Cuando murió lo llevaron a la tumba siete ciegos, y veían como de día.

POLACO, EL SASTRE: Sastre muy entallador de casacas y muy famoso en ribetes de lazo, que vestía a toda la Satanía. El entalle de los demonios es arte mayor, porque cuando van vestidos traen el rabo de cinturón.

PLOUARET, EL MENDIGO DE: Sale al camino con la cabeza en la mano y hay que ponerle la limosna en la boca.

RANCY, EL SEÑOR CURA DE: Trajo una vaca de la Grande-Chartreuse y yendo a ser cubierta por un toro, este quedó muerto de pie, pues lo había mirado el bizco Ives, y a la vaca, hallándose puesta en lo Suyo, al no ser cubierta, se le puso el celo vario y no se logró cría alguna de ella. Esto traía al cura, que era muy eructador cuando se irritaba, más que cabreado.

ROBIC, EL MÉDICO: Pariente del médico Sabat, y quien lo mandó a Montpellier a estudiar medicina, y a Roma la ciencia del láudano.

ROSSINI, DON: Músico de Italia, que entre otras piezas compuso un rondete muy sentimental.

RUANESA, LA: Dueña de la mancebía de Pontivy. Había aprendido inglés en Calais. Se casó con uno del lugar de Wemoël, al que le ardiera la casa con la familia dentro.

RUFO DE SEGOVIA: Albéitar certificado, que baja al infierno a sangrar los años bisiestos. Utilizaba lanceta toledana.

SABAT, JOHN: Médico por Montpellier, que yendo a Roma a aprender la ciencia del láudano, quiso envenenar las fuentes. Se cuenta de él muy demoradamente en las memorias del sochantre.

SAINT-VAAST, EL CABALLERO DE: Era amigo de Voltaire y escribió de terremotos. De viejo se casó con Clarina de Semplacat. Haciendo temblar la tierra en Guimiliau, pues era empírico, le cayó una pared encima, y murió. Hablaron de él las gacetas.

SAINT-VAAST, MADAME CLARINA DE: El Autor pide que os acordéis de la verde vaguedad de sus ojos. Pasados años de su viaje, el sochantre se volvía súbitamente, pues le parecía que ella estaba detrás, sonriéndole en la sombra.

SALOMÓN CAPITÁN: Demonio de negociado. Le había robado una valija el mayoral Clamot. Se supo por Ismael Florito que la prisa que tenía de encontrar la valija era grande, pues iban en ella las pruebas de que había sido castrado. Lo que era una merma. Tuvo por paje a Guy Parbleu. Bajó definitivamente, porque nada le salía a derechas, por súbito y bullanguero.

SAN GIUSEPPE: Bandido calabrés, coronel mayor de la caquería de Roma, que puesto de guardia en San Lorenzo extramuros, se halla empeñado en que podía ser papa.

SAUVAGE, GASTÓN FEBUS DE: Coronel de los Guardias Montados de Bretaña. Se le tenía por heredero del tesoro de Villiers de Flers el Negro. Al hablar le estorbaba la erre.

SEMPLACAT, EL CAZADOR DE: Padre de las señoritas de Semplacat. Pasó a la Armada de los Príncipes, y murió de una gran borrachera en el cerco de Maguncia.

TOULET, EL SUSTITUTO: Vino a Dinan a enseñarle el manejo de la guillotina a monsieur de Bretaña. Padecía mucho de sofocos húmedos.

TREBOUL, SEÑORES ALMIRANTES, VIZCONDES Y ABANDERADOS DE: Parientes mayores de los De Crozon de Château–Josselin. Presentaron a Charles Anne para la ración de que eran patronos en el coro de la Colegial de Pontivy. Eran tan marineros estos señores, que estando en sus navíos, en la puente de mando, mirando para el mar despaciosamente y como quien no mira, les balanceaba los ojos el compás de las ondas, manteniendo ellos la cabeza quieta. Se alborotaban en seguida, con prontos de soberbia, y siempre andaban con la manía de quemar Londres y mear a la vista del rey de Inglaterra para probar su fe católica, pues es sabido que una prueba de la suya que tienen los ánglicos protestantes es que no pueden mear si su rey los ve, que se les corta la orina con graves posturas a continuación en el aparato. Los Treboul mearían a desprecio.

TURENA, EL SEÑOR MARISCAL DE FRANCIA, VIZCONDE DE: Se cita de pasada este señor príncipe de Sedán. Tenía un cocinero hugonote que se pasó a la verdadera Iglesia para que dejasen de cortársele las salsas, que en la protesta no lograba una.

VERDUGO DE RENNES, EL: Utilizaba cuerdas de esparto de Tarragona y liquidaba a los penados sin solemnidad.

VILLIERS DE FLERS EL NEGRO, EL MARQUÉS: Enterró un tesoro y lo dejó por cifra. Tenía un criado que andaba con la cabeza para abajo y los pies para arriba. Lo llevó a París para que lo viese el Rey, y de pies hacían sus orejas, que las tenía encallecidas.

VITRÉ, LAS SEÑORITAS DE: Eran hijas naturales del conde sordo de Laval, que las hizo en la confitera que iba a su palacio a comprar higos para poner en almíbar.

De la más joven estaba enamorado el hidalgo de Quelven, que en paz descanse.
Tuvo una famosa serenata de bombardino en Bagnoles de l'Orne.

APÉNDICE SEGUNDO

NOTICIA DE ISMAEL FLORITO

En una de las pequeñas libretas que dejó el señor sochantre de Crozon estaba esta noticia de Ismael Florito, y en atención a la novedad del caso, la dan aquí los editores.

ISMAEL Florito salió de soslayo del Infierno a través de una hucha vieja en la que el usurero de Lanrivan guardaba las escrituras de su dinero a rédito. Era de nación picarda, muy satisfecho de que se le conociese por el acento, y desde pequeño —y es sabido que allá abajo se crece todo lo que se da de sí en un año más o menos— ya se vio que iba para persona alta y desgabada. Siendo las bóvedas inferiores más bien raquílicas, como está atestiguado en el Marcellinus, pues no hay arco que apique en la clave más de vara y media castellana, el Ismael Florito tenía que andar casi doblado por la cintura, como navaja cerrada por el remonte, por las calles y plazas de la sotierra, lo que representaba una gran molestia, le subía la sangre a la cabeza, le hacía doler los riñones y le quitaba todo placer a los viajes por aquella urbanización secreta. Se dolía de esto, porque era muy amigable y argumentante, sentía apetencia por las gacetas del mundo, siempre se ponía de manifiesto donde hubiera mujerío, y cuidaba la vestimenta, siendo la suya preferida los abrigos cortos a la moda antigua de Italia, de azul sobrehojados de oro. Era parlanchín y pinturero. A causa del andar doblegado por el poco alcance de las bóvedas y techos infernales que ya indicamos, se fue resintiendo del espinazo, a lo que ayudó un invierno que hubo allá, en los soterraños, en el que se demoraron tormentas seguidas, y llovía dentro como fuera. Dicen que fue cuando se perdió parte de un río de España, que le llaman el Guadiana, que escurrió encima mismo de las camaretas de la trasnería. Abollado por las doblegadasuras y por los temporales, quedó Ismael Florito con flojedad de voluntad para el trabajo, y de poco servicio para correo maligno. Por entonces se murió en la cueva de Satán Belcebú un sastre polaco que tenían por muy entallador de casacas y en ribetes de lazo muy famoso, lo que supuso gran tribulación en la hueste antigua, porque está visto que los demonios no quieren hacerse traje en los obradores de arriba, dicen los más que porque al tomárseles la medida, no se les descubra el rabo, que es sabido llevan desde el somonte del culo, donde les nace, enrollado como cinto. Como el gasto que hacen los trasnos de prendería fina es mucho, pues la mayoría anda de noche y prenden en cualquier parte, o se arriman a donde mancha, o se esconden donde hay polvo y telas de araña, ya se veían en el Infierno remiendos a voleo, remontes bicolors, zurcidos y sobrepuestos, y hasta calzas rotas. Había que acudir a aquel despiece de la gentileza demoníaca, y se le ocurrió a un secretario de alcabalas

de Parma —el cual estaba principalmente en el Infierno para ayudar en suma y resta y compraventas en Italia, y a quien le habían colocado en su oficina a Ismael Florito para llevar en el ábaco las bolas amarillas de las centenas, y le había tomado cariño —, para darle a este un avance en su carrera, tanto como para ver si pasando a campos soleados curaba del espinazo y de las quebradas del plegamiento, presentarlo para aprendiz de sastre en Cambray, a lo que Belcebú no puso inconveniente. Con este motivo vino Ismael a la tierra, y sólo se llamaba entonces Ismael, pero se le buscó que se apellidara Florito, porque dijo el secretario de alcabalas que así volvería de aprender en Cambray el oficio: florito regalado.

Aprendió pronto Ismael Florito, y venían junto a él habitantes de la sotierra, que aquello era una feria, a hacer vestidos a la moda, e Ismael Florito no podía volver al Infierno, donde lo esperaba el taller del polaco porque con la primavera de Flandes se había puesto nuevo y no cabía ya en la hucha del usurero de Lanrival, y es sabido que los demonios vuelven a su reino por el mismo agujero por donde salieron. Véase la razón en Cornelio Agripa von Netesheim. A Ismael Florito mucho lo fastidiaba estar de aguja en Cambray, cortando, probando, enhebrando y desenhebrando en vestes de los colegas. ¿No era hermoso correr mundo? Mucho trajinó consigo, hasta que un día, dejando por cortador a un aprendiz medio cojo que le habían mandado por adelantar en planchado, salió a ver lo que pasaba por las riberas de la tierra, que estaba entonces en un verano muy alegre. Se acercó a Polonia, primeramente, para saludar a la familia del sastre su antecesor abajo, y devolverle un alfiletero de oro que tenía unas señas de oficio. Y al llegar estalló la peste bubónica en el Ducado de Varsovia, y se buscó a quien echar la culpa, y cayeron los médicos en que sería un extranjero que tenía un brazo más largo que otro, y esta era seña que daba con Ismael Florito, quien tuvo que huir de los polacos, que andaban haciendo hogueras y emborrachándose por los caminos, y también de las bubas, que venían con mucha cargazón de materia, sin tener tiempo de enseñarles a los nietos del sastre polaco que había cosido en el Infierno las modas de París. Y pasando por Sedán camino de Inglaterra, donde le ofrecían unas velaciones con una mylady que vendía al demonio el alma y el cuerpo si le daban la ciencia de acertar en las carreras de caballos, fue cuando trató en la prisión militar de Sedán con el coronel Coulaincourt, como se ha dicho en otra parte de estas *Crónicas*. Abajo, en la Satanía, estaban algo enojados con Ismael Florito, pues por mucho que hubiera cosido aún había dejado a los más de los demonios con ropa vieja y alguno había, de los trasnos más jóvenes, que ya se proponía dar parte por escrito a don Lucifer Neftaniel I. El alcabalero de Parma, con la idea de que Ismael Florito volviese a la sastrería, dejó de enviarle dinero, amparándose en la incertidumbre de los tiempos, y esta fue la causa que llevó a Ismael Florito a amonedar en falso en Liverpool, donde, como es sabido, está en la cárcel. Cuando salga volverá a Cambray, a la costura, y quizá le concedan el esqueleto del coronel de Coulaincourt para probar ropa militar, por lo bien abombado que tiene el cuerpo. Aunque al Florito le gustaría seguir a París de Francia, por las mujeres. *Il n'y a bon*

bec que de Paris.

EPÍLOGO PARA BRETONES

SEPAN los bretones que lean este libro que el Autor no ha viajado por su tierra, y todo lo que aquí, en estas *Crónicas* se cuenta de ella, está tomado de mapas, de libros de viajes, de lecturas de Chateaubriand y de Le Goffic, de algunas historias de ciudades y de cartas ejecutorias de las nobles familias, esas cartas encuadradas en piel de perro, y que vistas de lomo en la Cámara de Rennes, donde dicen que están ordenadas por apellidos mayores y menores, parecerá cada estirpe una jauría de manchados lebreles. El campo y las ciudades, los ríos y los vados, los caminos y las ruinas, los he pintado del natural de la tierra mía, Galicia, siendo ambos, el bretón y el galaico, reinos atlánticos, finisterres, parejos en flora y fauna, y provincias vagamente lejanas. Celebré amplia consulta con Felipe Leven, alias el Francés de Rinlo, que en este puertecillo de la marina de Lugo carpintea de ribera, y es de nación bretona, maluino propio, y se precia de hablar dos lenguas de allá, la de Saint-Maló y el bretón bretonante, y me dijo que encontraba a su patria en mis relatos tal y como él la dejara hace unos cuarenta años. Me objetó, eso sí, que en Dinan había dos plazas, la del Castillo y la del Mercado, y que la guillotina la levantaban primeramente en la plaza del Castillo, y sólo este siglo vio guillotinar en la plaza del Mercado; por ejemplo, a un tal Quesnay, cuyo voló con dinamita a un tío que tenía. La familia de Quesnay tuvo pleito en París con la revista *Les Grands Criminels du Siècle*, que querían los editores retratar en el semanario al guillotinado y la familia objetaba que Quesnay fuera cojo, huérfano de padre y que el tío cura le había negado setenta francos para comprarse un maletín, que lo necesitaba para meter dos mudas y la Farmacopea Oficial, que iba a Rennes a examinarse de mancebo de botica. Ganó el pleito la familia y hubo fiesta en algunos lugares de Bretaña.

Los linajes, como se observará por Rey de Armas que quede en Rennes o en Brest, vienen dichos muy puntualmente, y se atiende con gravedad a los empalmes y precedencias, cosa nada fácil por la gracia con que en los siglos XVII y XVIII trabajaron los veinticinco Apellidos Registrados en repoblar con bastardos y porque con la vinculación se alteraban los nombres que iban unidos a las llamadas tierras de patente. Los más de los pleitos bretones pendían en que cada parte se llamaba de siete maneras diferentes, y coincidían demandante y demandado en alguna de ellas o en todas. Uno que se llamaba Chateaubriand en Combourg, se llamaba Lambac en Vannes, por unas tierras de allí vecinas que demandaba en cognición, y el demandado, que se llamaba D'Aurevilly en Cardoec, se llamaba igualmente Lambac en Vannes, por el título de las tierras pleiteadas. Tierras que, a lo mejor, ya habían sido adjudicadas a un viajero, que ocultó su apellido, con el nombre de Campo del Zorro o Prados del Conejo Amarillo —el secreto era sagrado en Bretaña—, o adquiridas en pública subasta por un ánima del Purgatorio, la cual las cedía a la Iglesia... También solían pleitear antaño los señores bretones por las armas de poner, pintar y llevar, que en heráldica andaban tan varios, caprichosos e insurrectos como los príncipes alemanes e hidalgos gallegos, y quizá por haberme adiestrado de mocete en la confusión de las armas galaicas, no se me pone ahora difícil el decir los grandes

escudos de los pares de Bretaña, y ando cómodamente con sus cuarteles y sus lemas.

Lamento no poder contar las historias de estos difuntos conforme al uso de los bretones, esto es, acompañando cada relato de una vida con «muestras», con objetos que hayan pertenecido a ellos, a sus ascendientes o descendientes, y esto es así porque los difuntos que pasean por las páginas de esta historia son hijos de mi imaginación. Ya sé que en Bretaña se cree que es imposible decir un ser humano y una historia que no hayan tenido existencia real y que no hay creación sino memoria. En esto quizá penda la abundancia que hay en Bretaña de fantasmas y lo identificados que están los más. El refrán bretón que dice que «cada sueño reclama su hueso», aclara perfectamente lo que entre aquellos celtas se sospecha de los fantasmas y sus peripecias, y en pie queda la pregunta: ¿quién es el que sueña? La niebla que enredoma el distante país ayuda al misterio.

Quisiera que se viera en estas páginas el amor que le he ido tomando a Bretaña a lo largo de variadas y ocasionales lecturas: Chateaubriand, Renan, Villiers de l'Isle-Adam, Le Goffic etc. Finalmente, yo digo de Bretaña aquello que Tertuliano cristiano decía de Séneca: *Saepe noster*. Para un gallego, las historias bretonas de fantasmas, brujas, mendigos, santos y héroes, tienen el sabor de lo suyo propio... Mirando me quedo en un espejo cómo pasan vientos y nieblas; igual puedo decir: «Ahora pasa, verde y silenciosa, Bretaña de Francia». Por lo fácil que me resulta considerar a Bretaña país de la imaginación y no tierra real, y no es ajeno a ello el que se llamara también Bretaña el país asombroso del rey Artús. En el fondo del espejo brilla una lucecilla azul y yo, en vez de averiguar si alguien detrás de mí ha encendido una lámpara, digo sin más que es un fuego fatuo en el claustro derruido de St.-Eflam-la-Terre, y escojo este lugar porque se llama la *Terre*, la Tierra, y lo encuentro tremendamente significativo. Como casi todo en Bretaña, en esta Bretaña que yo descubro en mí y en la que quizás un día se encuentren habitando los lectores bretones de estas *Crónicas*. No sería la primera vez que el sueño del poeta hace la isla.



ÁLVARO CUNQUEIRO nació en 1911 en Mondoñedo (Lugo). Fue uno de los escritores más grandes de nuestro siglo tanto en castellano como en gallego, durante muchos años dirigió el *Faro de Vigo* y colaboró toda su vida, con artículos de toda índole, en varias revistas españolas.

Al fallecer, en 1981, dejó tras de sí novelas como *Las crónicas del Sochantre* (Premio nacional de la Crítica en 1959), *Merlín y familia*, *Cuando el viejo Simbad volviera a las islas*, *Las mocedades de Ulises*, *Un hombre que se parecía a Orestes* (Premio Nadal en 1968) y *La vida y las fugas de Fanto Fantini*, así como ensayos gastronómicos y una infinidad de crónicas sobre todo aquello con lo que alimentaba cada día su insaciable curiosidad.